



JOHANNA

**Un corazón
destruido**

ARIADNA BAKER

JOHANNA

**Un corazón
destruido**

ARIADNA BAKER

JOHANNA

**Un corazón
destruido**

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Johana, un corazón destruido.

©Ariadna Baker.

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Johana, un corazón destruido.

©Ariadna Baker.

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Eran muchos los momentos en que, como ahora, se me quedaba con la mente en blanco mientras miraba el fuego de la chimenea. Sostenía una taza de café en mis manos y me evadía un poco del mundo. Sobre mis piernas una manta de punto que había comprado a través de una página china en las que puedes encontrar de todo a muy buen precio.

No eran ni las nueve de la mañana y el cielo estaba completamente cerrado, la lluvia no daba tregua y desencadenaba unas fuertes tormentas que sonaban con unos impresionantes truenos que daban miedo. Las temperaturas habían bajado de golpe y el frío se hacía notar. Daba gracias por al menos tener la chimenea que, aunque la leña costaba cara, no era tanto como encender el aire acondicionado para calentar la casa. La verdad es que no estaba boyante de dinero, vivía muy justita y no lo tenía fácil.

Siendo sincera, estaba muy agradecida de por lo menos tener un techo donde vivir ya que mi abuela me dejó en herencia su casita de campo en una aldea de Galicia cerca de Vigo. La casa era vieja, pero estaba muy bien conservado todo, yo lo llamaba vintage.

Me costó un mundo comprarme un coche, tuve hasta que quitarme algunas comidas para ahorrar más, hasta en ese punto me vi, pero llegó el día que pude comprar mi Seat Ibiza en color blanco. Ni qué decir tiene que lo compré de segunda mano y ya tenía diez años el vehículo, pero se veía en buen estado. Comencé a tener más libertad para ir a trabajar a más casas que limpiaba por horas y, de vez en cuando, me llamaban de un hotel rural para ayudar a limpiar las habitaciones.

Pasaba muchas horas enviando currículums *online* a un montón de empresas de Vigo y alrededores, pero no tenía suerte. Me frustraba el no saber qué querían para un puesto como dependienta en una tienda de ropa para que ninguna me cogiese, o peor aún, la de supermercados que había y tampoco me daban la oportunidad ni si quiera de entrevistarme. La parte positiva es que ponía anuncios de limpieza por horas y de eso sí que me llamaban de vez en cuando, cosa que originaba que me volviesen a requerir para ir otro día, terminando por tener varias casas fijas a las que iba una vez por semana.

Para que entendáis la situación que me había llevado hasta aquí os contaré un poco de mi historia.

Mi nombre es Johana y tengo veintiséis años. Mi madre, con apenas veinte años, se enamoró de un tunecino que le arrancó casi de cuajo de su familia y a la que obligó a ponerse un velo y convertirse al islam. Vivían en Galicia,

donde yo nací, pero sin vínculo alguno con mis abuelos maternos.

A mis cinco años era una niña que casi vivía aislada del mundo, mi padre no quería que me juntase con personas que no fueran islámicas por lo que me veía siempre sola. Justo en esa edad murió mi abuelo, pero claro, eso lo supe mucho después ya que no tenía contacto con ellos. Después de tres años, con solo ocho, viví el hecho que marcaría mi vida para siempre; mi padre asesinaba a mi madre delante de mí, una niña que chillaba e intentaba que él parase de clavarle el cuchillo pero que no lo consiguió, un trauma que viviría conmigo hasta el fin de mis días.

Un vecino debió llamar a la policía al escuchar mis gritos que no tardaron en llegar, aunque ya era demasiado tarde para mi madre. A mi padre se lo llevaron detenido y fue directo a la cárcel. Mi abuela, que se enteró de la noticia, fue a por mí directamente al centro en el que asuntos sociales me había llevado ese día provisionalmente y, desde entonces, se encargó de mi tutela y de convertirse en mi todo, la persona más importante de mi vida.

A mi padre nunca lo quise, le tenía terror, nunca dudó en darme una bofetada tanto si me la merecía como si no, e caso era imponer a base de violencia. Lo que más rabia me daba es que sabía que mi madre lo estaba pasando mal pero no era capaz de hacer nada ni por ella ni por mí, mucho menos se atrevió nunca a defenderme, de ahí a que yo diga que mi abuela fue mi todo.

Con tan solo doce años mi abuela me confesó que mi padre había muerto en la cárcel en una reyerta, momento en que comencé a llorar, pero riendo a carcajadas, estaba feliz, temía mucho por el día que saliera y que fuera capaz de hacerme algo o llevarme obligada a Túnez a vivir una vida que no quería. Su muerte se había convertido en mi liberación, en mi paz mental.

Lo bueno de todo esto, ya que siempre tiendo a sacarle el lado positivo a las cosas, era que mi familia paterna nunca quiso saber nada de mi madre ni de mí, el hecho de que su hijo estuviera con una española fue motivo suficiente para que lo desterraran por completo, cosa que siempre escuché como él se lo recriminaba a mi madre. ¡Como si ella tuviera culpa!

Mi abuela me sacó adelante con la pensión de viudez de mi abuelo que era un poco justa pero que ella la administraba muy bien y no nos faltaba un plato caliente en la mesa ni lo básico para vivir, además hasta me dejó unos ahorrillos que se fueron con el pago de impuestos al adjudicarme la herencia de la casa, pero al menos pude hacer frente a ello.

Estudí hasta secundaria, momento que tuve que dejar de seguir estudiando porque el dinero no alcanzaba para ir a la ciudad a estudiar bachillerato, con el gasto eso que conllevaría. Pero tampoco se dio el caso, ya que ella cayó enferma años atrás y me tuve que volcar por completo en su cuidado.

Como ya mencioné con anterioridad, mi abuela había fallecido dos años atrás momento en que comencé a limpiar casas y a la vez a estudiar todos los ratos libres para presentarme al examen por libre de bachillerato. En junio haría la prueba, aún me quedaba todo el invierno y la primavera para preparármelo.

Y me estaba esforzando mucho para llegar a obtener ese título, con el que esperaba llegaran trabajos mejores que me supusieran un sueldo fijo todos los meses.

Acababa de dar un sorbo al café cuando me saltó una notificación de mensaje. Sonreí a sabiendas de que aquella no podía ser otra que Clara, mi amiga vía Internet, con quien hablaba desde hacía poco más de dos años.

Ella fue quien estuvo en esos malos momentos cuando perdí a la abuela, quedándose durante horas al teléfono en una videollamada solo para que me desahogara cuando lo necesitaba.

Nos conocimos en un foro de novela romántica, algo que tanto a mi abuela como a mí nos gustaba de siempre y estuvimos enganchadas a varias telenovelas, esas que veíamos juntas después de comer.

Clara era española, tenía veintisiete años y residía en Londres desde los quince, cuando a su padre recibió una propuesta de trabajo en un importante estudio de arquitectura que no pudo rechazar.

1

Ella decía que podría haber vuelto a España, pero en Londres tenía su vida y esas amistades que había hecho en el instituto, además de que trabajaba como secretaria en una gestoría donde llevaba ya algunos años y era fija.

Cogí el móvil y abrí nuestra conversación:

Clara:

¿Cómo está lo más bonito de Vigo? Aquí lleva un ratito lloviendo y me he acordado de ti. ¿Ya estás con el café y la manta delante de la chimenea?

Johana:

Así mismito estoy, sí. No hay nada mejor que eso para los días de lluvia, ya lo sabes. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal ha ido el fin de semana?

Clara:

Para olvidar, en serio. Al menos el día de ayer, o, mejor dicho, la noche.

Sonreí porque Clara a veces podía ser un poco exagerada, pero entonces recordé que mencionó una cita con alguien para el sábado por la noche.

Johana:

¿Qué pasó anoche para que sea mejor borrarlo de tu existencia? Mira que, por lo general, tiendes a exagerar.

Di otro sorbo al café al tiempo que escuchaba la lluvia contra los cristales, eché un vistazo por la ventana y parecía que la lluvia no pensaba parar en toda la tarde, y quizás, tampoco por la noche.

Clara:

Te juro, Johanita, que no he tenido una cita tan desastrosa en toda mi vida. Si hasta el camarero me miraba como preguntando si quería que me sacara de allí. Te pongo en situación.

Johana:

Entonces, ¿el chico de tu cita no postula para ser el protagonista de tu novela?

Clara:

Podría ser un personaje, sí, tal vez ese al que detienen por mirón. Se pasó toda la noche mirando a otras mujeres, por no hablar de que las alababa por sus enormes pechos y generosos traseros. Yo le resulté, y cito textualmente, «una tabla de surf». ¿Será culpa mía que no resultase agraciada en el reparto de pechos y nalgas? Por si fuera poco, me sugirió que, para tener algo más que un par de cenas conmigo, podría darme el contacto de un buen amigo suyo, cirujano estético, que me diera presupuesto para un aumento de pecho. En el momento en el que decía eso el camarero me miró con los ojos muy abiertos, qué vergüenza, Johanita, qué vergüenza. Yo podría darle el contacto de mi padre para que le hiciera una reforma en la azotea, porque la tiene hecha una mierda (y me refiero a la cabeza, cariño, que igual crees que hablaba de su casa). Alguien le llamó y dijo que tenía que irse, una urgencia de no sé qué porque no pregunté y tampoco me dijo, solo que me volvería a llamar. Una leche, que le bloqueé nada más salir él por la puerta, que yo me quedé allí a tomarme el postre sola.

Johana:

Madre mía, ¿dónde dijiste que habías conocido a ese chico?

Clara:

Es el primo de una compañera, te juro que ahora pienso que le caigo mal a ella por algún motivo que desconozco. Al menos, el camarero me invitó a una copa, dijo que podría sentarme bien un chupito después del postre, y menudo chupito, que me puso un vaso grande con licor de frambuesa que estaba buenísimo.

Johana:

Vale, pues con tu experiencia las dos hemos aprendido algo. Nada de citas a ciegas con primos, o cualquier otro pariente, de compañeros del trabajo.

Clara:

Por favor, si vuelvo a decirte que tengo una de esas citas, te doy permiso para que me amenaces con enviarme al infierno si se me pasa por la cabeza aceptar. Al menos saqué algo bueno de anoche.

Johana:

¿Qué podría ser?

Clara:

El camarero me dio su número, se llama Jake y dijo que, si algún día quiero tener una auténtica noche divertida de sábado, que le llame.

Johana:

Y lo vas a llamar para salir el próximo sábado, y no es una pregunta, sino una orden. Sabes que vivo de tus historias románticas, y no tan románticas, además de las que vemos por televisión.

Clara:

La verdad es que no sabía si llamarle o no, o sea, es simpático y eso, pero...

Johana:

Nada de peros, como tú dices siempre, si no sales con una persona al menos una o dos veces, no sabes si podrá haber una tercera. Salvo con el señor mirón, a ese le dejamos en el cajón del olvido directamente.

Clara:

Ay, Johanita, si no fuera por ti. Bueno, pues esta semana llamo a Jake. Ahora voy a casa de mis padres que quieren que cene con ellos. Hablamos, cariño.

Johana:

Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme. Cuídate.

Dejé el móvil de nuevo en la mesa, me terminé el café y cerré los ojos mientras disfrutaba del calor de la chimenea, pensando en mi abuela y en todas esas tardes que pasamos juntas.

Le estaría siempre eternamente agradecida por haberme cuidado, por haber hecho que, hoy en día, fuera la mujer que era por esos valores y ese amor incondicional que siempre me dio.

El domingo llegaba a su fin y, con él, la vuelta a mi rutina diaria, yendo de casa al trabajo, del trabajo a por algo de compra, y vuelta a casa.

Poco más podía hacer yo en aquella aldea que se había convertido en mi hogar, años atrás.

Poco más podía hacer yo en aquella aldea que se había convertido en mi hogar, años atrás.

Capítulo 2



De nuevo la lluvia seguía sin dar tregua, pero era lunes y tenía que ir a echar la mañana a una de las casas que tenía fijadas para este día, pero yo agradecida, así tuviera que ir en canoa.

Lo cierto es que siempre aprovechaba este día para destinar ese dinero a la compra semanal y tal como salía de limpiar la casa y me pagaba, iba directa al supermercado.

El resto de los cobros de las demás casas o el hotel rural iban directos a la cuenta para afrontar los gastos del mes y cualquier imprevisto que me pudiera pasar.

Como siempre, y en especial esta casa fija de los lunes, me dejaba la llave debajo de una maceta ya que Felisa, su propietaria, trabajaba en un banco y se iba un rato antes de que yo llegase. Me dejaba una nota sobre la mesa de la cocina y el dinero por las horas que iba a trabajar:

«Buenos días, Johana, espero que tengas un feliz comienzo de semana. Como verás, te dejo unos detallitos que espero que disfrutes estos días de lluvia frente a la chimenea que tanto me reiteras que te gusta. Felisa»

Se refería a la mía, siempre le contaba que me gustaba leer y los días de frío sentarme frente al fuego. Había tenido el inmenso detalle de dejarme un libro de comedia romántica de unos autores que no conocía, Dylan Martins y Janis Sandgrouse, la novela por la sinopsis tenía una pinta muy buena y el título me llamó tanto la atención como la portada, *El gran jefe del Narco*, no contenta con eso me dejó también una lata que contenía diferentes chocolates belgas.

Reconozco que se me saltaron las lagrimillas y es que yo me encontraba muy sola en este mundo. Ni siquiera tenía amigas ya que la ciudad me quedaba lejos y en la aldea había muy pocos habitantes. Solo contaba con Clara en la distancia, quien desde que perdí a mi abuela se había vuelto imprescindible en mis días, además de Felisa. Así que estos regalos para mí eran el mayor tesoro del mundo.

Dejé los regalos con una sonrisa de oreja a oreja junto con mi bolso en la mesa, cogí los trastos para limpiar y me puse música con la que amenizar la jornada, esa que me hacía más llevaderas las horas mientras pasaba el polvo, el cepillo y la fregona.

Estuve hasta las dos de la tarde limpiando, siempre hacía seis horas y cobraba por ello sesenta euros. Esos que dedicaba a la compra.

Al finalizar en la casa me alegré de que la lluvia había dado una pequeña tregua, así que me fui directa al súper e hice la compra antes de dirigirme a casa donde ya la comida me esperaba, el día anterior había hecho lentejas con un chorizo.

—¿Ya te vas para casa, hija? —me preguntó Ramón, el dueño del súper que, como siempre, estaba por allí los lunes para hacer caja y acudir al banco a primera hora del día siguiente.

Ese hombre conocía bien a mi abuela y siempre fue agradable conmigo, cosa que se agradecía.

—Sí, antes de que me pille la lluvia de nuevo.

—Estos días no apetece ni salir de casa, eso era lo que solía decir mi difunta esposa.

—La verdad es que, donde esté el calor de la chimenea... —sonreí levemente.

—Venga, no te entrego más, que el frío cala en los huesos. Que vaya bien la semana, Johana.

^l —Gracias, igualmente Ramón.

Desde luego que el frío calaba en los huesos, y si no que me lo dijeran a mí, que sentía un temblor nada más subir al coche, que puse la calefacción y acerqué las manos antes de que se me entumecieran más los dedos y me fui para casa.

Coloqué todo antes de darme una ducha, momento que aproveché para ponerme el pijama y calentar la comida. Me senté frente a la chimenea con la mantita sobre las piernas mientras comía y veía un poco la tele. Las noticias eran de lo más alarmantes y a mí me ponían de lo más triste, pero me gustaba mantenerme informada de lo que pasaba en el mundo.

Miré hacia el móvil al que me había acabado de llegar un WhatsApp:

a

Desconocido:

Hola, un placer saludarla. Mi nombre es Jorge. Le escribo porque me dio su número Felisa y me habló muy bien de usted. Necesito una persona para mi casa dos veces a la semana, por la mañana o la tarde, no tengo preferencia y me acomodaría a lo que mejor le conviniera. ¿Sería posible poder contar con usted?

Felisa era muy buena conmigo, siempre tenía detalles y miraba mucho por mí, me lo había demostrado con

innumerables gestos que conseguían sacarme una sonrisa.

Johana:

Honrada de saludarle, señor Jorge. Estaré encantada de ponerme a su entera disposición.

Jorge:

¿Sería posible comenzar mañana mismo? En el horario que desee.

Johana:

Claro. ¿Qué le parece de ocho a dos?

Jorge:

Genial. Le dejo la ubicación. Hasta entonces, que tenga un buen día.

Johana:

Igualmente, señor.

Deseaba con todo mi corazón que se quedase contento con mis servicios, el tener fijo dos días más a la semana para mí era un alivio.

Le mandé un mensaje a Felisa agradeciendo la recomendación y darle la gracias por los regalos que me habían hecho inmensamente feliz.

Felisa:

Johana, nada que no te merezcas. Jorge es buena persona, es cliente mío del banco, su aspecto es serio y distante, pero es una persona correcta y educada. Estoy convencida de que te irá muy bien también allí.

De que fuera una persona seria no me preocupaba, tampoco es que yo fuera emanando alegría por todas partes, sonreía a menudo ante las personas, pero poco más. Lo de distante lo veía normal y más si no conocía a la persona, tampoco era nada por lo que preocuparse, yo lo que esperaba era hacer bien mi trabajo y que el señor estuviera contento con mis servicios.

Después de comer recogí todo, me preparé un café y cogí el libro que Felisa me había regalado.

Leí de nuevo la sinopsis y sonreí ante aquella primera frase:

«Prepárate para tener el corazón en vilo desde el minuto uno gracias a una novela que te robará el aliento...»

Me senté en el sofá, colocando la mantita sobre mis piernas, di un sorbo al café y me acomodé para empezar con

aquella lectura.

Si esa primera frase de la sinopsis te hacía querer saber más, no digamos el pensamiento del protagonista en la primera página de la historia.

Él se hacía una pregunta que muchos, alguna vez en nuestra vida, nos habríamos hecho también.

Continué leyendo mientras tomaba el café y el crepitar de la chimenea, transportándome con los protagonistas de esa historia a unos lugares que, sin duda, podía imaginar con cada cosa y detalle que ellos describían.

Para cuando quise darme cuenta llevaba un buen rato lloviendo y la chimenea pedía más leña, así que dejé el libro sobre la mesa y me levanté para coger un par de tronquitos y echarlos para avivar el fuego.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Clara, sonreí y atendí su llamada.

—¿Ya me echas de menos? Estuvimos hablando ayer —dije al descolgar.

—Siempre te echo de menos, y lo sabes. Pero que es que tengo noticias.

—¿Hablamos de Jake o del mirón?

—Del segundo —rio—. Me ha enviado un mensaje, que lamenta mucho haber tenido que irse así, tan rápido, pero es que al parecer su exnovia había tenido un accidente y le tenía a él como primer contacto.

—Pues sí que deben ser buenos amigos, sí.

—Nada de eso, que resulta que mi compañera me ha dicho que la exnovia no es tan ex como todos pensaban, que sí, que lo dejaron hace como seis meses, pero que se siguen viendo para... ya sabes.

—Madre mía, además de mirón, mentiroso.

—Sí, hija, que me ha tocado el premio gordo.

—¿Qué dices? La Navidad todavía no ha llegado, no me seas —reí.

—Bueno, pues que también tengo noticias de Jake.

—Venga, cuéntame. —Tomé asiento de nuevo delante de la chimenea y me tapé con la manta.

—Le he mandado un mensaje, porque he pensado, ¿y si le doy vueltas y después no me atrevo? Pues nada, que me lancé a la piscina de cabeza y había agua —rio—. Le he dicho que, si decía en serio lo de quedar un sábado conmigo o era una broma, y me ha contestado que sí, que quiere darme una noche de sábado mejor que la que me

dio, cito textualmente: «el baboso ese con el que estuviste en mi restaurante». Así que igual salgo con él sábado.

—Pues mira, a ver si de una cita desastrosa, sale algo bonito. Yo también tengo noticias.

—¿Se trata de algún chico? Porque de eso no me hablas nunca.

—No, o bueno, sí, pero no como tú piensas —reí—. Me ha salido un trabajo fijo otros dos días en semana, para limpiar la casa de un cliente del banco de Felisa.

—Cliente, no clienta, bien, eso es que es un hombre.

—Clara, que voy a limpiar su casa, nada más.

—Bueno, chiquilla, quién sabe, igual hay ahí más polvo que el de los muebles.

—La madre que te parió.

—Bueno, que me alegro por ti, que al menos con dos días más en semana ya tienes un poco más de dinerito al mes.

—Sí, sí, que está la vida muy cara.

—Te dejo, que me está llamando mi hermano, a ver qué quiere ahora. Seguro que se ha metido en un lío de adolescentes —resopló—. Es duro ser la hermana mayor, ¿eh?

—No sé, no tengo hermano ni mayores, ni pequeños —reí.

—Qué suerte, porque a mí el enano no me da más que dolores de cabeza. Mantenme al tanto de tu nuevo jefe, ¿sí? Chao, preciosa.

—Adiós, bonita.

Dejé el móvil en la mesa y volví a coger el libro, ese que me tenía enganchada a la historia, para seguir leyendo hasta que fuera a prepararme algo para cenar.

La lluvia comenzó a ser más fuerte de modo que cada gota impactaba contra las ventanas con un golpe seco, pero estridente.

Capítulo 3



Ocho menos diez de la mañana y ya estaba aparcando fuera de la casa, donde ,por suerte, había bastante sitio para estacionar. La fachada del muro que la rodeaba era muy bonita como el exterior de la casa, todo en piedra natural y pintura blanca.

Llamé desde el timbre exterior y la puerta pequeña se abrió. La zona del jardín tenía a un lado un pequeño parque con toboganes y área de juegos en madera, era una preciosidad.

Se abrió la puerta de la casa antes de que yo llegara y salió una niña, de unos cinco o seis años, que era una monada. Me sonrió tímidamente.

—Hola. Me llamo Johana ¿y tú? —le pregunté acercándome hasta ella y devolviéndole la sonrisa.

—Alexandra. —Se giró al escuchar al que debía ser Jorge, su papá, que no tardó en aparecer por la puerta.

—Hola, Johana. —Extendió su mano para saludarme—. Pasa por favor.

—Gracias —sonreí soltándome después del apretón.

Juro que en ese momento me había parecido ver al mismísimo George Clooney con su café en la mano. No solo compartían el mismo nombre, sino la planta y además el físico. Eso sí, Jorge se veía unos años menor.

—¿Un café?

—Gracias, no se preocupe, ya desayuné en casa.

—Pero otro café lo mismo te apetece mientras te comento un poco la situación.

—Vale. —Lo seguí hasta la cocina.

—Hija, quédate en el sofá viendo los dibujitos.

—Vale, papá. —La miré y me dijo adiós con la manita. Le sonreí y le hice un guiño.

—Verá, mi necesidad de contar con sus servicios va más allá de limpiar la casa, pero quería hablarlo con usted personalmente —me comentó mientras preparaba mi café.

—Claro.

—Tengo entendido que tienes los lunes fijos en la casa de Felisa y que lo demás es lo que te vaya saliendo.

—Así, es.

—Aparte de limpiar la casa necesito a alguien que cuide y entretenga a Alexandra, es decir, si tengo que salir uno de los dos días que tú estás aquí por la mañana, tendrías que hacerte cargo de ella.

—No hay problema ninguno, señor.

—¿Nos tuteamos?

—Vale —sonreí.

—Esos dos días los tengo salvados, pero necesito un canguro los otros dos días para yo centrarme en el trabajo y salir a hacer gestiones. Trabajo desde casa, pero hay cosas que no puedo hacer desde aquí.

—Te entiendo.

—Quizás podrías barajar la posibilidad de trabajar de forma fija aquí de martes a jueves, me puedo adaptar para que sigas con Felisa los lunes.

—Para mí sería como si me hubiera tocado la lotería —me sinceré.

—Pues el premio es tuyo, además te aseguraré. —Eso sí que para mí era una buena noticia, ya que en mi vida laboral no aparecía absolutamente nada, ni siquiera las horas del hotel rural.

—Gracias.

—¿Qué te parece un sueldo fijo de ochocientos euros? Y las horas extras que pactemos fuera de horario, por alguna necesidad mía y sin que te impida otras labores, te las pagaré aparte.

—No te preocupes por eso, con ese sueldo ya me doy más que por satisfecha, señor.

—Jorge, por favor.

—Disculpa. —Intenté contener la sonrisa, pese a su seriedad a mí me causaba una sensación extraña y agradable : la vez.

—Alexandra no irá a la escuela hasta el año que viene que cumpla los seis años, momento en que comenzará la primaria.

—Entiendo.

Yo solo pensaba que a partir de estos momentos comenzaba a ser mileurista, para mí eso era una millonada, entre los doscientos cuarenta euros que sacaba al mes de la casa de Felisa y los ochocientos de aquí, comenzaría a vivir un poco más desahogada, al menos me daría para guardar unos ahorrillos más decentes.

Realmente esa casa era fácil de mantener viniendo cuatro días a la semana, por el tema de la niña sabía que lo tendría fácil pues empatizaba mucho con ella y cualquier niño, mi infancia no había sido un camino de rosas y nunca se sabía qué historia había tras de ellos, para empezar, no se me nombró nada, pero se notaba que en esa casa no había una mujer por lo que presagiaba que algo pasó con la madre de la niña para que no estuviera en su vida.

Hablamos sobre el tema de la comida y aunque me dejó muy claro que se le daba bien, estaría muy agradecido que algunos días dejara algo preparado. Le transmití que tampoco había problema y que durante mis horas de trabajo tenía tiempo para todo sin perder de vista a Alexandra que, por lo que me decía, no daba nada de guerra.

Jorge se quedó en el salón con el portátil, junto a la pequeña, mientras yo hacía los dos baños que había en la casa uno en su dormitorio y otro en el pasillo. La casa estaba limpia e impecable, la mantenía muy bien, se notaba que era un hombre ordenado y muy limpio.

Luego barrí la casa, puse una lavadora y me metí en la cocina a preparar una sopa de pollo y unas empanadillas de atún que le gustaban a la pequeña según me había dicho el padre.

Me fui al salón con la pequeña el tiempo que Jorge salió a comprar algunas cosas al supermercado. No quería salir con la pequeña ya que el tiempo seguía frío y lluvioso, eso sí, la intensidad había bajado y algo de tregua nos daba.

Alexandra era muy observadora y poco habladora, aunque me sonreía con esa timidez que hacía que me derritiera por completo. Yo le hablaba con cariño y le intentaba dar un poco de juego al que ella iba entrando poco a poco.

—¿Te gusta la lluvia? —preguntó cuando me vio parada en la ventana, observando aquellas gotas caer.

—Me gusta ver llover, sí, y el olor a tierra mojada que queda después —sonreí—. Pero si te soy sincera, en días como estos, lo que más me gusta es sentarme delante de la chimenea con una mantita en las piernas y un café.

1 —Yo a veces también me quedo delante de la chimenea, pero en el suelo, coloreando.

—Ah, eso no lo probé nunca.

—¿No? —Abrió mucho los ojos, además de que se llevó una mano al pecho, como diciendo que aquello era un pecado capital—. Pues aquí puedes hacerlo, tengo varios libros para colorear.

—Suenas como algo que seguro que me encantaría hacer.

—Sacha me acompaña, se acurruca delante de mí y se queda dormida. De vez en cuando abre un ojo, me mira, ve que sigo ahí, y se vuelve a dormir —sonrió con cierta timidez—. Es como si fuera mi guardiana.

Tenía locura con su perrita Sacha, esa bolita de pelo blanco que no se despegaba de ella en ningún momento. Era una monada que iba poco a poco acercándose a mí.

Escuché el coche acercándose y, como seguía lloviendo, fui a abrir la puerta para que entrara lo antes posible.

A pesar del paraguas, el pobre hombre llegaba con abrigo empapado del agua que caía en ese momento.

Agua que dejó de caer con tanta fuerza en cuanto él cruzó la puerta y cerramos.

Ayudé a Jorge a colocar las cosas que había comprado y vi cómo sacaba dos táperes; en uno echó una parte de la 'sopa de pollo y en otro cinco empanadillas de las doce que hice.

—Esto es para que te lo lleves, así te ahorras cocinar al llegar a casa.

2 —No es necesario Jorge, yo me apañó rápido.

—No es discutible, con esto comemos los tres y sobra, así que hay que aprovecharlo.

—Gracias —dije cogiéndolo y despidiéndome hasta el día siguiente.

Le di un beso en la mejilla a Alexandra que se sonrojó y se llevó la mano a la boca en un gesto más de timidez.

Cuando llegué a casa me di una ducha caliente y me puse el pijama, esa era una rutina que nunca cambiaría.

Después de comer frente a la chimenea, me preparé el café y una vez sentada en el sofá con mi mantita, escribí a Clara:

Johana:

Aquí Johana retransmitiendo en directo desde una aldea de Vigo. La jornada del martes en la aldea destaca por las lluvias intermitentes durante toda la mañana, esas que han pasado de una pequeña y leve llovizna, a un aguacero que bien podría haber formado ríos nuevos. Destacable también el nuevo empleo que he conseguido, dos días a la semana fijos por la mañana, y otros dos, así como horas fuera de horario, cuidando de la hija de Jorge. Sueldo fijo y asegurada. Sírvete un café que esto merece un brindis.

Envié el mensaje y di un sobro a mi café, ese que hizo que mi cuerpo entrara un poco más en calor.

No tardé en escuchar el tono de videollamada por parte de Clara.

—¿En serio tienes un curro fijo? —preguntó cuando descolgué, y la vi en el salón de su casa, café en mano.

—Ajá —sonreí—. Jorge me va a asegurar así que, a mí sí que me ha tocado el gordo.

—Ay, Johanita, que me alegro yo por ti un montón. ¿Y dices que tiene una hija?

—Sí, Alexandra, de cinco años. Una niña monísima, un poco tímida, pero es normal, hasta que me coja confianza seguro.

—Y el papá cómo es, ¿guapo, feo, viejo, gordo? Por favor, dime que no está calvo.

—No —reí—. Es como George Clooney, pero algo más joven.

—Dios mío, tienes un protagonista de novela ahí, chica. —Elevó ambas cejas.

—No seas mala, que yo solo voy a trabajar.

—Bueno, bueno, si entre el polvo de los muebles hay tiempo para un poco más en la cama...

—¡Clara! —protesté y me eché a reír, esa mujer era única.

—Es broma, cariño. Entonces, ¿bien?

—Sí. Ya me dijo Felisa que es un hombre serio pero buena persona, y la niña... es para comérsela, en serio.

—Me da que te vas a enamorar de esa pequeña —sonrió.

—Pues no te digo yo que no, ¿eh?

—¿Y la madre? ¿Trabaja fuera de casa?

—No vive nadie más con ellos, no he preguntado, pero creo que no hay mamá.

—Vaya. Bueno, venga ese brindis. —Levantó su taza y yo hice lo mismo—. Porque este año lo acabas mejor que nunca, y el próximo, auguro que será aún mejor —sonrió.

Tras el sorbo de café seguimos charlando un poco, ella era quien me sacaba de la vida en la aldea mientras me contaba cosas de Londres, ese lugar al que me encantaría ir y conocer alguna vez, pero ya habría tiempo cuando tuviera suficientes ahorros como para permitirme un viaje.

En cuanto nos despedimos, y ya sin café en mi taza, fui a prepararme otro, eché un poco más de leña a la chimenea, me cubrí con la manta, y me embarqué en la lectura del libro, donde el amor entre sus protagonistas era más que palpable a través de cada página que iba a pasando.

,

—Pues no te digo yo que no, ¿eh?

—¿Y la madre? ¿Trabaja fuera de casa?

—No vive nadie más con ellos, no he preguntado, pero creo que no hay mamá.

—Vaya. Bueno, venga ese brindis. —Levantó su taza y yo hice lo mismo—. Porque este año lo acabas mejor que nunca, y el próximo, auguro que será aún mejor —sonrió.

Tras el sorbo de café seguimos charlando un poco, ella era quien me sacaba de la vida en la aldea mientras me contaba cosas de Londres, ese lugar al que me encantaría ir y conocer alguna vez, pero ya habría tiempo cuando tuviera suficientes ahorros como para permitirme un viaje.

En cuanto nos despedimos, y ya sin café en mi taza, fui a prepararme otro, eché un poco más de leña a la chimenea, me cubrí con la manta, y me embarqué en la lectura del libro, donde el amor entre sus protagonistas era más que palpable a través de cada página que iba a pasando.

Capítulo 4



La alarma del móvil sonó cuando ya tenía el café en mis manos antes de irme a trabajar. Estaba feliz por ese trabajo en el que no solo iba a ganar un sueldo decente, sino que también iba a estar asegurada y eso me tenía pletórica.

Aproveché que iba sobrada de tiempo para ir a echar gasolina, esta vez le eché un poco más porque sabía que iba salir todos los días a trabajar y lo iba a estar moviendo.

Llegué a la casa y esta vez la pequeña seguía durmiendo. Jorge no tardó en prepararme un café sin preguntar. Junto a la taza en el platito colocó una mini porción de brownie que venden empaquetados individualmente.

—Tengo una duda contigo —me dijo cuando me lo puso sobre la mesa.

—¿Cuál? —pregunté con gesto de sorpresa.

—Son tus rasgos, muy bonitos, por cierto —sonrió de medio lado, pero muy sutilmente.

—Gracias. —Creo que en ese momento mis mejillas se pusieron como dos tomates, es más podía notar el calor— Mi madre era española, mi padre tunecino.

—Ahora lo entiendo. —Volvió a medio sonreír de lado—. Hablas de ellos como si ya no estuvieran.

—No, no lo están —murmuré intentando no contestar más de la cuenta ya que no me apetecía hablar sobre lo sucedido, ni tocar en una llaga que nunca se había curado.

—Lo siento.

—Tranquilo.

—Mis padres viven en Lisboa, son portugueses, pero yo nací y me críe aquí ya que mi padre trabajó en Vigo hasta que se jubiló y regresaron a Portugal. Yo decidí que mi vida estaba aquí y me quedé. Imagino que te has preguntado qué es de la mamá de Alexandra —dijo mientras se acercaba la taza de café para dar un sorbo.

—Sí, pero no he querido meterme dónde no me llaman.

—Se ve que eres una persona prudente.

—Así me considero —sonreí levemente.

—Su mamá era mi mejor amiga, te hablo desde que teníamos diez años ya que nuestros padres veraneaban juntos y se reunían en las fiestas navideñas. Se quedó embarazada por inseminación artificial con esperma de un donante anónimo ya que su ilusión era ser madre soltera.

»En su séptimo mes de embarazo le detectaron un cáncer muy agresivo que indicaba que se la llevaría por delante en pocos meses, como así ocurrió. Le juré que me haría cargo de la bebé y la registramos cuando nació como hija mía.

»Dos meses después de nacer Alexandra, perdió la vida, pero me dejó a la pequeña como el mejor legado a la amistad que tanto nos unía. —Estaba conteniéndome de llorar ya que su relato me estaba causando mucha emoción al saber que, tras ese hombre serio y distante, había una persona sensible, leal y con un gran corazón.

—El mundo necesita más personas como tú.

—No, la verdad es que Alexandra es lo mejor que me pasó en la vida. Es una niña muy fácil de criar y muy inteligente. Me causa mucha tristeza que se vaya a perder el conocer y disfrutar de su mamá, que era de lo más divertida, luchadora y con un carácter arrollador.

—Sí, es una lástima, pero estoy segura de que estás cubriendo bien muchas de sus necesidades.

—No estoy a la altura, pero intento hacerlo lo mejor que puedo.

La pequeña se despertó y le preparé el desayuno. Jorge se despidió de ella con un beso ya que tenía que ir a la ciudad a hacer unas gestiones.

Alexandra sonreía mirándome mientras yo cocinaba un guiso de ternera con patatas en amarillo. Le estaba sacando información acerca de sus preferencias en dibujitos y me sorprendió al decirme que a ella le gustaba la Doctora Juguetes, cosa que no había escuchado en la vida.

—Yo tengo la muñeca y el maletín de doctora.

—¿Y me lo enseñarás luego?

—Sí —afirmaba feliz mientras disfrutaba del desayuno relajadamente. Tranquila era un rato y todo se lo tomaba con esa filosofía.

Cuando acabó su desayuno se asomó para ver qué estaba cocinando, le conté que era uno de los guisos que más me gustaban porque mi abuela solía prepararlo en días muy lluviosos.

Mientras el guiso se iba haciendo al fuego, fuimos al salón y me hizo esperarme en el sofá mientras iba en busca de esa muñeca que quería enseñarme, y no llegó solo con eso, sino con un par de libros para colorear y un estuche lleno de pinturas.

—Vamos, vamos a tumbarnos en la alfombra y a colorear —dijo mientras me cogía de la mano, llevándome frente a la chimenea, donde acabamos las dos tumbadas bocabajo y con las piernas flexionadas hacia arriba.

Alexandra me dijo qué dibujo quería que coloreara yo, ese que resultó ser un bosque con un lago lleno de cisnes y patos, mientras que ella coloreaba un parque con niños jugando.

De vez en cuando iba a ver cómo estaba el guiso y ella me acompañaba, incluso me sacó una sonora carcajada cuando preguntó si podía probarlo, le di un poco del caldo con la cuchara, y se relamió los labios.

—Si el caldito está así de rico, no quiero imaginar la carne y las patatas —dijo antes de que volviéramos al salón —. Papá sabe cocinar, pero tú le ganas —murmuró como si Jorge estuviera por allí y pudiera escucharnos.

—Bueno, yo veía a mi abuela y me quedaba con muchas cosas de las que hacía, pasaba horas con ella en la cocina.

—¿Dónde está tu abuela ahora? —preguntó mientras seguíamos coloreando.

—Se fue al cielo, cariño —respondí y me miró con los ojos cargados de tristeza.

—Pero tienes a tus papás, ¿no?

—No, no los tengo.

—Entonces, ¿estás sola en la aldea?

—Sí, o bueno, no tanto. Está Felisa.

—Pero vives sola.

—Eso sí.

—Hum —fue lo último que dijo antes de seguir concentrada en su dibujo, y yo hice lo mismo.

Sacha nos hacía compañía, allí acurrucada frente a la chimenea, dormida, pero sin perder de vista a Alexandra

cada poco tiempo.

Me levanté para apartar el guiso una vez estuvo hecho, y volví a ocupar mi lugar junto a esa pequeña que estaba superconcentrada en su dibujo.

Cuando me pareció escuchar el coche fuera, recogimos todo y la niña fue a recibirle a la puerta.

«Jorge llegó por la casa a la una de la tarde y diciendo que olía muy bien el guiso. Destapó la olla y me miró arqueando la ceja.

—Tiene muy buena pinta.

—Gracias.

—Ahora te preparo un táper para que te lleves, y no vayas a decir nada —me advirtió saliendo de la cocina para ir a su cuarto a cambiarse.

Me sentía mal de que me estuviera dando la comida gratuitamente, pero agradecía que así no me tuviera que complicar al llegar a casa, no me iba a mentir, pero no sé, se me hacía raro. Aunque me sentía muy agradecida.

Apareció por la cocina con un pantalón de chándal y una sudadera que le hacían parecer aún más joven, y tal como dijo, preparó un táper con el guiso para que me llevara.

Alexandra me despidió con una sonrisa de oreja a oreja haciéndome prometer que al día siguiente volveríamos a colorear frente a la chimenea, cosa que a su padre le resultó divertido y le vi voltear los ojos.

Regresé a casa después del trabajo, calenté el guiso mientras me daba una ducha y me ponía cómoda, y disfruté de la comida y un café sentada en mi rincón favorito de la casa.

Después de comer volví a coger el libro, ese que estaba devorando cada tarde y que me tenía enganchada a cada página.

Clara me envió un mensaje preguntándome qué tal mi segundo día de trabajo, dejé el libro en la mesa y estuve charlando con ella una media hora, momento en el que me levanté a añadir un poco más de leña a la chimenea y poner un poco de pasta al fuego para prepararme la cena más tarde, que me apetecía pasta a la carbonara.

El hecho de haber hablado con Clara sobre Jorge me hizo pensar en él mientras tomaba un café.

No iba a negar lo obvio y evidente, era un hombre guapo y con un atractivo de esos que no pasan desapercibido, por no hablar de esa sutil sonrisa ladeada que me había dedicado.

Y ya que me ponía a sincerarme conmigo misma, debía admitir que estar en su presencia le hacía cosas a mi persona. Es decir, que me ponía nerviosa y sentía algo recorrer mi cuerpo cuando me miraba, eso no debía ser normal.

Comenzó a llover de nuevo, miré hacia la ventana y suspiré mientras iba a la cocina a prepararme la cena.

No sabía qué me pasaba con Jorge, pero si tenía que aventurarme a decir algo, sería que me gustaba como hombre

Y ya que me ponía a sincerarme conmigo misma, debía admitir que estar en su presencia le hacía cosas a mi persona. Es decir, que me ponía nerviosa y sentía algo recorrer mi cuerpo cuando me miraba, eso no debía ser normal.

Comenzó a llover de nuevo, miré hacia la ventana y suspiré mientras iba a la cocina a prepararme la cena.

No sabía qué me pasaba con Jorge, pero si tenía que aventurarme a decir algo, sería que me gustaba como hombre.

Capítulo 5



Jueves y parecía que los días volaban ante esta nueva rutina y horarios fijos que me estaban gustando mucho. Me sentía feliz con el nuevo empleo al que veía como una superación personal y que no quería perder por nada del mundo.

Jorge me esperó para el café y me enseñó el contrato que le había mandado el asesor y que firmé feliz. Era de seis meses prorrogables.

—Ya eres oficialmente mi empleada —dijo con esa leve sonrisa que me hacía sonrojar, y por la que yo apartaba la mirada rápidamente o, como en ese momento, me llevaba la taza de café a los labios para disimular y evitar que me viera.

Ahí fue cuando me contó que era analista de datos ya que estudió la carrera y había conseguido trabajar para dos empresas que le reportaban grandes beneficios. Además, que era una de las profesiones mejor pagadas del mundo ya que lo había visto en un documental. A sus treinta y siete años estaba triunfando en la vida y se lo merecía por todo lo que había luchado para llegar ahí, sobre todo lo que había tenido que estudiar y prepararse para enfrentarse a un trabajo tan complejo.

Me hacía mucho bien el ir viendo cómo mi jefe iba confiando en mí y aunque era parco en palabras, de vez en cuando se sinceraba conmigo en algunos aspectos de su vida privada.

—Hoy no tengo que salir, al menos por el momento —me informó tras acabarse el café.

—Bien, pues, si necesitas algo, me avisas —dije y sonrió.

Alexandra se despertó y vino a rodearme por la cintura. Me agaché a darle un beso sintiendo que esa pequeña me estaba cogiendo cariño.

—Buenos días, princesita. ¿Qué quieres desayunar? —pregunté mientras la ayudaba a sentarse.

—Un tazón de leche con cereales y tostadas.

—Desde luego, tienes un hija de buen comer —reí mirando a Jorge.

—Sí, sí, ella eso de que hay que comer bien para crecer mucho, lo lleva al pie de la letra. Menos las verduras, que esas le cuestan un poco más, ¿verdad?

No me pude aguantar la risa al ver la cara de asco que puso la niña al escuchar hablar de las verduras, como si, incluso, pudiera sentir el olor en su adorable naricita.

—Por lo que veo, no te gustan las verduras.

—No —dijo mirándome y con una rotundidad, que ya me encargaría yo de que le gustasen, o al menos que las tolerase un poco.

Jorge se encerró en su despacho y yo me dediqué a limpiar la casa un poco mientras Alexandra coloreaba un cuento en el salón con la mesa que tenía plegable y que se adaptaba a ella y quedaba pegada al sofá donde estaba sentada con su mantita por encima.

^aEso sí, me dijo que en cuanto yo pudiera, le hiciese compañía frente a la chimenea en el salón porque decía que le gustaba colorear conmigo.

Pero no podía, primero tenía que atender la casa y después, a ella.

No quería molestar a Jorge mientras trabajaba, pero me acerqué al despacho por si necesitaba algo. Cuando me dio paso, abrí la puerta y me asomé un poco.

^e

—Venía a ver si querías un café, voy a ponerme con la comida ahora.

—Me vendría bien, sí, gracias.

—Pues ahora mismo te lo traigo.

Le preparé el café, se lo llevé y sonreí al igual que él cuando lo dejé en su escritorio.

Se notaba que allí hacía gran parte de su vida, puesto que la estancia olía a él.

Y ese aroma me afectaba más aún de lo que podría imaginar cuando estaba tan cerca suyo.

Le dejé de nuevo a solas trabajando y me metí en la cocina a preparar una pasta para el mediodía y dejar cocinado un potaje para el día siguiente. La pequeña se vino conmigo y se sentó en la mesa mientras yo cocinaba y charlábamos de dibujitos y pelis de Disney que tanto le gustaban.

Decía que, si no me podía ir con ella a colorear, ella se venía conmigo a cocinar. Era un encanto, esa era la verdad

—Eres muy divertida —murmuró la pequeña sacándome una sonrisa.

—¿En serio?

—Sí, a mi papá le cuesta mucho reír, pero es muy bueno.

—Te quiere mucho. —Aplaudí dando saltitos para no entristecer su frase.

—Sí —contestó emocionada.

Esa mañana aproveché para enseñarle un poco sobre las letras y los números que ella hacía encantada, aunque se liaba como era normal, solo tenía cinco años, pero lo más sorprendente es que ponía interés y se notaba que era una niña muy lista. El caso es que conseguí que los números del uno al tres los aprendiese a la perfección y las vocales al completo, otra cosa es que al día siguiente las recordara, pero estaba segura de que con un repaso aceleraría el que se le quedaran impregnadas.

—¿Sabes qué voy a hacer? —le dije en un momento dado cuando estaba revisando las letras que le había apuntado en el cuaderno.

—¿Qué?

—Como te gusta tanto colorear, te voy a preparar en un cuaderno los números y las letras dibujados para que tú los colorees.

—¡Vale! —dijo la mar de emocionada, y así la vio su padre cuando salió del despacho a dejar la taza del café.

Y fue en ese momento en el que Jorge salió a comprar pan y algunas cosas más, cuando Alexandra me dijo algo que no me esperaba.

—Mi papá está triste porque tenía una amiga que se quedaba aquí a dormir con él, pero ya no viene más —me explicó cómo pudo—. Pero es un secreto, ¿vale?

—Claro, tranquila que no comentaré nada. Ni se me ocurriría. —Me asombraba la fluidez lingüística que tenía y la manera de explicarlo para su corta edad.

—Creo que ella ya no volverá más y me pone triste que mi papá siga pasándolo mal.

—Tranquila, todo se supera en esta vida.

l. Siguió escribiendo las vocales y yo me quedé sin saber qué decir.

Jorge regresó momentos después y como siempre preparó mis táperes y me los dio para que me los llevara; uno de pasta y el otro de potaje.

Paré por el camino a comprar un pan de horno de leña ya que me duraban en buenísimas condiciones durante varios días y también me servía para hacerme una buena tostada por las mañanas.

Después de comer se me ocurrió hacer un pastel de manzana, receta de mi abuela, con suerte contaba con todos los ingredientes. Quería llevárselo para que lo disfrutaran el fin de semana. Aproveché para hacerlo bien grande y yo quedarme una parte.

Mientras lo hacía se me ocurrió la idea de hacer también una lasaña ya que tenía carne picada que saqué por la mañana del congelador para hacer algo para el fin de semana y como tenía dos cajitas de la pasta, pensé que era el momento perfecto para hacer otra grande y repartirla entre las dos casas. Estaba muy agradecida por todos los táperes que me dio durante la semana y veía así que de algún modo era una forma de agradecérselo y facilitarle a Jorge el tema de la comida.

Tanto el postre como la comida me quedaron geniales de sabor, textura y presentación. Lo metí en los táperes que me había traído ese día, ya que solía devolvérselos al día siguiente.

Me dolía el hecho de que Jorge lo estuviera pasando mal por una relación fallida, pero imaginaba que así eran las cosas del amor, digo que imagino porque yo nunca había estado en una relación, pero es verdad que en secundaria había un chico en mi clase que me llamaba la atención y fueron muchas las noches que suspiré abrazada a mi almohada. Nada que ver con lo que él le pudiera estar pasando.

No podía hablar de lo que ese hombre estaba pasando porque no lo había experimentado todavía, aunque por la experiencia de Clara en temas de rupturas amorosas, bien sabía que era un tanto doloroso y que a veces costaba superarlo más de lo que uno se podía imaginar.

El enigma que envolvía a Jorge lo hacía aún más atractivo, de alguna manera me estaba atrapando, y no puedo dejar de reconocer que eran muchos los cosquilleos que comenzaba a sentir cuando lo tenía delante.

Para cuando quise darme cuenta se me habían pasado las horas metida en la cocina, eso que tanto me gustaba desde siempre, puesto que el ver a mi abuela entre fogones, como ella decía, era una maravilla.

Ella me enseñó todo lo que sabía de cocina, supliendo esa necesidad de que mi experiencia culinaria me la hubiera proporcionado mi madre.

La casa de mi abuela siempre tuvo ese olor a guiso y comida con el que, aún hoy en día, se llenaba cuando era yo quien me metía entre fogones.

Cené y me senté a leer un poco frente a la chimenea hasta que los párpados empezaron a pesarme por el cansancio.

e de esos días. Un cansando que debía admitir era más que bienvenido al ser por un trabajo fijo que me gustaba, donde me sentía cómoda y feliz.

l

e

a

)

de esos días. Un cansando que debía admitir era más que bienvenido al ser por un trabajo fijo que me gustaba, donde me sentía cómoda y feliz.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

Ni él esperaba la tarta de manzana ni la lasaña, sorpresa que se le pudo ver en sus ojos y la expresión de la cara, ni a mí porque me recibió con un regalo sobre la mesa de la cocina que cuando lo liberé del envoltorio me encontré con una preciosa maleta vintage en rosa con los adornos en dorado que aparentemente parecía un maletín para meter el maquillaje.

—Ábrelo —dijo Alexandra riendo nerviosa y mirando hacia su padre.

—Para que te lo comas el fin de semana y te acuerdes de mí —dijo la pequeña ante la mirada atenta de Jorge que sonreía de medio lado.

—Si lo has recibido es porque te lo mereces. —Me puso la taza de café en las manos.

—Cariño, claro. Ahora vamos a coger unas poquitas de cada una y te preparo a ti una cajita para que tengas para

—Hace contigo lo que quiere —dijo Jorge volteando los ojos y saliendo de la cocina. No se le veía enfadado ni

mucho menos, aunque no se riera se notaba que lo decía en un tono irónico y bromista.

Nos miramos sonriendo y le estiré mi mano para que la chocara con la suya.

—Ahora vengo, voy a traer una cosa —le dije para que siguiera desayunando y fui a su habitación ya que en su armario había dos cajas de zapatos vacías que a ella le gustaba conservar por los dibujitos que aparecían en ellas.

—¿Vas a echar ahí mis chuches? —preguntó al verme regresar.

—Sí cariño, pero la vamos a forrar por dentro de papel vegetal para cocinar y así no se te ensucia ¿vale?

—Vale. —No dejaba de sonreír y más al ver la cantidad de cosas que le eché de todo lo que había.

Se la cerré y la llevé a una esquinita del salón donde tenía juguetes y unas estanterías en la que ella ponía cosas. La dejé ahí para que la cogiera cuando quisiera. Según me dijo Jorge, la niña no abusaba de los dulces ni chuches y podía tener un cajón lleno que no por eso iba a estar todo el día cogiendo, por ese motivo se lo dejé a la vista.

El tonito en el que me había dicho que «conmigo hacía lo que quería» , no se me podía quitar de la cabeza, consiguiendo sacarme una sonrisa de esas que te llegan al suelo.

—¿Te gustó la sorpresa? —Quiso saber la pequeña mientras desayunaba.

—Mucho, de verdad que sí. Yo tengo otra cosa para ti —sonreí sacando el cuaderno del bolso, se lo dejé en la mesa y sonrió al abrirlo.

—¡Los números y las letras para colorear! —gritó con entusiasmo.

Lo había preparado la tarde anterior mientras se hacía la lasaña en el horno, apenas tardé y quería que ella lo tuviera para que fuera coloreando cada día esos números y letras que había aprendido, y así se lo hice saber.

No tardó en acabarse el desayuno y salir corriendo al salón para colocarse en su mesita y colorear lo que había estado aprendiendo el día anterior.

Con Jorge, estaba descubriendo un lenguaje no verbal que no había conocido hasta ahora y es que a pesar de mantener siempre una distancia y ser de lo más correcto y serio, tenía un aura especial que anunciaba que no era un mal hombre, todo lo contrario. Además, que el gesto que tuvo con su mejor amiga haciéndose cargo de la hija de esta, ya era un acto que hablaba por sí solo.

—Mira, Johana —dijo cuando fui al salón a ver cómo estaba—. Ya he coloreado los de ayer.

—Muy bien, veamos si te acuerdas de cuáles son.

—Este es el uno —sonrió señalando el primero—. Este el dos, que parece un pato. —Se llevó la mano a la boca disimulando la sonrisa—. Y este, el tres.

—Muy bien, y ahora, ¿recuerdas las vocales?

Ella asintió sin perder la sonrisa y me dijo todas las que había aprendido el día anterior.

La verdad es que la pequeña estaba esa mañana de lo más aplicada con las vocales y los números, bien es cierto que despuntaba, hablaba como una niña de siete años y lo hacía con una fluidez que era fuera de lo normal para una niña de su edad.

—Muy bien, ya te sabes del uno al cinco y las vocales a la perfección. Eso merece que el martes te traiga un regalo para celebrar tus logros.

—Claro. —Escuché detrás de mí a Jorge, al que no esperaba que apareciera en ese momento—. Y cuando cuente hasta diez te la llevas a Disney. —Me giré y miraba hacia Alexandra que apretaba los labios para no soltar una carcajada.

—Si tuviera presupuesto para eso, no me importaría —murmuré lo primero que se me vino a la cabeza.

—Papá, ya me sé los número del uno al cinco, y las vocales —dijo ella cuando Jorge se acercó a nosotras.

Mirándolos una vez más así de cerca, pude comprobar la gran complicidad que tenían, y se notaba en el cariño con el que la trataba y hablaba.

Por no hablar del modo en el que la cogió en brazos para sentarla en su regazo mientras ella le decía los números y las vocales, además de enseñarle el cuaderno que le había llevado con todos ellos para que los coloreara.

—Me hago pis —dijo la niña saltando del regazo de su padre y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

—Es una niña muy lista —sonreí mientras la observaba alejarse.

—Lo es, sí. Gracias por esto, Johana.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Por enseñarla antes de que comience el colegio. Se te dan bien los niños, por lo que veo.

—Es que ella es muy fácil de tratar —le aseguré—. Tienes una hija adorable.

—Me alegra que pienses eso de ella, Alexandra es... mi vida entera. —Se quedó mirando hacia la puerta por la que la pequeña princesa terremoto había salido, y supe que en ese momento Jorge debía estar pensando en su amiga, en la mamá de Alexandra, obviamente.

—Estaría orgullosa de ver lo que has conseguido con ella —dije llevando de manera inconsciente mi mano sobre su antebrazo, gesto que él miró y en cuanto sus ojos se volvieron hacia los míos, la retiré—. Es lista, dulce, cariñosa, encantadora y, sobre todo, una niña sana y feliz.

—Ojalá ella pudiera haberla visto crecer. Se fue demasiado pronto.

—La vida no es justa, lo sé, pero ¿sabes qué solía decir mi abuela? —negó con una leve sonrisa— Quien bien nos ha querido en vida, sigue haciéndolo y observando nuestros logros desde allá arriba —sonreí.

—Sabías palabras las de tu abuela.

—Papá, tengo hambre. —Alexandra entró en el salón como un huracán, se lanzó a los brazos de su padre que no dudó en levantarla por los aires, y la hizo volar hasta la cocina.

Allí los dejé asegurándole a la niña que el martes volveríamos a vernos y seguiríamos con los números y el resto de las letras.

Reconozco que a la salida se me hizo un nudo en la garganta cuando me despedí de la pequeña, sabía que durante tres días ya no la vería ni a ella, ni tampoco al padre.

Después de comer llamé a Clara mientras me tomaba el café, quien me contó que tenía una cita con Jake, el camarero, al día siguiente.

y

—Y estoy de los nervios —dijo dejándose caer hacia el respaldo del sofá.

—Ni que fuera tu primera cita —reí—. Si me dijeras a mí, pero, ¿tú? ¿Qué nervios ni qué ocho cuartos?

—Hemos hablado toda la semana, Johana, es un encanto. Me da los buenos días y las buenas noches, ¿te lo puedes creer?

—Vaya, por lo que veo Jake es uno de esos hombres que ya no quedan.

—Me va a llevar a cenar y después a tomar algo.

—Pues a disfrutar del sábado noche, ya sabes.

—Oye, y tú, ¿qué tal en casa del papá soltero?

—Muy bien —sonreí, y pasé a contarle lo de la niña y lo hondo que me estaba calando aquella pequeña.

Clara sonreía y me escuchaba con atención, no me pasaban desapercibidas esas miradas, cejas levantadas y sonrisas cuando hablaba de Jorge, y en cuanto acabé de hablar, hizo el comentario que me dejó a cuadros.

—Te gusta Jorgito —sonrió elevando ambas cejas.

—¿Qué? No, no, no. O sea, a ver, es un hombre guapo, que no estoy ciega, pero de ahí a que me guste...

—Te gusta, y no está mal que sea así, y tampoco que te lo admitas a ti misma. Cielo, eres una mujer con ojos en la cara y necesidades, si Jorgito te gusta, no te lo niegues a ti misma.

—Mentirte no te he podido mentir nunca, ¿eh?

—No —respondió con rotundidad.

—Siento algo, eso no lo voy a negar, pero es que, a ver, le conozco de hace nada y me siento rara porque, no sé, ¿no es pronto para que me guste y me haga sentir... cosas?

—Johanita, nunca es demasiado pronto ni tarde para que una persona nos guste.

—Es que le veo más como algo platónico, no sé si me entiendes. Como cuando te gusta un famoso, que lo ves ahí delante, pero inalcanzable.

—A Jorgito le tienes cerca, a mí no me seas. —Me señaló con el dedo.

—Ya, ya, pero tú me entiendes.

—Sé por dónde vas, y no me gusta. Ahora me dirás que qué interés va a mostrar ese hombre en ti que no tienes ninguna experiencia y bla bla blá. Pero mira, una cosita de voy a decir. Eres guapa, exótica incluso —sonreí porque siempre me decía lo mismo—, lista, amable, simpática y cariñosa; y si ese hombre no se diera cuenta de todo eso, es que está más ciego que el de los cupones de tu aldea.

—Tú es que no le has visto, Clara, ese hombre tiene que estar acostumbrado a mujeres más...

—Deja de pensar en eso, y simplemente deja que surja lo que tenga que surgir, si es que surge algo. Porque a ver, dime, ¿te pones nerviosa en su presencia?

—Mucho, no sé ni cómo consigo hablar sin trabarme —sonreí.

—Pues porque eres Johana maravilla —rio ella.

No sabía cuánto había necesitado esa charla hasta que acabamos de hablar media hora después, quedando en que me llamaría para contarme su cita con Jake.

Clara era una mujer preciosa, de cabello castaño y unos ojos azules de lo más expresivos, por no hablar de su sonrisa.

Sentada en el sofá, contemplando el fuego de la chimenea, pensé en Jorge y, rememorando los días que habíamos compartido en su casa, como jefe y empleada, no podía negar lo que ya sabía.

a

Que mis sentimientos por ese hombre crecían más cada día.

,

—Pues porque eres Johana maravilla —rio ella.

No sabía cuánto había necesitado esa charla hasta que acabamos de hablar media hora después, quedando en que me llamaría para contarme su cita con Jake.

Clara era una mujer preciosa, de cabello castaño y unos ojos azules de lo más expresivos, por no hablar de su sonrisa.

Sentada en el sofá, contemplando el fuego de la chimenea, pensé en Jorge y, rememorando los días que habíamos compartido en su casa, como jefe y empleada, no podía negar lo que ya sabía.

Que mis sentimientos por ese hombre crecían más cada día.

Capítulo 7



Eran las ocho de la mañana cuando me llegó una notificación de mensaje de Jorge, al abrirlo era un audio de Alexandra:

«Ayer por la tarde me comí muchas galletitas y chuches de la caja, y he pasado la noche vomitando, incluso ha tenido que venir el doctor».

No me lo podía creer, según su padre no era una niña que abusara de esas cosas y yo confié de pleno en sus palabras.

Johana:

Jorge, ¿puedo ir a verla?

Jorge:

Las puertas de nuestra casa siempre las tienes abiertas.

A las nueve de la mañana ya estaba aparcando en la puerta de la casa y Jorge abrió la entrada del exterior.

La niña vino corriendo hacia mí por el jardín para que la cogiera en brazos. Observé que tenía mejor color y cara que yo.

—¿Tú estás segura de que estás malita? —pregunté abriendo los ojos con ambas cejas elevadas

—No, pero es que te tenemos una sorpresa. ¡Felicidades! —gritó haciéndome ver que sabían que hoy era mi cumpleaños, mi veintisiete cumpleaños... y se me hizo un nudo en la garganta cuando Jorge también me felicitó y me dio por primera vez dos besos.

Si me viera Clara, después de la conversación que habíamos tenido el día anterior, seguro que estaría diciéndome que capaz sería de no lavarme la cara en una semana tras ese par de besos que me había dado mi amor platónico.

En ese momento me di cuenta de la trampa que me habían tendido para que viniese, no solo me habían preparado un desayuno con bollos y chocolates, también me habían comprado un regalo que estaba sobre la mesa.

—El maletín también era de tu cumple —murmuró Jorge mientras yo abría el regalo.

—No sé qué decir.

—Si te gusta o no —intervino inocentemente Alexandra, sacándome una risilla y a su padre una de sus medias sonrisas.

—Estoy muy nerviosa —murmuré quitando por fin el papel.

—¿Te gusta? —preguntó la pequeña con impaciencia.

—Me encanta, no habéis podido tener mejor gusto —murmuré emocionada mirando esas deportivas blancas de la marca Nike que eran una autentica preciosidad—. ¿Cómo habéis sabido mi número? —pregunté curiosa.

—Fácil, en una conversación con la niña te dijo su número de pie y te preguntó el tuyo.

—Es verdad —recordé ese momento desayunando en la cocina—. Gracias de nuevo, no deberíais haberos molestado.

—No tienes familia —murmuró la pequeña con cierta tristeza—. Y ya eres como parte de la nuestra porque viene muchas mañanas a ayudarnos con la casita.

—Sois los mejores —sonreí y le acaricié la cabecita.

Desde que se fue mi abuela, que me regalaba siempre dinerito para que me comprase algunas prendas, nada tenía sentido, mi cumpleaños se había convertido en un día más, pero hoy, me había llevado una grata sorpresa con el señor serio y su adorable hija. Las deportivas eran todo un acierto ya que ahora se llevaban mucho tanto con ropa de vestir como casual de diario.

—¿No te las pones? —Miré a Alexandra y tenía una ceja arqueada.

—Doña impaciencia —comentó Jorge—. Ella siempre que abre un regalo y es ropa o zapatos, se lo pone enseguida.

—Ah, yo también, pero me parecía feo hacerlo aquí.

—No, no, de feo nada. Venga, pónelas a ver si no te van a valer —dijo ella.

Sonreí, saqué las zapatillas de la caja y, tras quitarme las que llevaba, me las puse. Que ni pintadas, me quedaban que ni pintadas y hasta me atreví a dar un paseíto con ellas por allí delante de la niña y el padre, que me miraban

con esa sonrisa que cada uno lucía a su manera.

Desayunamos mientras Alexandra me decía que ella se había comprado esas mismas zapatillas ya que, al parecer, quería que fuéramos iguales en algún momento por la casa.

Eso me dio una idea, una que no tardaría en llevar a cabo y que, estaba segura, a la niña le iba a encantar.

Me llené de dulces en esa mañana de cumpleaños que, como había mencionado, desde que perdí a la abuela no había vuelto a celebrar en condiciones.

Solo Clara en días como ese me organizaba una videollamada y me hacía coger un pastel pequeño con una vela para que soplara, puesto que ella tenía otro pastel ante la cámara mientras me cantaba.

Jorge me confesó que por la noche se habían comido parte de la lasaña y que estaba buenísima y que hoy pedirían *pizzas* del restaurante italiano del pueblo de al lado para que comiese con ellos. Me pareció todo un detalle muy bonito y aunque le dije que no hacía falta, como siempre ignoró mi comentario haciendo feliz a la pequeña.

Notaba que Jorge me miraba con disimulo constantemente mientras yo hablaba con la niña o contestaba a esas preguntas tan graciosas que me hacía de cualquier cosa que se le ocurría. No sabía si me observaba o es que me veía una persona con la que su hija se sentía cómoda y eso le agradaba, lo único que sé que a mí me ponía nerviosa y me causaba infinidad de cosquilleos en la barriga.

Alexandra se fue a ver dibujos al salón y me quedé en la cocina a solas con su padre recogiendo todo.

No pude evitar el volver a darle las gracias por aquella sorpresa.

—No os teníais que haber molestado, de verdad —murmuré.

—Alexandra te adora, y puedo ver que es mutuo. Cuando le dije que hoy era tu cumpleaños, ya que vi la fecha en tu DNI cuando te hice el contrato, me dijo que teníamos que prepararte una sorpresa para que no lo pasaras sola en casa.

—Pues ha sido una sorpresa bien bonita, de verdad que sí —sonreí.

—¿No sueles salir a celebrarlo con tus amigas?

—No tengo, bueno aquí no. La única amiga que tengo vive en Londres, y la conocí unos meses antes de perder a mi abuela. —Mi móvil empezó a sonar y al ver el nombre de Clara en la pantalla, sonreí—. Hablando de la reina de Roma. —Descolgué y saludé—. Buenos días.

—Feliz, feliz en tu día. —Comenzó a cantar, y me eché a reír, dejándola que siguiera—. ¡Felicidades, Johanita!

Que es sábado, y tengo una cita esta noche, pero de tu cumple, no me olvido. ¿Nos hacemos una videollamada con pastel después de comer?

—Pues no va a poder ser, Clara.

—¿Ya estás como el año pasado? No me digas que no quieres soplar la vela, porque no, ¿eh?

—No, no, que no es eso. Es que, estoy en casa de mi jefe. —Le miré por encima del hombro y vi que seguía a lo suyo, sin prestarme atención.

—¿Estás en casa de Jorgito? ¿No tenías los fines libres?

—Sí, pero la niña me ha preparado una trampa para que pase mi cumpleaños con ellos.

—¿Qué me dices? Uy, esa niña es una casamentera, lo estoy viendo.

—Anda ya, loca —reí.

—Sí, sí, llámame loca y lo que quieras, que, seguro que es una enviada de Cupido o de la mismísima Karina, para lanzaros esas flechas del amor.

—Madre mía, estás fatal.

—Bueno, que me alegro de que no vayas a pasar el cumpleaños sola, eso sí, me debes un café y pastel en videollamada, ¿eh?

—Tranquila, que lo tomaremos. Adiós, y diviértete esta noche.

—Y tú, y tú, que pases un muy feliz cumpleaños, Johanita.

n

Cuando colgué, vi a Alexandra asomada por la puerta de la cocina, estaba sonriendo y cuando arqueé la ceja, me enseñó una de sus zapatillas.

—¿También te las has puesto? —Me acerqué a ella y asintió mientras la cogía en brazos—. Pues te quedan monísimas. —Me la comí a besos, no podía hacer otra cosa con aquella niña que, sin saberlo, me daba la vida desde que la conocí unos días atrás.

—Papá, ¿vienes al salón?

—Claro, ¿qué queréis hacer, chicas?

Por la risita de ella supe que ya tenía planes pensados para nosotros, y no me equivoqué.

La mañana la pasamos los tres en el sofá entre películas de niños y risas, incluso jugamos a un juego de mesa de adivinar un objeto con el que hasta a Jorge se le escaparon por primera vez algunas risillas al ver cómo Alexandra intentaba dar pistas liándose lo más grande.

—No me entiendes, papá —resopló.

—Va a ser eso, hija, que no te entiendo, y eso que te explicas divinamente.

Alexandra entrecerró los ojos mirándole como si estuviera lanzándole un maleficio al más puro estilo de Harry Potter, lo que me hizo soltar una carcajada. Al verme, ella se echó a reír también mientras seguía diciéndole al padre que no la entendía con lo divinamente que ella se explicaba.

Un amor, es que Alexandra era un amor de niña.

Cuando llegaron las *pizzas* a la pequeña se le hizo la boca agua y es que decía que era su comida preferida. La verdad es que estaban riquísimas, yo no las había probado de este restaurante, es más, no solía comer casi apenas de la calle, siempre me las hacía yo.

—¿Sabes hacer *pizza*? —me preguntó Alexandra después de comentarles que me gustaba hacerlas.

—Sí, pero la masa la compro hecha, no me saldría una como esta, ni soñando —reí.

—Papá, ¿puedes comprar masa de *pizza* otro día? Quiero preparar una con Johana y probarla.

—Claro que sí, hija. —De nuevo la sonrisa de medio lado de Jorge, y esa mirada que me lanzó a mí que hizo que me pusiera más nerviosa si cabía.

Para la merienda, nos comimos el pastel de manzana con unos cafés y la pequeña con un batido. Me felicitaron los dos por lo buena que me había salido. La realidad es que la hice con mucho cariño.

No habíamos terminado de comerla cuando Jorge dijo que para la noche nos tenía para cenar una sorpresa.

—No quiero molestar, ya hicisteis mucho por mí hoy.

Como siempre volvió a ignorar mi comentario y dijo que estaba seguro de que me encantarían sus sándwiches de pollo...

Capítulo 8



Jorge nos dejó en el salón a las dos y se fue a la cocina a eso de las siete, quería preparar la cena. No me permitió que le ayudase, se basaba en que era mi día y me lo tenían que poner todo por delante.

Alexandra estaba de lo más feliz bajo la mantita y conmigo al lado, no dejaba de coger mi mano y hacerle masaje: mientras yo ponía cara de sentir placer. Era una monada y un cielo de niña.

—Tengo un pintauñas rosa en mi habitación —dijo ella de manera distraída mirando mis uñas—. ¿Quieres que te las pinte?

—Eso suena a sesión de belleza —sonreí.

—Sí. —Se bajó del sofá y salió corriendo mientras yo me reía al verla. En cuanto regresó con el pintauñas en la mano, volvió a sentarse y me cogió la mano—. Tarde de chicas, mientras papá hace la cena.

Tenía que reírme, era inevitable no hacerlo cuando esa niña, encantadora y adorable, sacaba su arte a relucir.

Mientras me pintaba las uñas la miraba de concentrada, yo la miraba y pensaba que, el día que fuera madre, me encantaría poder tener una hija como ella, tan despierta, alegre y feliz; y que cualquier pequeña cosa le sacara una sonrisa.

Esa pequeña tenía lo más grande que unos padres pueden darle a sus hijos, el amor y el cariño que necesitan para vivir felices.

Qué distinto habría sido para mí si mi padre no me hubiera tratado como lo hizo, y si no me hubiera arrebatado a mi madre.

—Oye, qué bien se te da —dije sonriendo—. No te ha quedado ni una manchita por fuera de la uña.

—Es que como coloreo tanto, pues no me salgo nunca —contestó con aquel desparpajo que le salía por los costados.

—Ven, que te las pinto yo a ti —sonreí y no tardó en colocar una mano sobre mis piernas para que le pintara las uñas.

Por suerte era un color rosa bebé, de esos claritos, y apenas se notaba que las lleváramos pintadas.

—Ya está lista, señorita —dije y se miró las uñas, me abrazó y cuando sentí aquel sonoro beso en la mejilla, la estreché entre mis brazos con todas mis fuerzas y cerré los ojos disfrutando del olor a la colonia que usaba.

—Johana. —Me llamó Jorge desde la cocina y dejé a la pequeña en el sofá para ir hasta allí.

—Dime —sonreí—. Huele genial.

—Esto quería enseñarte, mira. —Abrió el horno y vi un pescado con verduras alrededor que tenía una pinta⁵ increíble.

—Es la dorada más grande que he visto.

—Pesa un kilo y medio.

—Madre del amor hermoso. Pero, oye, ¿no iba a probar tus deliciosos sándwiches de pollo? —Arqué la ceja.

—Pues... —Miró hacia un lado mientras le veía torcer los labios.

—Ya, ya, otra trampa que me has tendido —reí, y él se encogió de hombros.

—Toma. —Puso una copa en mi mano y me la llenó de vino blanco.

—Tengo que conducir —sonreí nerviosa, además no estaba acostumbrada a beber.

—Con la que ha comenzado a caer no te dejaré ir a casa esta noche. Los caminos a tu casa se ponen en muy mal estado y no tendrás buena visibilidad.

—Pero iré despacito.

—¿Tienes miedo de quedarte con nosotros? —Levantó un poco la ceja y me miró con esa media sonrisa.

—No, no es eso —sonreí sosteniendo la copa en mis manos—. Pero no tengo nada para dormir.

—Por eso no hay problema, te puedo dejar un pantalón de dormir y una camiseta, te quedará grande, pero ¿qué más da? —juro que había acabado de ver una sonrisa un poco más amplia.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. —Acercó su copa a la mía, le dio un golpe y se la llevó a los labios para dar un trago—. A la niña le hará mucha ilusión.

Y a mí, pero no se lo iba a decir, poder pasar la noche en su casa con ellos era lo mejor que me podía pasar en la vida. Jamás me había quedado en casa de nadie y mi vida era lo más monótona del mundo.

La pequeña apareció por la cocina diciendo que tenía sueño y que quería dormir.

—Pero tendrás que comer un poco de pescado.

—Papá, pero le falta mucho.

—¿Quieres un vasito de caldo?

—Quiero dormir... —Se le veía que se le cerraban los ojos y es que estaba acostumbrada a dormir siesta y hoy no lo había hecho.

—Si te tomas un vaso de caldo, te acompaño a la habitación y te cuento un cuento, es más, me quedo a dormir aquí y por la mañana desayunamos juntas.

—¿De verdad? —me preguntó de lo más emocionada.

—Sí, de verdad —le contesté mirando al padre y haciéndole un gesto para que preparase el caldo.

Se lo tomó mientras sus ojos se le cerraban por completo y la tuve que coger en brazos para llevarla a su cuarto. Ni tiempo me dio a contarle nada cuando ya estaba dormida por completo.

—Descansa, mi niña. —Le di un beso en la frente y le acaricié el pelo de manera distraída, algo que en ese momento me hizo recordar cuando mi madre lo hacía conmigo.

Estaba derrotada, no había otra palabra para lo que le pasaba a Alexandra, y era normal, no estaba acostumbrada a tener un día lleno de emociones como el que habíamos vivido por mi cumpleaños.

Comenzaron los estruendos en el cielo y de nuevo regresaban esas trombas de agua que habíamos tenido los días anteriores.

—La noche se está cerrando por completo, lo sabía, por eso no te iba a dejar marchar —dijo cuando regresé a la cocina.

—Gracias, Jorge.

—Las gracias te las debo de dar yo, Johana. Desde que has entrado por las puertas de esta casa he visto a mi hija más feliz que nunca y luego se pasa las tardes mencionándote en todo momento. A mí me has causado muy buena impresión y me generas confianza, sé de buena tinta que eres una persona muy prudente y se nota, pero Felisa me hizo mucho hincapié en que podría confiar plenamente en ti. Creo que fuiste todo un acierto.

—Se lo agradeceré siempre a Felisa. Si le doy valor a algo en la vida es a la lealtad.

—Me da la sensación de que detrás de ti hay una triste historia. —Estaba viendo a un Jorge más cercano que nunca.

—Bueno, no tuve una infancia fácil... —le conté lo que pasaba en mi casa con mi padre esos primeros años que crecí junto a él y mi madre. Hasta el desenlace fatal y mi vida junto a mi abuela. Hice un resumen, pero sin dejar nada en el camino. Era la primera vez que hablaba con alguien sobre eso, puesto que Clara solo sabía que me quedé huérfana y me crie con mi abuela desde que era una niña. Me escuchó atento en todo momento.

—Johana. —Agarró mi mano y juro que sentí un cosquilleo muy grande en el estómago, el más fuerte hasta ahora —. Entiendo lo sola que te has tenido que sentir en este tiempo —acariciaba mi mano—, quiero que sepas que cualquier cosa que necesites puedes contar conmigo.

—Gracias, Jorge.

—¿Por qué me lo dices con esa cara? —preguntó mirándome fijamente y con un tono de lo más dulce.

—No sé —suspiré—, supongo que me siento rara al contar por primera vez mi vida y que me escuchen.

—Creo —dijo cogiendo la copa de mi mano y dejándola sobre la encimera— que necesitas un fuerte abrazo. — Me rodeó con sus brazos y casi me caigo desmayada al verme acurrucada en él.

A pesar de no ser un hombre que brillara por sus sonrisas, sí que sabía cómo hacer sentir bien a los demás, el respeto y lo correcto que era en todo lo hacía ser, en cierto modo, un hombre muy protector y comprensivo. No sé si me explico, pero qué difícil es hacerlo cuando es el corazón el que siente de una manera inexplicable.

Pasamos a la mesa del salón para cenar sentados frente a su chimenea, aunque tenía calefacción en la casa, le gustaba encenderla en estos días invernales en los que daba mucha calidez.

Durante la cena me habló mucho sobre la pequeña, era increíble el amor tan infinito que sentía por ella, sentí una felicidad tremenda por Alexandra y la suerte que había corrido.

—Estaba riquísimo —dije cuando acabamos de cenar mientras me levantaba para recoger la mesa.

—¿Qué hace, señorita? —preguntó arqueando la ceja.

—¿Qué voy a hacer? Recoger la mesa.

—¿En qué habíamos quedado? En que hoy es tu día, y no haces nada. —Se levantó y me quitó los platos de las manos.

—Pero, tú has preparado la cena.

—Y tú has cuidado de mi hija.

—Me pagas por ello —respondí encogiéndome de hombros, como si se le hubiera olvidado.

—De martes a viernes, Johana, hoy es sábado. Y, además, tu cumpleaños.

Y así, como si nada, fue a la cocina llevándose todo mientras me dejaba sentada a la mesa tomándome el resto del vino que me quedaba en la copa.

Cuando terminó fue a su habitación y regresó con la ropa que me había dicho que me dejaría para dormir.

Entré en el cuarto de baño para cambiarme y sí, ciertas habían sido sus palabras al decir que me quedaría un poco grande.

Claro que, con un poco, ni siquiera se acercaba.

Me uní a él en el salón y me esperaba con una taza de café en la mesa. Sonreí al pasar por delante y me sonrojé cuando vi que me observaba.

—Soy demasiado pequeña para tu ropa —dije cogiendo mi café.

—Pues deja que te diga una cosa —me coloco un mechón de cabello tras la oreja—, esa camiseta te queda mejor ti que a mí.

Sentí las mejillas ardiendo en ese momento, señal de que me había puesto más roja que un tomate.

Bebí de mi café y eché un vistazo por la ventana.

Desde luego que el agua no parecía ir a darnos una tregua pronto, se veía que la lluvia continuaría hasta bien entrada la noche.

—Me dijo Alexandra que te gusta estar junto a la chimenea.

—Sí, es uno de los placeres de mi vida —sonreí—. Sentada en el sofá, con mi mantita, una taza de café, y el crepitar del fuego en la chimenea.

Suspiré y no tardé en estremecerme al notar la mano de Jorge en mi cuello, me quedé inmóvil y sentí cómo comenzaba a masajearme con las yemas de sus dedos.

Eso me resultó la mar de relajante, al punto de que incluso cerré los ojos y avergonzada me quedé cuando me escuché gemir.

Le miré de reojo y tenía una de esas sonrisas de medio lado que a mí me mataban, bueno, no es que me matasen, pero sí que me dejaban con una cosita en el cuerpo que...

—Johana. —Jorge me llamó en un susurro, y le miré.

—¿Sí? —hablé bajito, igual que él.

Pero no dijo nada, ni una sola palabra. En cambio, se acercó despacio acortando esa distancia que nos mantenía separados en el sofá y, sin retirar la mano de mi nuca manteniéndome bien sujeta, dejó que sus labios se posaran en los míos en un beso suave y de lo más tierno.

Noté el pulgar de la otra mano en el labio inferior y tiró de él despacio, queriendo que los abriera, que le dejara paso a su lengua, esa con la que me acariciaba los labios.

Sin saber bien cómo ni por qué, los abrí dejándole acceso a mi boca, y no tardé en ser consciente de que su lengua buscaba la mía.

No era una experta en estas cosas ni en nada que tuviera que ver con el sexo, y a quien le dijera que me estaban dando mi primer beso a los veintisiete años, se quedaría en *shock*, siempre que no fuera Clara, que ella en cuanto lo supiera iba a hacerme la ola, estaba convencida.

a

Jorge me agarró por la cintura y acabó sentándome sobre su regazo, y al llevar yo un pantalón de dormir de los suyos, esos finos que me cubrían, noté que cierta parte de su anatomía cobraba vida bajo la mía.

Tragué con fuerza al ser consciente de ello, y poco después sentí la mano que no tenía en mi nuca deslizándose por el costado, subiendo despacio hacia el norte de mi cuerpo, hasta que alcanzó uno de mis pechos desnudos.

¿En qué momento yo pensé que era una buena idea no quedarme con el sujetador debajo de la camiseta? No estaba sola en mi casa, por el amor de Dios.

La mano de Jorge lo cubrió por completo, lo masajeó con cuidado y no tardó en pellizcar el pezón haciendo que me sobresaltara ante ese gesto y que diera un leve grito en su boca.

Cuando el calor de su mano abandonó mi cuello y noté que llevaba las dos al borde de la camiseta, con intención de quitármela, me aparté un poco de él.

—Espera —dije con la respiración entrecortada.

—¿Qué ocurre, preciosa? —preguntó y parecía preocupado mientras me acariciaba la mejilla.

—Jorge yo... yo no...

—¿No quieres? Lo siento, voy muy deprisa.

—No, no es eso. Es decir, no es que no quiera, o que vayas muy deprisa, no sé los tiempos en lo que a esto se refiere. Es que yo...

Me mordí el labio, notando el calor en mis mejillas y maldiciéndome por la timidez que me envolvía en ese instante.

—Johana, dime qué pasa, cielo —insistió, y tras un suspiro y con los ojos cerrados, se lo dije.

—Nunca he estado con un hombre.

—Oh, vale, esto es incómodo. ¿Te gustan las mujeres, entonces?

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. No, no, me gustan los hombre. O sea, a ver, una vez en el instituto me gustó un chico, desde entonces no me ha vuelto a gustar nadie.

—Entonces creo que no te sigo —sonrió mientras se incorporaba para besarme en el cuello, cerré los ojos y se me escapó un jadeo cuando llevó las manos a mi cintura.

—Jorge, yo... yo... —Tragué de nuevo sin saber cómo abordar ese tema, y cuando una de sus manos se deslizó por dentro de mis pantalones y las braguitas, tocando esa parte que como decía Clara no había conocido varón, me estremecí ante el calor que invadió todo mi cuerpo.

Me quedé callada mientras Jorge deslizaba el dedo entre mis labios vaginales, y mentiría si dijera que no notaba la humedad que comenzaba a formarse en mi zona íntima.

Fue tras cubrir mi sexo con la palma ardiendo de su mano por completo mientras el dedo se deslizaba hacia el interior de mi vagina, cuando me puse rígida y le detuve.

—Soy virgen —dije agarrando con fuerza su muñeca evitando así que no avanzara.

Jorge me miró con los ojos muy abiertos, el calor en las mejilla pasó a ser de esos que bien podrían echar abajo un edificio en llamas, y me levanté de su regazo con más vergüenza que en toda mi vida.

Llegué hasta la chimenea y me quedé allí, helada de frío y abrazándome a mí misma a pesar del calor que hacía, mirando el fuego mientras me mortificaba por la confesión y lo que seguramente estaba pensando Jorge en ese momento.

Y entonces me abrazó desde atrás, pegando su fuerte pecho a mi espalda, rodeándome hasta el punto de que acabaría por desaparecer entre sus brazos, me besó el cuello y pude notar el modo en el que su miembro palpitaba bajo la tela de sus pantalones.

—No tienes que temer nada, preciosa, iremos tan despacio como quieras —susurró.

—Pero yo no tengo experiencia, o sea, no más allá de lo que haya visto en la televisión o leído en los libros.

—¿Confías en mí? —preguntó haciendo que girara entre sus brazos de modo que quedamos el uno frente al otro.

—Sí, por extraño que parezca.

—Dime una cosa Johana, ¿qué deseas ahora mismo?

Tragué con fuerza, cogí aire y dije lo que realmente deseaba, por loco que fuera y que pudiera parecer que había perdido la cabeza.

—Estar contigo de esa forma tan íntima.

Jorge sonrió, una sonrisa mucho más amplia que otras que le había podido ver. Se inclinó sosteniendo mis mejilla entre sus manos y me besó con una dulzura que hizo que todo mi cuerpo se volviera de gelatina.

No tardó en cargarme en brazos, haciendo que le rodeara la cintura con mis piernas, y así me llevó hasta su habitación.

Había entrado a limpiar allí y siempre me recibía esa mezcla de perfume y *aftershave* que también llenaba su despacho. Pero esa noche, en ese momento, el aroma me hacía sentir algo que nunca antes había experimentado.

Jorge me recostó en la cama y fue despojándome de la ropa poco a poco, hasta que mi cuerpo quedó completamente desnudo y expuesto ante su mirada.

Me observaba detenidamente, deslizaba ambas manos por mi cuerpo y este se erizaba y estremecía ante el contacto.

1 No tardó en desnudarse ante mí y por Dios que me escuché jadear al ver lo que escondía entre las piernas.

Mi cara debía ser de pánico absoluto puesto que el muy jodido sonrió mientras se cernía sobre mí.

—Tranquila, que no muerde, pero yo sí —murmuró a solo unos centímetros de mis labios, dejó un suave beso y comenzó a besarme el cuello.

Fue bajando deliberadamente despacio con esos besos hasta uno de mis pechos, ese que lamíó y no dudó en morder levemente, al igual que hizo con el otro.

Continuó ese camino de besos hacia el sur de mi cuerpo, deteniéndose un instante en mi vientre para después separarme las piernas y hundir el rostro en ellas.

—Ay, señor —murmuré al sentir una punzada de placer en todo mi centro mientras su lengua se afanaba en jugar entre mis labios vaginales y sus dientes me mordisqueaban el clítoris.

Había leído algunas experiencias de sexo en novelas y las había visto en las películas, pero esto... Sentirlo en mi propio cuerpo era increíble.

Me agarraba con fuerza a la ropa de su cama, y cuando sentí que me recorría un escalofrío por la espalda, grité al mismo tiempo que me atravesaba lo que, sin lugar a duda, era un orgasmo.

Jorge me besó el interior del muslo, sonrió mirándome y se colocó de nuevo entre mis piernas.

—¿Qué tal, preciosa? —preguntó acariciándome la mejilla.

s—Dios mío, ha sido... no tengo palabras —hablaba con dificultad, Jorge rio y se inclinó hacia la mesita de noche.

No tardé en ver que se ponía el preservativo y, sin apartar la mirada de mí, mientras me acariciaba la mejilla, alineó la punta de su miembro erecto con la entrada a mi vagina.

—Si quieres que pare, lo hago —dijo.

—No, no quiero —le aseguré, y me besó con ternura mientras se adentraba poco a poco con su miembro en mi cuerpo.

Grité por esa leve punzada de dolor que sentí al perder la virginidad, al ser consciente de que esa barrera ya no existía, y Jorge se quedó quieto con la frente apoyada en la mía mientras mi cuerpo se acostumbraba a la pequeña

intrusión.

Cuando fui yo quien le buscó para besarle y moví ligeramente las caderas, entendió que estaba lista para seguir y comenzó a moverse.

Teníamos a Alexandra a solo unos pocos metros y me contuve mucho para no chillar con cada nueva embestida, esas que, a cada segundo que pasaba, yo misma le pedía que fueran más rápidas.

El dolor quedó atrás y fue sustituido por un placer inmenso que me envolvía y me llevaba, sin remedio, a un nuevo momento de culminación.

Jorge se movía entre mis piernas entrando y saliendo con fuerza y rapidez, mis manos acariciaban su espalda y en algún momento incluso sentí que era tal el deseo y el placer, que le arañé con las uñas haciendo que él siseara levemente y me mordisqueara el labio.

Fueron unos minutos más los que estuvimos envueltos en esa bruma de placer y deseo en su cama, con la lluvia cayendo con fuerza y golpeando los cristales, y cuando un estruendo atravesó el cielo, el orgasmo me alcanzó de lleno, momento que aproveché para gritar arqueando la espalda.

Jorge no tardó en unirse a mí liberando su clímax, y cuando ambos acabamos, exhaustos y jadeantes en busca de aire, se dejó caer sobre mí y me besó con ternura.

Tras recobrar el aliento fue al cuarto de baño para deshacerse del preservativo, regresó a la cama y me llevó hasta su pecho, donde me recosté con los ojos cerrados mientras escuchaba su corazón latiendo con fuerza.

Me besó la frente, y mientras me acariciaba el brazo, dejé que el cansancio, la adrenalina del momento y la liberación de los orgasmos me llevaran al más profundo sueño.

intrusión.

Cuando fui yo quien le buscó para besarle y moví ligeramente las caderas, entendió que estaba lista para seguir y comenzó a moverse.

Teníamos a Alexandra a solo unos pocos metros y me contuve mucho para no chillar con cada nueva embestida, esas que, a cada segundo que pasaba, yo misma le pedía que fueran más rápidas.

El dolor quedó atrás y fue sustituido por un placer inmenso que me envolvía y me llevaba, sin remedio, a un nuevo momento de culminación.

Jorge se movía entre mis piernas entrando y saliendo con fuerza y rapidez, mis manos acariciaban su espalda y en algún momento incluso sentí que era tal el deseo y el placer, que le arañé con las uñas haciendo que él siseara levemente y me mordisqueara el labio.

Fueron unos minutos más los que estuvimos envueltos en esa bruma de placer y deseo en su cama, con la lluvia cayendo con fuerza y golpeando los cristales, y cuando un estruendo atravesó el cielo, el orgasmo me alcanzó de lleno, momento que aproveché para gritar arqueando la espalda.

Jorge no tardó en unirse a mí liberando su clímax, y cuando ambos acabamos, exhaustos y jadeantes en busca de aire, se dejó caer sobre mí y me besó con ternura.

Tras recobrar el aliento fue al cuarto de baño para deshacerse del preservativo, regresó a la cama y me llevó hasta su pecho, donde me recosté con los ojos cerrados mientras escuchaba su corazón latiendo con fuerza.

Me besó la frente, y mientras me acariciaba el brazo, dejé que el cansancio, la adrenalina del momento y la liberación de los orgasmos me llevaran al más profundo sueño.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

—Allí mismo —murmuré poniendo gesto gracioso para provocarle una sonrisilla.

—Has dormido en mi casa —sonreía aún sin poderlo creer.

—Efectivamente. —Le hice una caricia en la mejilla—. Voy a ayudar a papá con el desayuno. No te muevas de aquí que estás calentita.

—Vale, ¿desayunamos en el salón?

—Sí, eso dijo tu papá —murmuré viendo que él aparecía del baño.

—Buenos días, princesa. ¿Con hambre? —Se acercó a darle un beso.

—Mucho, papá. Estoy feliz de que Johana haya dormido aquí.

—Lo daba por hecho —sonrió y me hizo un guiño—. Quédate con ella, yo lo preparo.

—Pero puedo ayudar.

—Hoy no estás trabajando, es tu día libre. —Me señaló con el dedo para que no me levantara.

—Pero no por eso no debo de dejar de ayudar.

—Ahora vengo —dijo cortándome y sin dejar margen para la negociación.

Sonreí mirando a la pequeña y me metí con ella debajo de su mantita mirando hacia la chimenea.

Estaba viendo los dibujos y de manera distraída, me cogió un mechón de pelo y empezó a jugar con él.

—Tienes el pelo muy bonito —comentó, por lo que de distraída nada, que ella bien sabía siempre lo que hacía.

—Tú lo tienes precioso, y muy suave.

—Es por el champú, eso dice papá —sonrió.

—Pues ya me dirás qué champú usas, a ver si me queda el pelo así de suave.

—No puedes usarlo, es solo para niños.

—Pues qué pena —suspiré.

Seguía lloviendo a mares y el cielo estaba de lo más cerrado, parecía que iba a romperse y formar un holocausto.

No se me quitaban de la mente las imágenes de la noche anterior en que me entregué por completo a él y experimenté cosas que hasta ahora no había sentido. Fue todo un poco inesperado, toqué el cielo con las manos como hubiera dicho mi abuela. Ahora me sentía extraña ya que era una situación un poco compleja. No por lo sucedido me sentía algo especial ni mucho menos, no se me olvidaba que era la trabajadora de la casa y que eso fue, como hoy en día llaman, el rollo de una noche. Aunque esa sensación no me gustaba, pero entendía que no podía pretender ser algo para él.

Cuando Jorge volvió al salón, apareció con tostadas, mantequilla, mermelada, aceite de oliva, embutido de pavo, cafés y un vaso de leche para la pequeña.

—Señoritas, aquí tienen su desayuno —dijo mientras dejaba todo en la mesa, esa que no dudó en acercarnos para que pudiéramos coger cuanto quisiéramos.

—Johana, ¿me untas mantequilla y mermelada en una tostada, por favor? —me pidió la pequeña, con esa carita que me hacía tener la baba caída todos los días.

—Claro que sí, preciosa. ¿Solo una?

—De momento sí, aunque tengo hambre. ¿No cenamos anoche? —Frunció el ceño y tanto Jorge como yo nos echamos a reír.

—Tenías sueño, hija, y acabaste yéndote a la cama con un poco de caldo en el estómago nada más.

—Así decía yo cuando me desperté, que me comía una caja entera de galletas —suspiró.

Me tenía loca, esa niña era un amor y a mí me tenía loca. ¿Se podía ser más bonita y salada que ella? Pues no, no se podía, no señores.

Alexandra solo había una, y yo tenía el inmenso placer de que estuviera en mi vida.

Mientras desayunábamos sonó el timbre de la casa y la pequeña miró al padre sorprendida, este fue hacia el telefonillo y abrió la puerta de fuera para dirigirse a abrir la de dentro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó este a alguien.

—¿No te alegras de verme? —Se escucharon unos pasos entrando hacia adentro y claramente era la voz de una mujer.

—No te esperaba.

Esta entró directa llamando a la niña, que se le había cambiado la cara, y al entrar y verme se quedó a cuadros.

—¿Quién eres? —me preguntó con total descaro.

—Ella es la chica de la limpieza y cuidadora de Alexandra —dijo Jorge en un tono que me dolió un poco, para qué nos vamos a mentir.

—¿Y también viene los domingos?

—Durmió aquí —dijo inocentemente Alexandra.

—¿La tienes interna, Jorge?

—Bueno, yo ya me tengo que ir —dije levantándome y queriendo salir de allí viendo que esa mujer era la que me había mencionado con anterioridad la niña.

La pequeña me miró con tristeza y Jorge ni siquiera se dignó a levantar la cabeza.

—Un placer. ¿Cómo te llamas?

—Johana —murmuré casi sin mirarla.

—Yo me llamo Carla. Nos veremos más a menudo por aquí.

—Está bien.

Me acerqué a la pequeña a darle un beso y luego dije un adiós en general mientras salía por la puerta. De nuevo llovía a mares y corrí hasta el coche.

El camino hacia la casa lo hice llorando como una niña pequeña, me había desgarrado el corazón por completo y sentía que había sido una marioneta en brazos de un Jorge que se notaba que se quedaba inmóvil ante ella.

Me metí en la ducha nada más llegar, me sentía sucia, imbécil y con un dolor en mi corazón muy grande, no me gustó nada cómo le dijo que yo era la chica de la limpieza y cuidadora de la niña, si bien era cierto, después de la noche que habíamos pasado juntos no me merecía ese trato.

Apena tenía hambre, pero como estaba con el cuerpo cortado, me preparé una sopa y me la tomé delante de la chimenea.

Necesitaba hablar sobre lo ocurrido, y como si mi amiga Clara supiera que estaba en uno de esos momentos de bajón, me estaba haciendo una videollamada en ese momento.

—Hola —saludé con una sonrisa que sabía no me estaba llegando a los ojos.

—¿Y esa carita? No me digas que para una vez que celebras el cumpleaños con otra gente, habéis echado a arder la casa con las velas.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Que soy tonta, Clara.

—A ver, cuéntame desde el principio que tú eres muy de juzgarte a ti misma.

Suspiré, me dejé caer hacia el respaldo del sofá, y le conté todo.

Ella escuchaba atentamente y sin interrumpirme, mientras yo hablaba y lloraba como la tonta que era.

Y cuando le dije que sentía algo por ese hombre al que ya podría darle un nombre, no hizo falta que yo lo dijera, pero ella me entendió.

—Este sí es tu primer amor, Johanita, y no el que sentiste en el instituto. Y no, déjame decirte que no tiene nada que ver con el hecho de que el sexo también haya tenido su parte, que ese hombre ha sido el primero para ti y quien te ha hecho mujer, pero se colocó antes en tu corazón que entre tus piernas.

—¿Cómo he podido caer en eso? No será por la de veces que me decías que le ha pasado a alguien que conocías. Pero es que yo creí que ya no tenía nada con ella, o al menos es lo que entendí por lo que me dijo la niña.

—Johana, en cuestiones de corazón nadie puede evitar que pase lo que te ha pasado.

—Pues pude evitarlo, Clara —me lamenté—. Pude decirle que no, pero si hubieras visto cómo me miraba, cómo me acariciaba y me besaba. Ni siquiera le importó que fuera virgen. Qué tonta he sido.

—Bueno, vamos a quitarle un poco de drama al asunto. ¿Te gustó lo que pasó? ¿Te devoró como Dios manda y se te encogieron los deditos de los pies?

—Ay, la virgen, Clara —resoplé mientras me frotaba la frente.

—No, no, que ya no eres virgen, ¿o se te ha olvidado con la llegada de esa mujer?

—Carla.

—Clara, Johanita, me llamo Clara. ¿Perder la virginidad te ha frito una neurona?

—Que se llama Carla, ella, la mujer que ha aparecido en su casa.

—O sea, que ahora me vas a tener a mí hasta asquito porque nos llamamos casi igual. ¡Puaj! —me eché a reír al ver el modo en el que pareció estremecerse, pero sabía que lo hacía solo por eso, para conseguir que me riera.

—No tenía que haber dejado que pasara —me lamenté de nuevo.

—Pero pasó, y a lo hecho, pecho, que dice mi madre. Y para qué nos vamos a engañar, Johana, que te quiten lo «bailao». —Me hizo un guiño y volví a sonreír—. Que no te afecte más de la cuenta, ¿eh? Tu esto lo tomas como una anécdota y listo. El martes llegas a la casa, pasas el plumero, el cepillo y la fregona, le haces una comida rica a la niña y a él le haces un puchero con sapos y alguna cucaracha, y si se da por aludido al verlo, pues... —Se encogió de hombros.

—Dime que nunca has hecho eso con uno de tus ex —reí.

—Yo no, pero una amiga sí. Menuda carita se le quedó al muchacho, daba lastimita verlo cuando le plantó el plato de sopa con un sapo y tres cucarachas. En fin, que no le des más vueltas, ¿vale? Que si ese hombre solo ha querido un desahogo de una noche porque le picaba el asunto y tú estabas allí, pues él se lo pierde. Porque tú vale mucho, ¿me oyes? Que, si a mí me gustaran las mujeres, dejaba Londres para irme a vivir contigo a esa aldea de Vigo.

—¿Qué haría sin ti, Clara? —sonreí.

—Pues aburrirte como una ostra. —Se encogió de hombros.

Le pregunté por su cita, me dijo que había sido perfecta y que se lo pasaron tan bien, que habían quedado para el siguiente sábado.

Me alegraba por ella, que la cita con el mirón había sido la sexta en cuatro meses que salía mal y no llegaba a buen puerto.

2

Cuando colgué cogí el libro y me evadí durante unas horas inmersa en las páginas de la bonita historia de amor entre aquel hombre y esa mujer que tanto se amaban.

o

s

Capítulo 10



Lunes por la mañana y daba gracias a Dios que me tocaba en casa de Felisa o de lo contrario me hubiera dado dos tiros. Obviamente debía seguir trabajando con Jorge ya que nos unía un contrato de seis meses y a mí me hacía falta ese dinero, para qué iba a engañarme. También era cierto que Alexandra no tenía culpa de nada y a ese angelito le había cogido un enorme cariño.

Jorge no había tenido ni la delicadeza de escribirme, pero bueno, ¿qué esperar de un hombre tan frío como el hiel y que expresaba lo más mínimo? Pues nada, solo que había tenido conmigo un desahogo y poco más. La verdad es que yo no estaba preparada para este mundo en el que los sentimientos habían pasado a otro plano y ahora el sexo se antepone a todo.

En cuanto entré en casa de Felisa vi un paquete en la mesa, junto con el dinero, así como una nota suya:

«Muchas felicidades, mi querida Johana. Espero que tuvieras un bonito día y como se suele decir en estos casos, que cumplas muchos más y yo pueda verlo. Disfruta de tus regalitos. Felisa»

Ni qué decir que con ese simple gesto de que se acordara de felicitarme, me había hecho feliz, además de conseguir que me saliera una sonrisa.

Abrí el paquete y encontré una cajita de bombones y el perfume que yo usaba.

Había tenido un detalle grandísimo conmigo, y no sabía lo agradecida que estaba por haberla conocido tiempo atrás.

No esperé a acabar el trabajo, le mandé un mensaje nada más dejarlo de nuevo en la mesa.

Johana:

Acabo de ver los regalos, muchísimas gracias, pero sabes que no debías molestarte. Has acertado de pleno, Felisa, que me estaba quedando sin perfume y tenía que comprar otro. Que tengas un buen inicio de semana.

Felisa:

Un detallito, preciosa, solo es un detallito. A todo el mundo le gusta recibirlos en una fecha tan especial como esa. Igual te digo, que tengas un feliz inicio de semana.

El mío no había sido un inicio de semana feliz ni agradable, por no hablar de que la anterior acabó peor de lo que habría imaginado.

Pasé la mañana limpiando, pero de lo más decaída y triste, hacía mucho tiempo que no tenía una sensación tan fea y sabía que esto me iba a costar mucho superarlo.

Cuando terminé mi jornada me fui al súper a comprar algunas cosas ya que de la semana anterior me habían sobrado muchísimos productos que no usé al traerme la comida cada día de casa de Jorge.

Fue en ese preciso momento en el que me entró un mensaje de Jorge que me dejó paralizada ya que no me lo esperaba.

o

s

Jorge:

Imagino que mañana vendrás...

¿Se podría tener menos tacto enviando un mensaje? Esos puntos suspensivos y esa manera de decirlo por texto se podían interpretar de mil maneras: la primera, que fuese escrita desde la tristeza; la segunda, todo lo contrario, en tono dudando de mi profesionalidad, no sé, pero era para volverse loca.

Johana:

Claro, no se me ocurriría faltar a mi trabajo.

Eso fue lo más correcto que se me ocurrió como respuesta a cualquiera de las posibilidades en que hubiese sido su tono. Me sentía frustrada por momentos.

Jorge:

¿Habría alguna posibilidad de que vinieras a por la niña y la cuidaras en tu casa hasta mañana por la mañana? Te pagaré lo que me pidas.

¿En serio me estaba pidiendo que me llevase a la niña hasta mañana? ¿Quería quedarse con esa mujer a solas? Me iba a volver loca. La vida no me había preparado para enfrentarme a cosas de este tipo, de esas que también duelen en el corazón, pero de manera diferente.

Johana:

En quince minutos estoy en la puerta.

Jorge:

Gracias.

Se me hizo un nudo en la garganta bien grande. No entendía cómo podía utilizarme de esa manera. Ni siquiera lo odiaba, eso no nacía de mí, pero no podía comprender ninguna de sus actitudes. Me regaló los momentos más bonitos e importantes de mi vida como mujer en una noche que me sentí más espacial que nunca, luego me presentó como su empleada, que lo era, pero no sé, por respeto pudo decir una amiga. Imagino que no la quería decepcionar ni alterar.

—¿Ya de vuelta, Johana? —preguntó Ramón que salía de su oficina.

—Sí, yendo para casa antes de que llueva —sonreí levemente.

—Pues aprovecha que parece que hoy el día nos está dando una tregua.

Pagué la compra y me dirigí hacia casa de Jorge. Paré en la puerta y cuando toqué el timbre del exterior le dije que ya estaba aquí.

Apareció con la niña de la mano y una bolsita con las cosas de ella.

—Johana, me voy contigo a tu casa a dormir —dijo corriendo hacia mis brazos para darme un abrazo.

—Estoy muy contenta, vamos a pasar una tarde estupenda de chicas.

—Vale. —Me volvió a abrazar.

—No comió —me dijo Jorge en un tono cabizbajo—. Mañana no tengas prisa por llegar a la hora, cuando os despertéis y desayunéis tranquilas ya os venís.

—Vale.

—Pórtate bien, enana —le dijo jalando con los dedos de su nariz.

—Vale, papá. —Se dieron un beso.

—Dadme un minuto, traigo su sillita del coche.

La pequeña estaba de lo más contenta y feliz con venirse conmigo, no dejaba de dar palmaditas mientras sonreía esperando que su padre regresara con la sillita. Jorge apareció y la puso en los asientos traseros y luego la sentó para ponerle el cinturón de seguridad.

—Gracias de nuevo, Johana. —Sacó cien euros de su bolsillo.

—Gracias a ti. —Lo cogí y guardé en el bolsillo del pantalón.

Por supuesto que lo cogí, obviamente, si no me hubiera pagado también me la hubiera quedado, pero si él me trataba como la persona del servicio para todo, pues yo tenía que cobrar por mi trabajo, además, que a mí el dinero me hacía mucha falta, que yo no tenía para afrontar cosas que a cualquiera nos podría pasar en la vida, ni a nadie que me echara una mano.

Puse el coche en marcha y la vi a ella por el retrovisor decirle adiós a su padre con la mano sin perder la sonrisa, esa que me contagió a mí por la felicidad con la que dejaba su casa para venir a la mía.

Lo que sí se me ocurrió fue darme un capricho que desde hacía mucho tiempo andaba deseando, así que le propuse a la pequeña ir al polígono a comprar un menú para cada una al Burger, se puso muy contenta.

Llegamos en quince minutos y los compré por ventanilla del auto para llevarlos y comerlos en casa frente a la chimenea, cosa que a las dos nos gustaba y relajaba igualmente.

Alexandra iba de lo más feliz diciendo que olía muy bien, la pobre lo que estaba era muerta de hambre.

—Bienvenida a mi casa, cariño —dije abriendo la puerta.

—Oh, qué bonita —respondió mientras miraba todo.

Dejé las bolsas en la mesa un momento mientras echaba unos tronquitos de leña a la chimenea, y la vi apoyada con ambos codos mirando las del Burger.

Suspiraba y yo sonreía evitando no reírme a carcajadas, ¿se podía ser más bonita que ella?

—Y ahora nos vamos a poner cómodas, ¿qué te parece? —dije cogiendo su bolsa para ir a mi habitación.

Le cambié la ropa y le puse directamente el pijama ya que venía duchada, yo hice lo mismo. Regresamos al salón, nos sentamos juntas en el sofá y pegué la mesa hacia nosotras para comer mirando a la tele y a la chimenea.

—La amiga de mi padre le chilló mucho cuando te fuiste, parecía una loca —me confesó sin que yo me lo esperase.

—¿Estaba enfadada?

—Sí, pero papá más. Le dijo que no quería verla más por allí y que lo dejase en paz, que él ya no era más su juguete, lo llamó juguete, también le dijo ella algo de... —Se puso a pensar—. Que va a dejar a su marido pero que ahora no es el momento.

—Los mayores tienen unas conversaciones muy raras —dije riendo a pesar de la tristeza que sentía.

—Se fue y dio un golpe con la puerta que parecía que había caído una piedra grande encima de la casa.

—Ese día se había levantado con el pie izquierdo. —Quise quitar hierro al asunto.

Por lo poco que había dicho, yo ya me podía imaginar todo. Jorge estaba pillado por Carla y esta a su vez estaba casada...

Después de comer le preparé un vaso de leche caliente, dado que al ver que yo me iba a tomar un café, quería acompañarme.

Nos sentamos de nuevo en el sofá, se tomó la leche y acabó quedándose dormida mientras veía los dibujos.

Aproveché su ratito de siesta para seguir leyendo. Realmente *El gran jefe del Narco* me tenía enganchada y atrapada a la historia, ese amor entre los protagonistas era de esos que te hacían sentir que estabas ahí con ellos.

La verdad es que entre ratito y ratito se me estaba acabando el libro, y me daba mucha pena.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era un mensaje de Clara, por un momento pensé que sería Jorge preguntando por su hija, pero debía estar bastante ocupado con su amiga.

Clara:

Buenas tardes, cariño. ¿Cómo estás?

Johana:

Ahora mismo, paseando por las calles de Chefchaouen.

Clara:

¿Qué dices? ¿Qué te has fumado? ¿Te has ido de viaje y no me dices nada?

Dios mío, Johana, ¿qué has hecho? ¿Huir de tu jefe?

Empecé a reír y miré para comprobar que Alexandra seguía dormida, y contesté a mi amiga.

Johana:

Estoy en mi casa, delante de la chimenea, leyendo y con la niña dormida a mi lado.

Clara:

Por Dios, qué susto. Pensé que habías mandado todo a la mierda y te habías

liado la mantita esa tuya a la cabeza para dejar España. Pero oye, que, si alguna vez piensas dejarlo todo, te vienes aquí que sabes que no vas a estar sola. ¿Y qué estás leyendo? ¿Una guía de viajes?

Johana:

Una novela, se llama *El gran jefe del Narco*, y te aseguro que te iba a encantar.

Le pasé foto y estuve hablando con ella un poco sobre la historia, sin contarle mucho, hasta que me dijo que se lo acababa de comprar para leerlo.

Compartíamos esa pasión por las novelas románticas y muchas veces era ella quien me hacía llegar a mi casa un libro que estaba leyendo en ese momento y después entrábamos al foro a comentarlo con otras lectoras.

Nos despedimos y me dijo que ya me contaría qué tal el libro cuando le llegase en un par de días.

Alexandra seguía dormida, yo continué con la lectura y entre risas y lágrimas con aquellas páginas, llegó la hora de preparar la cena, momento en el que la niña se despertó diciendo que tenía hambre.

liado la mantita esa tuya a la cabeza para dejar España. Pero oye, que, si alguna vez piensas dejarlo todo, te vienes aquí que sabes que no vas a estar sola. ¿Y qué estás leyendo? ¿Una guía de viajes?

Johana:

Una novela, se llama *El gran jefe del Narco*, y te aseguro que te iba a encantar.

Le pasé foto y estuve hablando con ella un poco sobre la historia, sin contarle mucho, hasta que me dijo que se lo acababa de comprar para leerlo.

Compartíamos esa pasión por las novelas románticas y muchas veces era ella quien me hacía llegar a mi casa un libro que estaba leyendo en ese momento y después entrábamos al foro a comentarlo con otras lectoras.

Nos despedimos y me dijo que ya me contaría qué tal el libro cuando le llegase en un par de días.

Alexandra seguía dormida, yo continué con la lectura y entre risas y lágrimas con aquellas páginas, llegó la hora de preparar la cena, momento en el que la niña se despertó diciendo que tenía hambre.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

Sobre mi cabeza no dejaba de rondar lo de Carla y Jorge, se me hacía un nudo en el estómago muy grande. Y yo la tercera en discordia, la que no tenía vela en ese entierro, la que no importaba lo más mínimo, pero la que sí tenía el corazón roto en mil pedazos.

—Buenos días, ¿cómo has dormido? —pregunté dejando un beso en su frente.

Sí, habíamos dormido las dos en mi cama y en algún momento de la noche me desperté con el temor de si la aplastaba, acostumbrada como estaba a dormir sola, pero era ella quien me tenía completamente rodeada, con un brazo sobre mi pecho y una pierna en la cintura, como si no quisiera que me escapase.

—Es que aquí se está muy bien. Ahora vamos a ir a mi casa, ¿sí?

—A mí me gusta también tu casa.

—Me hubiera gustado mucho tener una mamá como tú.

—Ay, cariño, no me digas esas cosas que estoy muy sensible, a mí también me hubiera encantado tener una hija

como tú.

—Pues podemos ser hija y madre en secreto —propuso con los labios fruncidos y los ojos muy abiertos.

—Vale, pero que no se entere nadie que se pueden enfadar. —Puse cara de terror.

—Los secretos nunca se cuentan, mamá —me dijo causándome una risa.

Por no hablar de lo que esa palabra le hizo a mi corazón.

^r No mentía al decir que me encantaría tener una hija como ella, tan dulce y cariñosa. Su madre se estaba perdiendo tantas cosas, y ella, por lo poco que sabía, no tuvo esa figura materna que toda niña necesita.

—Que no se te escape lo de mamá delante de tu padre, hija —reí.

—¡Me has dicho hija! —decía feliz.

No se me borraba la sonrisa, a pesar de la tristeza que me envolvía desde la mañana del domingo, del dolor que tenía en lo más profundo de mi ser, la sonrisa que Alexandra provocaba en mí constantemente no se iba.

Desayunamos tranquilamente viendo los dibujos, y cuando acabamos, dijo que me ayudaba a recoger antes de vestirnos para regresar a su casa.

La abrigué bien y nos fuimos a su casa, lo último que esperaba era encontrarme allí al llegar a Carla, esa que nos recibió con una sonrisa de oreja a oreja. No entendía nada, e intenté aparentar normalidad.

—Buenos días, Johana —me dijo Jorge, al que me crucé por el pasillo que venía de echarse un café.

—Buenos días, Jorge. Comienzo por la cocina.

—De comer nos preparas hoy un pollo al horno con verduras —me dijo Carla como si de mi jefa se tratase.

—Claro, ¿os gusta con sabor a limón?

—Sí, con limón, no sería un pollo bien horneado si no lo llevase —dijo ella con tono de hacerse la listilla, algo me decía que no sabía ni cocinar.

Me metí en la cocina y los escuché a ellos irse al despacho. La pequeña se vino conmigo y se sentó en la mesa a hacer un poco de deberes como ella decía y es que le encantaba aprender.

Repasamos los números y las letras, me dijo cuáles había estado coloreando el día anterior por la mañana antes de

que la recogiera, y después de enseñarle algunos más, se centró en colorearlos.

—Esa mujer está loca, hoy ríe, los otros días chillaba —dijo de pronto y volteó los ojos causándome una risilla, a pesar de solo tener ganas de llorar.

—Eso es que hoy se levantó mejor que el otro día, más feliz —murmuré y ella se encogió de hombros.

Preparé el pollo y cuando lo metí en el horno limpié la cocina, momento que la niña se fue a jugar un poco a su rincón del salón donde tenía la cocinita y muñecas.

Me repateó cuando apareció Carla pidiéndome un café, cosa que se lo podía hacer ella, pero parecía que le gustaba meter el dedo en la llaga, como si conociera eso que pasó entre Jorge y yo, más que nada porque lo intuiera porque estaba segura de que por la boca de él no había salido, sobre todo por su bien.

Se lo preparé y seguí a lo mío, la verdad es que no estaba de humor para decirle cuatro cosas ni quería ocasionar un conflicto en el que pudiera perder mi trabajo, eso no me lo podía permitir.

Cuando pasé al salón para limpiarlo, Alexandra me ofreció una taza de café, una de esas que tenía en su cocinita de juguete. Sonreí, la acepté y di un sorbo.

—Este es el café más rico que he tomado en mi vida —dije acucillándome frente a ella.

—Me alegro de que te guste, mamá —esa última palabra la murmuró, y cuando sonreí llevándome el dedo a los labios en señal de que guardara silencio, se cubrió la boca con ambas manos mientras dejaba salir una risilla.

—Eres una pequeña diablilla —susurré haciéndole cosquillas en la tripa, y empezó a reír a carcajadas.

—¿Qué está pasando? —gritó Carla, y me incorporé de inmediato— Debería estar limpiando, y no perdiendo el tiempo jugando con la niña.

—Mi contrato es para limpieza y cuidar de la niña, mientras su padre trabaja y yo limpio, compruebo que esté bien.

—Sí —intervino la niña, que, a pesar de su corta edad, ya veía que era una pequeña rebelde—, siempre hacemos lo mismo. Ella limpia y me cuida.

Carla apretó los dientes de tal manera que bien podría haberse roto alguna muela. Giró sobre sus talones y se marchó sin más, pero enfadada, se le notaba.

Sonreí a la niña mientras le acariciaba la cabecita, y continué con mi trabajo.

La mañana me resultó muy complicada, Jorge no salió del despacho en ningún momento y ella entraba y salía como pez en el agua. A la pequeña se dirigía intentándole hacer alguna gracia, pero como que no lo consentía, actuaba seria ante esa mujer que no le gustaba ni lo más mínimo y es que la pequeña era muy lista pesa a su corta edad.

A las dos me marché despidiéndome de la pequeña y de Carla que había salido para preparar la mesa, al menos eso me dijo para sentirse alguien o parte de esa casa.

Tenía un nudo tan grande en el estómago que fue llegar a casa y tirarme en el sofá; ni comida, ni agua, ni nada que tuviera que tragar por una garganta a la que no le entraba absolutamente nada. Rompí a llorar abrazada al cojín y sintiendo la impotencia del dolor y la rabia que me había producido toda aquella situación. ¿Quién me mandó a dejarme llevar por ese hombre? Más que un regalo de cumpleaños, todo se había convertido en mi peor pesadilla. Lo amaba, pero él amaba a otra mujer y eso a mí me partía en dos.

Acabé quedándome dormida sin darme cuenta y para cuando desperté, la noche había llegado y con ella, algo de lluvia.

Fui a la cocina y me preparé un té, puesto que hambre no tenía; y me acosté, esperando que ese dolor que sentía se fuera pronto, o, aunque tardara, pero al menos que se fuera y pudiera olvidar todo.

La mañana me resultó muy complicada, Jorge no salió del despacho en ningún momento y ella entraba y salía como pez en el agua. A la pequeña se dirigía intentándole hacer alguna gracia, pero como que no lo consentía, actuaba seria ante esa mujer que no le gustaba ni lo más mínimo y es que la pequeña era muy lista pesa a su corta edad.

A las dos me marché despidiéndome de la pequeña y de Carla que había salido para preparar la mesa, al menos eso me dijo para sentirse alguien o parte de esa casa.

Tenía un nudo tan grande en el estómago que fue llegar a casa y tirarme en el sofá; ni comida, ni agua, ni nada que tuviera que tragar por una garganta a la que no le entraba absolutamente nada. Rompí a llorar abrazada al cojín y sintiendo la impotencia del dolor y la rabia que me había producido toda aquella situación. ¿Quién me mandó a mí dejarme llevar por ese hombre? Más que un regalo de cumpleaños, todo se había convertido en mi peor pesadilla. Lo amaba, pero él amaba a otra mujer y eso a mí me partía en dos.

Acabé quedándome dormida sin darme cuenta y para cuando desperté, la noche había llegado y con ella, algo de lluvia.

Fui a la cocina y me preparé un té, puesto que hambre no tenía; y me acosté, esperando que ese dolor que sentía se fuera pronto, o, aunque tardara, pero al menos que se fuera y pudiera olvidar todo.

Capítulo 12



Me levanté con fiebre y un mal cuerpo que no podía con mi alma, por mucho que quisiera no podía mantenerme en pie así que le mandé un mensaje a Jorge contándole lo que me pasaba, el que no tardó en contestarme.

Jorge:

No te preocupes, recupérate.

Un café bien caliente con una pastilla, y me volví a la cama, tenía tal pesadez por todo el cuerpo, que no podía estar de pie más tiempo.

Y dormí, dormí hasta el extremo de que me desperté porque me pareció escuchar el timbre, y así era.

Lo que no podía imaginar es que a la una de la tarde tuviera plantado a Jorge en la puerta de mi casa con la niña de la mano.

—Hola, pasad —dije incrédula.

—Hola, Johana. ¿Estás malita? —Me abrazó la pequeña.

—Sí, un poco, debí de resfriarme.

—Tienes muy mala cara. —Él acercó su mano a mi frente y yo me quedé paralizada—. Estás ardiendo de fiebre.

—Sí, ya tomé medicamentos.

—Pero no te vio ningún médico.

—No, no tenía cuerpo para ir al centro médico.

—Te he hecho un caldo de pollo —dijo levantando la bolsa que contenía una ollita—, lo pongo en la vitrocerámica.

—No debiste molestarte —dije mirando a la pequeña que ya se había sentado en el sofá.

—Es lo mínimo que podía hacer. —Se adentró en la cocina y me senté junto a la pequeña echándome la mantita sobre los pies ya que aún estaba con el cuerpo cortado.

Alexandra sonrió, me acarició la mejilla y no tardó en apoyar la cabeza en mi hombro, cosa que me sacó una leve sonrisa mientras cerraba los ojos y me acomodaba con ella.

Jorge apareció con una taza de caldo que me puso por delante y que le agradecí, sinceramente me apetecía algo as para echar al cuerpo. Ellos aún no querían comer ya que era temprano y como me dijo, en su casa tenían también la olla lista para cuando regresaran.

Llamó a su centro médico privado a pesar de que le dije que no hacía falta y pidió que vinieran a verme, ni una hora después estaba una médica en mi casa y después de valorarme me recetó antibióticos y medicamentos que me explicó cómo tomarlos.

Jorge me dejó con la pequeña cuando se fue la médica y fue a una farmacia a traérmelos. No aceptó mi dinero, ni de la visita ni del tratamiento.

Me dejaba fuera de juego ese comportamiento que ahora tenía hacia mí y preocupándose de aquella manera. No entendía muy bien a qué jugaba, pero a mí me estaba dejando en una posición muy débil y desorientada.

—¿Te sentó bien el caldo? —preguntó mientras la pequeña se levantaba del sofá, momento en el que yo me acosté allí y me tapé con la manta.

—Sí, gracias.

Jorge asintió y le vi coger algunos troncos para echar en la chimenea, de sobra sabía que me iba a quedar allí un rato porque no tenía ni las fuerzas ni las ganas para ir hasta mi cama.

Se marcharon a las tres de la tarde y me avisó de que posiblemente a la tarde se dieran una vuelta por si necesitaba algo, sabía que, pese a decirle que no hacía falta, haría lo que quisiera.

Me quedé dormida un buen rato, cosa que me vino bien para no seguir pensando. A las seis de la tarde sonó el timbre y sabía que eran ellos de nuevo.

—¿Has logrado dormir? —me preguntó Jorge en un tono que parecía preocupado.

—Sí, me ha venido bien, me encuentro algo mejor.

—Yo también he dormido un poco —dijo la pequeña abrazada a mi pierna mientras yo le acariciaba el cabello.

—Qué bien, cariño.

—¿Preparo un par de cafés? —se ofreció Jorge.

—Yo puedo...

—No, tú te quedas en el sofá que yo me encargo.

í

—Papá, yo un vasito de leche con galletitas que tenga ella.

—Arriba del mueble, donde está la mesa, hay paquetes de galletas —le informé.

Jorge asintió y fue hacia la cocina a preparar los cafés y la leche mientras Alexandra, agarrada a mi mano, me llevaba de vuelta al sofá.

—La bruja fue a casa cuando yo dormía y le chilló a mi padre diciendo que él la tenía que esperar —me murmuró al oído.

Cada vez los entendía menos, según la pequeña se chillaban y cuando yo estaba delante, ella se comportaba como si viviera el idilio de su vida. ¿Qué estaba pasando?

é Lo que más doloroso me resultaba es que Jorge permitiera esas actitudes de Carla delante de la niña, por muy dormida que estuviera, aunque la otra vez lo hizo cuando ella estaba presente y despierta. Me causaba una impotencia y rabia enorme saber que no se cohibían ni lo más mínimo por ella.

Jorge apareció con la merienda y se sentó en el sillón que había al otro lado de la mesa y que era individual, ahí era donde pasaba largas horas mi abuela.

—¿Puedo poner dibujos? —me preguntó la niña haciéndome sonreír.

a

—Claro que sí, tú aquí puedes estar como en tu casa, preciosa.

—¡Qué guay! Tengo dos casas, papá —dijo con todo el arte, y Jorge sonrió casi imperceptiblemente.

Alexandra puso los dibujos y no dudó en sentarse en el suelo sobre un cojín frente a la chimenea mientras se comía las galletas mojadas en la leche.

Jorge y yo permanecemos en silencio tomándonos el café, de vez en cuando notaba su mirada sobre mí, pero me mantenía firme y no hacía por mirare yo a él.

Por el rabillo del ojo vi que cogía el libro que seguía sobre la mesa.

—¿Quiénes son estos autores? —preguntó después de haber leído la sinopsis.

—No los conocía hasta que Felisa me regaló ese libro —dije tras dar un sorbo al café—. Pero los busqué y tienen muchas otras novelas. Visité sus redes y forman parte de un grupo de autores, once en total, que escriben romántica.

—Parece que lo estás acabando —comentó al ver donde tenía el punto de lectura.

—Sí, cuando me siento a leer un ratito me sumerjo en la historia, y me da pena que acabe, por eso voy más despacio con la lectura ahora.

Volvió a dejarlo sobre la mesa y se quedó mirando la portada. Me terminé el café y dejé la taza sobre la mesa al mismo tiempo que Alexandra se puso de pie para dejar la suya.

Me sonrió, se acercó al sofá y no dudó en acurrucarse conmigo bajo la manta mientras yo le pasaba el brazo por los hombros.

Jorge nos miraba embobado, como si el hecho de vernos así a las dos le gustara tanto como a nosotras estar juntas.

Alexandra me cogió un mechón de pelo y comenzó a enrollarlo en su dedo de manera distraída, y a mí eso me encantaba. Estar con ella me daba la vida, por eso no podría renunciar nunca a trabajar para su padre, a menos que él quisiera despedirme y prescindir de mis servicios.

Estuvieron un par de horas conmigo en el que la conversación la dirigía la niña con temas infantiles que me sacaban constantes sonrisas y es que su mente era pura inocencia.

—¿Vas a estar bien? —me preguntó la pequeña con esa carita de preocupación que me hizo un nudito en el estómago.

—Sí, cariño. —La abracé y me dio un montón de besos en la mejilla.

—Si te pones muy malita, llamas a papá que venimos enseguida, ¿vale?

—No voy a molestaros por esto.

—No es molestia, Johana —dijo él, mirándome con esa seriedad que casi no se le había ido en toda la tarde.

—Vete tranquila, cariño, que yo estaré bien.

Se quedó mirándome como diciendo que no me creía, pero al final cogió la mano de su padre y salió de casa diciéndome adiós con la que tenía libre.

Había sido una tarde cuanto menos rara, pero el haber estado con ella sin duda valió la pena.

Me tomé otro poco de sopa de pollo y me fui a la cama tras otra ronda de medicamentos, no había dormido por la tarde porque me sentía mejor, pero sin duda el cuerpo estaba aún cansado y me pedía echarme a dormir hasta el día siguiente.

.

;

Se quedó mirándome como diciendo que no me creía, pero al final cogió la mano de su padre y salió de casa diciéndome adiós con la que tenía libre.

Había sido una tarde cuanto menos rara, pero el haber estado con ella sin duda valió la pena.

Me tomé otro poco de sopa de pollo y me fui a la cama tras otra ronda de medicamentos, no había dormido por la tarde porque me sentía mejor, pero sin duda el cuerpo estaba aún cansado y me pedía echarme a dormir hasta el día siguiente.

Capítulo 13



El jueves amanecí mucho mejor, parecía que algo había hecho el tratamiento que me mandó la doctora, pero no estaba bien del todo, aún me costaba hasta andar, me notaba de lo más débil.

Me preparé un vaso de leche con miel y me tiré en el sofá, el día, aunque estaba frío al fin se veía un poco soleado y la lluvia había cesado, al menos por el momento.

Sin otra cosa que hacer, y acurrucada con la mantita, cogí el libro para leer un poco.

Aquella pareja de protagonistas estaba viviendo una historia a la que no le faltaba nada. Tal como decían en la sinopsis, cada página que leías te robaba el aliento.

A las nueve de la mañana aparecieron Jorge y la niña con pan calentito y unos filetes en salsa que él mismo había hecho la noche anterior. La pequeña se sentó junto a mí y echó su cabecita en mi falda.

Le acaricié el pelo mientras ella sonreía y me miraba con esos ojos tan expresivos y llenos de vida que me tenían completamente conquistada.

—¿Qué tal estás? —preguntó Jorge sentándose después de preparar dos cafés y darle a la pequeña una botellita de Cola Cao que venden ya preparadas.

—Bueno, algo mejor, entiendo que mañana ya podré ir a trabajar.

—La médica me dio tu baja hasta el martes, así que no tienes que ir, tampoco te lo iba a permitir.

—Bueno, se puede venir para que la cuidemos —dijo la niña así, como si tal cosa, como quien habla del tiempo.

—Eso sí —respondió Jorge.

—No, tranquilos, estoy bien aquí.

—¿No quieres venir a mi casita?

—No es eso, preciosa, es que ahora no estoy para mucho jaleo.

—Pero te llevamos en el coche y no te tienes ni que quitar el pijama —me dijo produciéndome una sonrisa.

—Estaremos solos estos días, no vendrá ninguna visita —se refirió a Carla y me dieron ganas de contestarle una barbaridad, pero yo no era así y no quería comportarme de mala manera y, menos, delante de la pequeña.

—Tranquilo, de todas formas, es tu casa y puede ir y venir quien tú quieras.

—A la pequeña le haría especial ilusión que te vinieras allí el fin de semana. —Parecía que quería insistir en la idea de que me fuera con ellos.

’ —Quizás el sábado, pero ahora mismo me apetece estar en casa, no es que no esté allí cómoda, pero ya se sabe que, como en casa de uno, en ningún sitio y más cuando se está malo.

—Tranquila, si cambias de opinión solo me lo tienes que hacer saber.

—Gracias, Jorge.

No entendía muy bien eso de que daba por sentado que nadie iría por su casa, tampoco se lo esperaba la otra vez y apareció Carla poniendo todo el momento patas arriba.

Jorge me dijo que se tenían que ir ya que tenía que hacer varias gestiones en Vigo.

—Puedes dejarla aquí, va a coger frío.

’ —¿No te importa?

—En absoluto, de verdad, además puede pasar aquí el día si quieres.

—La recojo entonces esta tarde cuando venga a hacerte una visita.

—Papá, me traes un pijama, que lo mismo me quedo aquí con ella ya que alguien la tiene de cuidar —dijo sacándome una sonrisilla.

—Si ella quiere...

—Claro, por mí se puede quedar, así me hace compañía —sonreí mirándola.

—Está bien, sobre las seis regresaré.

La pequeña daba saltos de felicidad cuando su padre se marchó.

—Qué ganas tenía de estar contigo, mamá —recordó el secreto de ambas y me sacó una sonrisilla.

—Yo también, hija mía, me agrada mucho que estés aquí.

Me abrazó y no pude hacer otra cosa que comérmela a besos.

No quería que se resfriara así que procuraba que no se quedara mucho tiempo cerca de mis virus, y así se lo dije.

—Si me resfrío, me quedo aquí contigo hasta que las dos nos pongamos buenas, tú no te preocupes, mamá.

¿Era o no era para comerse a la pequeña rebelde?

La mañana, aunque la pasé tirada en el sofá, fue muy divertida ya que nos reímos un montón con unos dibujitos animados que eran de lo más graciosos.

A la hora de comer le partí un filete en trocitos pequeños además que freí unas patatas fritas para acompañar a la carne.

—¿Te gusta? —me preguntó mientras comíamos.

—Está muy bueno, la verdad es que tu padre cocina muy bien.

—Sí, pero a mí me gusta más la comida que tú haces, mamá —sonrió—. ¿Cuándo podremos hacer *pizza* casera?

—Cuando me ponga mejor, un día la preparamos para cenar, ¿vale?

—Vale.

Clara me envió, algo preocupada, un mensaje preguntando cómo estaba porque hacía días que no hablábamos, le dije que me encontraba con más virus que un laboratorio pero que ya parecía que iba mejorando, y me pidió que me cuidara mucho y siguiera descansando.

También comentó que estaba enganchada a la lectura de *El gran jefe del Narco*, que había sido un acierto que le hiciera esa recomendación.

Después de comer y recoger la mesa, nos echamos a dormir en el sofá y fue el timbre el que nos despertó pasadas las seis de la tarde. Jorge apareció con unos dulces para merendar que había comprado en un obrador cerca de mi

aldea.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras dejaba los dulces en la cocina para preparar el café para nosotros y leche calentita para la niña.

—Parece que mejor, entre los medicamentos y los ratitos de dormir, me voy recuperando.

Asintió y me fui al salón con Alexandra, que estaba viendo la televisión recostada en el sofá. No tardó en incorporarse y, en cuanto me senté, acomodó la cabeza en mi falda.

Jorge se unió a nosotras poco después con esos dulces que a la niña le entraron por los ojos, de tal modo, que se lanzó a por uno antes de que su padre los pusiera en la mesa.

Y mientras merendábamos y los dibujos de la tele llenaban el silencio del salón, notaba a Jorge como si quisiera decirme algo y no se atrevía o no veía el momento. Sentía como si él estuviera incómodo por todo lo que había pasado y quisiera expresarlo de algún modo, pero vamos, que yo lo tenía clarísimo y es que había sido su diversión aquella noche, no había más, sus sentimientos eran claros hacia la otra persona.

Alexandra me dio algunos dulces para que comiera, cosa que me hacía sonreír porque parecía que se habían cambiado las tornas y yo era la niña mientras ella era la adulta.

Y mientras la niña me colmaba de atenciones y me regalaba esas sonrisas, su padre estuvo un rato de manera muy pensativa y luego se marchó dejándome la ropita de la niña y quedando en venir al día siguiente a por ella y a desayunar con nosotras.

Alexandra estaba de lo más feliz y me pidió ponerse rápidamente el pijama y es que lo estaba deseando. Yo me quedé de lo más ida con la actitud de Jorge, era como si hubiera querido en todo momento decir algo que no se atrevía, hasta lo vi incómodo con él mismo.

Preparé unos sándwiches mixtos para cenar ya que la pequeña me lo había pedido y tenía la suerte de contar con los ingredientes.

—Qué ricos, y calentitos —dijo tras el primer bocado.

—Me alegro de que te gusten.

—Muchas noches papá me los ha hecho para cenar. ¿Tu mamá te los hacía?

—Alguna vez creo recordar que sí, pero quien más me los hizo era mi abuela.

—¿Me hablarás un día de ella? ¿Y me enseñarás fotos?

—Claro, otro día te cuento cosas de ella y te enseño fotos tuyas y más de cuando era pequeña.

—Vale —sonrió y siguió cenando.

En cuanto acabamos, recogimos todo, la alcé en brazos y nos fuimos a la cama.

Había sido un día largo también, y aunque dormimos bastante, el cansancio por el resfriado seguía ahí, en mi cuerpo, haciendo de las tuyas, y estaba cansada.

—Claro, otro día te cuento cosas de ella y te enseño fotos tuyas y mías de cuando era pequeña.

—Vale —sonrió y siguió cenando.

En cuanto acabamos, recogimos todo, la alcé en brazos y nos fuimos a la cama.

Había sido un día largo también, y aunque dormimos bastante, el cansancio por el resfriado seguía ahí, en mi cuerpo, haciendo de las tuyas, y estaba cansada.

Capítulo 14



La pequeña dormía cuando Jorge apareció por mi casa con el pan recién hecho y unos dulces de crema.

—¿Qué tal has pasado la noche? —me preguntó cuando estábamos en la cocina a punto de preparar el café.

—Bien, ya estoy mucho mejor, gracias, Jorge.

—Imagino que te preguntarás qué pasó para que apareciera ella y por qué actué de manera un poco cobarde u obviando detalles.

—No necesito explicaciones de nada, Jorge. Aquello no debió de pasar, simplemente fue eso.

—¿Lo ves como algo que no debió de pasar nada entre nosotros?

—Así es, pero bueno, pasó y ahora queda seguir en mi puesto como empleada y obviar todo.

—Mi situación con Carla es muy difícil.

—Jorge, es tu vida, de verdad que no tienes que darme ninguna explicación.

—No quiero que pienses que he jugado contigo. No soy ningún cínico, no me he enamorado de ti, pero mis sentimientos y atracción existieron y existen desde el primer momento en que te conocí.

—Jorge, no quiero seguir con el tema. —Cogí los cafés y me los llevé al salón donde había dejado el pan y los dulces.

—No te estoy pidiendo que comprendas mi actitud ni mucho menos, solo que no pienses que soy un picaflor y que te utilicé en un momento de calentón ni mucho menos.

—De verdad, Jorge, no quiero seguir escuchando nada más. —Me dolía cada palabra que decía.

—Perdí la cabeza por esa mujer y me enamoré como hasta ahora no lo había hecho con nadie. Entré en una espira

que no esperaba para nada... —Siguió haciendo caso omiso a lo que le había dicho.

—Si te quieres desahogar, puedes hacerlo, pero no tienes que justificarte de nada, solo deseo no estar por medio de nada, como te dije, mi única intención es mantener mi trabajo.

—Pero quiero que entiendas que cuando pasó eso entre nosotros, se suponía que ella no iba a volver más.

—Pues te equivocaste —respondí—. Solo te aconsejaría, si me lo permites, que intentes mantener a la pequeña lejos de vuestros conflictos. Tiene oídos y lo puede pasar mal.

—¿Te dijo algo?

—No, solo que ella chilla mucho. —No iba a contar sus comentarios por nada del mundo, pero eso del chillido quise hacerlo para que entendiera, de algún modo, que esas situaciones no debían de darse delante de Alexandra.

—Estos días estuvo muy histérica, no sabe ni lo que quiere —murmuró con tristeza—. Ahora se marchó unos días con su marido a París, con ese que se supone que ya no tiene nada. —Soltó el aire—. Sinceramente estoy cansado de esto, pero no sé cómo salir. —Se sinceró.

—Jorge, eres mayorcito para saber lo que te conviene o no, pero déjame decirte que, desde mi punto de vista, quien se la juega al marido es capaz de jugársela a cualquiera.

—Dice que no lo ama.

—¿Y a ti sí?

—¿Piensas que no?

—No sé de sus sentimientos, pero si yo amase a alguien, estaría con él, no con la persona que se supone que ya no amo.

—Ella está esperando a que él cobre una suma de una venta, que tienen casi cerrada, de una casa que tienen en Ourense, están casados en gananciales y ella tiene derecho a la mitad de todo.

—Pues no lo entiendo, si le pertenece la mitad lo puede cobrar estando o no separada, pero bueno, quien la lleva es quien la entiende.

—Eso mismo le dije yo desde el principio, pero ella dice que sería una guerra abierta y hasta puede achacar que se compró antes del matrimonio y que un abogado le aconsejó que esperase a que el dinero estuviera en la cuenta en común.

—Pues nada, a esperarla —dije con cierta ironía, pero intentando no parecerlo. Me desgarraba el alma saber que él estaba por ella y yo no fui más que una atracción.

Alexandra apareció con una sonrisita y nos dio un abrazo a cada uno. Me levanté para prepararle un Cola Cao, me hacía gracia que un día se levantaba con ganas de un vaso de leche, otro de batido y otro, como hoy, con ese cacac tan famoso de toda la vida.

—¿A ti te gusta con grumitos, Johana? —me preguntó mientras le ponía una buena cucharada de Cola Cao a la leche.

—Cariño, los grumitos son lo mejor de todo.

—¿Ves, papá? No es a mí sola a la que le gustan los grumitos.

—Ya lo veo, ya —dijo él cogiendo los cafés.

,

Y aunque por la niña ponía la mejor de mis sonrisas y me mostraba como si no pasara nada, lo cierto es que mi cabeza era un bombo en el que retumbaba cada una de sus palabras e intentos de justificaciones que me quería dar y que conseguían hacerme más daño del que él se pudiera imaginar.

Me pidió que me fuera con ellos a su casa a pasar el finde, de nuevo me negué no me apetecía ir si no era para trabajar, ya con una vez me había sido suficiente y, además, cuanto más cerca lo tenía más sufría, esa era la realidad.

Después del desayuno, la niña y yo fuimos a mi habitación para vestirla, yo estaba bastante mejor del resfriado y quería aprovechar el día para hacer una limpieza en la casa.

—¿Por qué no quieres venir a pasar el fin de semana con nosotros? —me preguntó.

,

—Porque al estar malita he dejado cosas por hacer, y así aprovecho estos días. Tengo que limpiar, lavar ropa...

—Pues me quedo hoy y te ayudo, y esta noche, que nos lleve papá a casa.

—No, cariño, no te puedes quedar más. Y no porque no quiera, ¿eh? Pero es que tienes que ir con tu papá.

—¿Y si vuelve la chillona esa? No quiero que esté en casa, no me gusta —murmuró mirando hacia el suelo.

2 —Oye, ¿cómo van tus deberes? No me has dicho nada estos días y tampoco los has traído. —Arqué la ceja mientras cambiaba de tema.

—Uy. —Se cubrió la boca con la mano y me eché a reír.

il

—Así que no los has hecho, ¿eh, pillina? Pues mira, tienes tarea para todo el fin de semana. Repasar los que ya sabes y escribir en un cuaderno todos esos números y letras. ¿Recuerdas que con las vocales y algunas de las otras letras que ya sabes puedes formar palabras?

o

—Sí, me lo dijiste.

—Pues escribe algunas, a ver si aciertas las que yo escribiría.

—¿Es como un juego? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí, como un juego.

—Vale. —Me abrazó y susurró—. Te voy a echar de menos, mamá.

—Y yo a ti, hija. —Le di un beso en la mejilla y la llevé de vuelta al salón, donde esperaba Jorge.

‘ —No ha podido convencerte, por lo que veo —dijo.

—No, tengo cosas que hacer aquí.

—Está bien —asintió cogiendo la bolsa de la niña y a ella de la mano antes de ir hacia la puerta—. Cualquier cosa que necesites...

—Lo sé. Nos vemos el martes, preciosa.

—Adiós, Johana, y no te vuelvas a poner malita, que yo quiero que vengas a mi casa.

—Tranquila cariño —sonreí—. Que me pondré la manta hasta para salir a la calle.

Los vi subir al coche, Alexandra me decía adiós con la mano desde su sillita y yo sentí que se me partía el alma.

Cerré la puerta y en cuanto me quedé sola, me puse a llorar.

Tener cerca a Jorge esos días había sido duro, pero esas palabras, fueron como puñales clavándose en mi alma.

Me había enamorado de él, no había más verdad que esa, y jamás imaginé que el amor pudiera llegar a doler tanto

Aparté las lágrimas de mis mejillas y me puse manos a la obra. Limpié la casa, ordené la cocina y la habitación; y me preparé una tortilla para comer con una ensalada.

Por la tarde, con un café y la manta en el sofá, me acomodé para seguir leyendo, dejando que la historia me
; sumergiera en ese pueblo marroquí.

l

l.

Por la tarde, con un café y la manta en el sofá, me acomodé para seguir leyendo, dejando que la historia me sumergiera en ese pueblo marroquí.

Capítulo 15



Sábado por la mañana y necesitaba ir a Vigo a comprar algunas cosas, la verdad es que me sentía mucho mejor, no estaba bien del todo, pero durante la semana lo tenía más complicado para ir al tener todas las mañanas ocupadas y si me salía alguna casa por la tarde, lo tendría un poco jodido.

Me duché y vestí, y después de tomar un café, cogí el coche para dirigirme a la ciudad escuchando música de la radio, donde cada letra me recordaba a Jorge, ese que por cierto me había dado los buenos días y preguntado cómo seguía, momento que aproveché para decirle que debía salir a comprar unas cosas para así asegurarme de que no vinieran a casa y se encontraran con que no había nadie.

Se ofreció para acompañarme, pero le dije que no hacía falta y que iría a tiro hecho a las tiendas que necesitaba. Sinceramente no me apetecía verlo ya que eso me producía un dolor inmenso que no podía evitar. Me daba pena por la pequeña, ella sí que me daba igual que estuviera a mi lado, además de que sabía que le gustaba compartir momentos conmigo.

Lo primero que hice fue entrar a una tienda de ropa de dormir que era una cucada y estaba a buen precio, me compré un pijama que parecía ropa de calle tipo sport, eran unas mallas celestes con una camiseta blanca de pelitos, pero muy cómoda.

Y como tenía la idea de coger un pijama igual para Alexandra desde que supe que ella tenía las mismas deportivas que me habían regalado, pregunté si tenían ese mismo modelo para niña y tuve suerte, sí había, así que no dudé en cogerlo para ella.

Aproveché para hacerme también con un par de braguitas que estaban a buen precio.

Luego pasé por la tienda de perfumes a comprarme una fragancia que siempre usaba para ir a trabajar y que salía de lo más económica, apenas veinte euros y era de lo más fresca.

Me acerqué al mercado para hacerme con verduras frescas y frutas, además de unas costillas de ternera para guisarlas y tenerlo para tres veces por lo menos, aunque llevaría también para la casa de Jorge, no iba a tomar represalias por lo pasado, tenía claro que la niña no tenía culpa de nada. Aproveché para comprar pan de leña.

Y, por último, fui a un obrador a comprar media docena de unos dulces pequeñitos con chocolate que siempre me gustaron y así los tendría para el fin de semana.

Aprovechando que la lluvia nos había dado un poco tregua y después de la compra, entré en una cafetería a reponer fuerzas, como siempre había dicho mi abuela.

Pedí un café y una tostada y me dispuse a tomarlo mientras observaba la ciudad por el ventanal.

Cogí el móvil cuando me entregaron el café y me tiré una foto que le mandé a Clara, no tardó en responderme.

0 **Clara:**
Ole y ole lo más bonito del sábado. ¿Cómo estás preciosa?

Johana:
Del resfriado mejor, de lo otro... mejor no hablar.

Y en cuanto leyó ese mensaje, me llamó por teléfono.

—¿Qué ha pasado, Johanita?

—Ayer intentó convencerme para que pasara el fin de semana con ellos en su casa, pero no acepté. Y mira que lo siento por la niña, que ella culpa no tiene ninguna, pero no podía, Clara.

—Bueno, es normal, si estás enamorada...

—Mucho, no te haces una idea de cuánto. Y mira que no pensé que esto fuera posible, yo pensaba que solo pasaba en las novelas, pero no, que también me ha pasado a mí. Y él me dijo algunas cosas.

3
1 —¿Qué te dijo?

Suspiré, y mientras me tomaba el café y la tostada le conté a mi mejor amiga vía Internet lo que Jorge me estuvo contando la mañana anterior.

Ella no salía de su asombro, y no era para menos. ¿Acaso yo lo había hecho?

—Bueno, pero vale ya de hablar de mí. Hoy vuelves a salir con Jake, ¿cierto? —pregunté.

—Sí. —Noté que sonreía—. Hemos estado hablando toda la semana, mensajes y llamadas, es un encanto. Esta noche cenamos en su casa, después dijo que podríamos ver una película.

—Uy, uy, no sé si la terminaréis de ver —sonreí.

—Pues no sé —rio Clara—. Te confieso algo, Johanita, me gusta Jake, me gusta mucho.

—Lo suponía. Bueno, te dejo ya que voy a terminar de tomarme el café y vuelvo a casa, que salí a hacer unas compras.

—Vale, guapísima. Cuídate, ¿sí? Hablamos.

—Y tú diviértete esta noche, adiós.

Colgué con una sonrisa en los labios, esa que la loca de Clara solía hacer que se me dibujara en el rostro cuando más lo necesitaba.

Si la tuviera más cerca sabía que no me dejaría sola en mis peores momentos, y desde que la conocí supe que, aun en la distancia, seríamos amigas siempre.

Terminé ese desayuno que me supo a gloria y regresé al coche para poner rumbo de vuelta a casa.

Antes de llegar, paré en una finca de mi misma aldea que vendían huevos frescos de sus gallinas y compré una docena.

No había entrado por la puerta de casa cuando una furgoneta de Amazon paró en frente, y pensé que se había equivocado hasta que el repartidor preguntó por mí y me entregó un paquete, yo no había pedido absolutamente nada y me quedé extrañada.

Fue lo primero que abrí al entrar ya que pesaba mucho y lo tuve que meter antes de las bolsas. Casi me caigo al suelo cuando vi una saga llamada *La Tentazione* de Dylan Martins y Janis Sandgrouse, los mismos autores del libro que me estaba leyendo de *El gran jefe del Narco*. Se me erizó la piel por completo y más cuando vi la nota:

«Espero que la disfrutes. Jorge»

Me eché el mechón de pelo hacia atrás y negué incrédula, era un regalo precioso y para mí de mucho valor, dado mi amor por los libros y lo que me habían enganchado esos autores, pero ¿por qué lo hacía?

Johana:

Gracias por los libros, no deberías haberte molestado. Me han gustado muchísimo y me servirán de compañía en muchos momentos. Dale un beso a la pequeña de mi parte.

Jorge:

Pensé que no estarías en casa para la entrega. Me alegra saber que ya los tienes. Disfrútalos. La pequeña quería ir a verte esta tarde, ¿nos aceptas ir

con dulces?

Madre mía que de verdad me iba a dar el sábado, el domingo y la Navidad a este paso. Y claro que los quería ver, a los dos, a pesar de todo yo lo amaba, pero me dolía tenerlo en frente y saber que solo fui una aventura de una noche para él.

Johana:

Claro, pero tengo media docena de unos pasteles que compré y que estoy segura de que le gustarán a la niña. No hace falta que traigáis nada. Quería comentarte que, si te parece bien, le pongas en una bolsa un pijama para que pueda quedarse a dormir conmigo. Sé que le hace bien salir un poco de vuestra casa.

Jorge:

Vale. ¿Yo también puedo echar mi pijama?

¿En serio me estaba preguntando eso? ¿De verdad me quería como su paño de lágrimas? Y lo peor de todo es que yo no sabía decirle que no.

Johana:

Claro, no hay problema.

Coloqué todo en su sitio y me puse el pijama nuevo que era muy deportivo, la parte baja parecía un chándal con su cordón y bolsillos. El punto era de un agradable tacto.

Y aunque le había dicho a Jorge que echara el pijama de la niña, yo sabía que en cuanto viera el que tenía esperándola, querría ponérselo a sabiendas de que el mío era igual.

Esa pequeña se me había colado en lo más hondo del corazón, de un modo que jamás pensé que pudiera colarse una personita tan pequeña, pero ¿cómo no caer ante los encantos de esa preciosa niña que me miraba con un amor inmenso?

Con ella me sentía como esa mamá que ella decía que quería que fuera para ella, y también como la hermana mayor que nunca fui. De ahí que me hubiera encantado saber que ella tenía las mismas deportivas, y que yo quisiera que llevara el pijama como el mío.

con dulces?

Madre mía que de verdad me iba a dar el sábado, el domingo y la Navidad a este paso. Y claro que los quería ver, a los dos, a pesar de todo yo lo amaba, pero me dolía tenerlo en frente y saber que solo fui una aventura de una noche para él.

Johana:

Claro, pero tengo media docena de unos pasteles que compré y que estoy segura de que le gustarán a la niña. No hace falta que traigáis nada. Quería comentarte que, si te parece bien, le pongas en una bolsa un pijama para que pueda quedarse a dormir conmigo. Sé que le hace bien salir un poco de vuestra casa.

Jorge:

Vale. ¿Yo también puedo echar mi pijama?

¿En serio me estaba preguntando eso? ¿De verdad me quería como su paño de lágrimas? Y lo peor de todo es que yo no sabía decirle que no.

Johana:

Claro, no hay problema.

Coloqué todo en su sitio y me puse el pijama nuevo que era muy deportivo, la parte baja parecía un chándal con su cordón y bolsillos. El punto era de un agradable tacto.

Y aunque le había dicho a Jorge que echara el pijama de la niña, yo sabía que en cuanto viera el que tenía esperándola, querría ponérselo a sabiendas de que el mío era igual.

Esa pequeña se me había colado en lo más hondo del corazón, de un modo que jamás pensé que pudiera colarse una personita tan pequeña, pero ¿cómo no caer ante los encantos de esa preciosa niña que me miraba con un amor inmenso?

Con ella me sentía como esa mamá que ella decía que quería que fuera para ella, y también como la hermana mayor que nunca fui. De ahí que me hubiera encantado saber que ella tenía las mismas deportivas, y que yo quisiera que llevara el pijama como el mío.

Capítulo 16



Desde que llegué de la compra había comenzado a guisar las costillas y, como no pensaba echarme una siesta, las hice a fuego lento y estaban quedando increíbles.

Las dejé haciéndose y me fui al sofá a seguir leyendo.

Estaba casi en el final del libro y me daba pena que se acabara, pero al mirar la estantería y ver esa saga que me había hecho llegar Jorge, me hizo sonreír.

No tardaría en comenzar a leerla, estaba segura.

Para cuando quise darme cuenta, el final de la historia estaba ante mis ojos. Las lágrimas se me habían escapado en alguna que otra ocasión y el corazón se me encogió.

En algunas de las partes del libro me había visto reflejada en su protagonista, y en otras me sentía como ella viviendo esos sentimientos por un hombre al que amaba con todo mi ser.

Coloqué el libro en la estantería y acaricié el lomo, aquella historia se me había quedado en el corazón, me había marcado más de lo que podría imaginar cuando la tuve entre mis manos y comencé a leerla.

Eran las cinco de la tarde cuando aparecieron Jorge y la pequeña, que venía gritando hacia mis brazos diciendo que se iban a quedar a dormir. Estaba de lo más emocionada. Me la comí a besos.

—Qué bien huele —dijo Jorge entrando con varias bolsas que dejó sobre la encimera de la cocina.

—Hice unas costillas de ternera en salsa.

—Tienen una pinta increíble. —Se acercó a mirarlas—. ¿Puedo? —Señaló el pan.

—Claro —sonreí.

Metió un trocito en la cazuela y lo mojó. Gimió cuando lo saboreó en su boca.

—Son las mejores que he probado en mi vida.

—Eres un poco exagerado.

—En absoluto, te lo digo en serio. —Mojó un segundo trozo de pan.

—¿Quieres que te saque una tapa? —le ofrecí al verlo tan emocionado.

—No, no, mañana me invitas a comer, ahora vamos a poner la merienda que a pesar de lo que me dijiste, no pude resistirme a comprar una tarta de brownie con chocolate en su interior y nueces.

—Madre mía, se me acaba de hacer la boca agua.

—Y para esta noche he traído unas hamburguesas de vacuno y el pan redondo del obrador. ¿Tienes lechuga y verdura?

—Sí, precisamente compré esta mañana en el mercado.

—Pues listo, yo pongo hoy la cena y tú mañana la comida.

—Perfecto. —se acababa de autoinvitar para el día siguiente, además lo había dicho dos veces, claro mensaje de que quería quedarse a pasar el domingo sí o sí.

¿Cómo es el dicho de la montaña? Ah, sí, «si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma».

Vamos, que Jorge al ver que yo no daba mi brazo a torcer para irme a pasar el fin de semana con ellos a su casa, decidió venir a la mía.

Y me alegraba de poder estar ese tiempo con la pequeña, y también de ver a su padre, por mucho dolor que me causara su cercanía.

—Ya me he puesto el pijama —anunció la pequeña que apareció por la cocina y se me escapó la risilla.

—Estás preciosa. ¿Sabes que te compré hoy un regalito?

—¿A mí?

—Sí, claro. Espera que te lo traigo.

Fui al dormitorio en donde había dejado su bolsita y se la llevé a la cocina donde ya estaba nerviosa juntando sus deditos.

—Gracias —me dijo sonriente cuando le di la bolsa—. ¡Me encantan! —decía emocionada al ver las zapatillas de La Sirenita que le había comprado. No tardó en quitarse las suyas y ponerse las nuevas.

—Pero no es lo único que te compré —reí.

—¿Hay más? —Abrió los ojos con sorpresa.

—Ajá. Mira en el sofá.

Alexandra salió corriendo y en cuanto la escuché chillar con esa euforia, me asomé.

—¡Es igual que el que llevas tú! —dijo con el pijama abrazado como si fuera un peluche— ¿Me lo puedo poner? Así vamos las dos iguales.

—Claro que sí, cariño, por eso lo compré igual.

—A mí nunca me regalan nada —murmuró Jorge encogiéndose de hombros y causándonos una risa.

—Será que no te portas bien —le dijo la hija y además muy acertadamente.

Yo disimulaba, pero notaba que Jorge me miraba por el rabillo del ojo.

—¿Tan malo soy?

—Conmigo, no —murmuró la pequeña.

—Bueno, al menos me salvo algo.

—¿Y para ti? —me preguntó Alexandra tan inocentemente.

—Digamos que es un buen jefe —sonreí cogiendo la taza de café para darle un sorbo ya que habíamos llevado todo al salón.

—Voy a ponerme el pijama nuevo. —Salió corriendo hacia la habitación y me quedé mirando por donde había desaparecido.

—Te adora —comentó Jorge.

—Es mutuo. —Volví a dar un sorbo al café.

Jorge ya venía cómodo vestido y no dudó en acomodarse en su sillón y cruzar las piernas en posición de yoga. Le quedaba perfecto el pantalón de chándal gris claro con la camiseta blanca. No podía quitar de mis pensamientos las imágenes de la noche que pasé junto a él.

Para mí significó algo, mucho en realidad, porque no había estado nunca con alguien y él fue el primero en todo.

Mi primer beso, mi primera caricia...

—Estos dulces están buenísimos —dijo la pequeña que se puso con la Tablet a ver una serie de dibujitos.

Jorge comenzó a hablarme de una película que le habían recomendado muy buena y por lo que me decía tenía muy buena pinta. Decidimos que la íbamos a ver por la noche después de cenar ya que la pequeña caía rápido.

Eché un vistazo a la estantería mientras bebía de su taza.

—¿Ya has acabado el libro? —preguntó al ver *El gran jefe del Narco* allí.

—Sí —sonreí—. Y me ha dado un poco de pena, la verdad. Pero me ha gustado mucho esa historia.

—Bueno, tienes unos cuantos más para leer ahora —sonrió de medio lado y eso fue mi punto débil, me sonrojé y evité su mirada.

—En cuanto pueda empiezo la saga. Léí las sinopsis y tengo curiosidad por esas historias.

Nos quedamos en silencio y al estar allí los tres, sentados en el salón de mi casa, podríamos mostrar dos estampas bien distintas.

La primera, la de una familia cualquiera merendando la tarde del sábado. Y la segunda, lo que realmente éramos, dos amigos haciendo una visita a una amiga que vivía sola.

Alexandra se acomodó a mi lado con la Tablet y estuvo así el resto de la tarde, mientras Jorge permanecía en silencio y yo veía los dibujos con ella al tiempo que le acariciaba la cabeza.

Cuando empezó a anochecer la dejamos en el salón y nos metimos los dos en la cocina para preparar las hamburguesas.

Jorge insistía en que le dejara encargarse solo, pero no cedí, así que mientras él preparaba la carne, yo troceaba la lechuga y cortaba los tomates en rodajas.

Hice unas patatas fritas muy finitas tipo las del Burger, y cuando la niña olió la comida, entró en la cocina como una leona hambrienta.

—¿Ya cenamos, papá? —preguntó asomándose a ver las patatas que tenía en la fuente, y cogió una— Qué ricas.

—La paciencia no es tu fuerte, ¿eh, pequeñaja? —reí mientras le pellizcaba una mejilla.

—Tengo hambre. —Se encogió de hombros.

—Un pocito sin fondo eres tú —le dije cogiéndola en brazos, y sonrió—. ¿Cómo puedes comer tanto? Y a ver, dónde lo echas porque en este cuerpecito tan chiquito, no puede ser.

—Que sí, que sí, que lo hecho en mi tripita. Mira, la tengo redondita —dijo mientras se levantaba la camiseta del pijama y sacaba tripa.

—Lo que tienes es una tripita para hacerte cosquillas.

Y comencé a hacérselas y ella se moría de la risa, dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras su padre también sonría al verla.

—Ya, ya. Para —pedía intentando cogerme la mano, pero con tanta risa no tenía casi fuerzas.

—Las hamburguesas ya están, chicas —anunció Jorge y dejé a la niña en el suelo para ir llevando todo al salón.

Nos sentamos a comerlas y debía reconocer que le habían quedado buenísimas, y acompañadas de esas patatas que hice, estaba todo buenísimo.

En cuanto acabamos Alexandra pidió su vaso de leche caliente antes de dormir, y nada más tomárselo, se sentó en el sofá con la cabeza en mi falda, momento en el que supe que acabaría cayendo rendida.

Jorge me observaba, pero no sabía si realmente era a mí o a su hija para comprobar que estuviera dormida. ¿Y si quería que nos quedáramos solos por fin para...?

¿Para qué? Yo no le gustaba de ese modo, me quedaba más que claro. Le atraía, según dijo, y fui lo que Clara llama un polvo de una noche.

Cuando escuché el profundo suspiro de Alexandra y miré, estaba dormida. Sonreí, me levanté con cuidado y fui a llevarla a mi cama.

—Ya he puesto la película —dijo Jorge cuando regresé al salón.

Se había sentado en el sofá donde yo había pasado la tarde y me entraron los nervios. Una cosa era tenerle cerca, en la misma habitación, y otra muy distinta con tan poca distancia entre ambos.

Cogí la mantita, me cubrí con ella y no tardó en acercarse un poco más para taparse las piernas también.

La película empezó y yo no me concentraba, de verdad que no, menos aun cuando, pasado los primeros diez minutos, le vi por el rabillo del ojo acomodarse mejor en el sofá.

Estiró el brazo por el respaldo, justo por detrás de mi cuello, y esa parte de mi cuerpo se erizó por completo.

No me había tocado, ni siquiera un leve roce, pero solo esa cercanía...

La película avanzaba y podía sentir en mis propias carnes la tensión que flotaba en el aire.

Jorge hablaba, lanzaba alguna que otra insinuación y yo, prefería quedarme callada.

—Estás muy guapa con ese pijama —dijo de pronto y noté la yema de sus dedos masajeándome el cuello—. ¿Por qué estás tan tensa? —Quiso saber.

¿Por qué, se atrevía a preguntar? Por Dios, ¿cómo no iba estarlo teniéndole tan tortuosamente cerca?

El calor que desprendía, el aroma de su perfume, su *aftershave*, el tacto en mi cuello, los recuerdos de la que había sido la mejor noche de mi vida y al mismo tiempo la que tanto quería poder borrar por el dolor que vino a la mañana siguiente.

¿En serio preguntaba por qué estaba tan tensa?

—No lo estoy, tal vez sea una leve contractura por haber cogido una mala postura, los días que estuve mala dormí mucho en este sofá.

—No niego que sea cómodo, pero, donde esté una buena cama para todo.

Ahí estaba de nuevo, insinuando cosas, o yo veía cosas donde no había nada.

Me iba a volver loca.

Sus dedos siguieron con el masaje y cuando noté que se me cerraban los párpados para disfrutar de aquella sensación, me incorporé para ponerme en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó con el ceño fruncido.

—A por agua, la cena me dio sed —mentí.

Entré en la cocina y el grifo del agua sí que lo abrí, sí, pero para refrescarme un poco la cara.

No podía estar más tiempo cerca de Jorge, era una maldita tortura por todo lo que me gustaría que pasara y que sabía más que de sobra que no volvería a pasar.

Bebí un poco de agua, regresé al salón y me senté allí con él evitando que pudiera producirse un roce de su rodilla con la mía.

Fracasé, porque esos roces tuvieron lugar y su brazo regresó al respaldo del sofá, al igual que sus dedos volvieron a acariciarme el cuello.

¿Se estaría dando cuenta de lo que hacía, de lo que eso me ocasionaba?

¿Sería consciente de que, con esas insinuaciones y sus leves caricias, me hacía pensar que podría haber algo entre nosotros?

Pero no, nunca podríamos ser algo más que un par de amantes de una noche porque, por mucho que me pesara, por mucho que me doliera, él estaba enamorado de otra.

Y por más que yo quisiera quererle como quería, y que él me quisiera a mí como deseaba que lo hiciera, no podría ser, porque su querer era para ella, y no podía ser para mí.

Cuando acabó la película respiré aliviada, le di las buenas noche y no esperé más para irme a la cama.

Necesitaba alejarme de él, de todo lo que me hacía sentir.

Entré en la habitación sin hacer ruido y comprobé que Alexandra dormía plácidamente. Sonreí, me metí en la cama y tras darle un beso se removió para acurrucarse conmigo.

—Mamá —susurró y hasta la vi sonreír.

Se me escaparon las lágrimas, esas que dejé que cayeran silenciosas por mis mejillas y retiré poco después.

Ojalá fuera cierto, ojalá esa pequeña fuera mi hija, mía y de Jorge, y pudiéramos estar así todos los fines de semana.

Pero ni ella era mi hija, por mucho que ambas lo deseáramos, ni su padre sería algo más que mi jefe y el primer hombre con el que tuve una de esas aventuras de una noche.

La abracé y tras besarle la cabeza, cerré los ojos dejando que el sueño me venciera.

Y allí, en mis sueños, Alexandra era mi hija, Jorge era mi pareja y no existía ninguna otra mujer a quien él amara más que a mí.

Se dice que soñar es gratis, y si en ese mundo de sueños yo era la mamá de aquella encantadora niña, seguiría soñando siempre.

l

l

La abracé y tras besarle la cabeza, cerré los ojos dejando que el sueño me venciera.

Y allí, en mis sueños, Alexandra era mi hija, Jorge era mi pareja y no existía ninguna otra mujer a quien él amara más que a mí.

Se dice que soñar es gratis, y si en ese mundo de sueños yo era la mamá de aquella encantadora niña, seguiría soñando siempre.

Capítulo 17



Noté unas cosquillas en la nariz que hicieron que me tuviera que frotar con los dedos.

Seguí durmiendo o al menos lo intenté, porque de nuevo comenzó a picarme la nariz y ahí que fui a frotarla para arrascar, hasta que escuché una risilla de lo más sospechosa.

—Buenos días, mamá —murmuró Alexandra y sonreí cuando se lanzó a mi cuello para abrazarme.

—Buenos días, hija. ¿Dormiste bien?

—Contigo siempre —sonrió—. Nos hemos quedado dormidas.

—Ah, ¿sí?

—Sí, seguro.

Cogí el móvil y vi que eran casi las diez. Razón no le faltaba a la niña en que nos habíamos quedado dormidas, en su caso porque no durmió siesta la tarde anterior, en el mío porque había estado despierta un tiempo pensando en Jorge.

Nos levantamos y en cuanto pusimos un pie fuera de la habitación, nos miramos y fue ella quien puso palabras a aquel delicioso olor que nos llegaba desde la cocina.

—¡Churros con chocolate! —gritó y la vi salir corriendo.

Sonreí mientras la seguía y, cuando entré en la cocina, ahí estaba Jorge apoyado en la encimera tomando un café.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días. Espero que no te importe que cogiera tus llaves, fui a comprar el desayuno hace nada, para que lo tuvierais calentito al despertar —dijo.

—Papá, eres el mejor. ¿Cómo sabías que me iban a apetecer churros con chocolate para el desayuno? —preguntó cogiendo un churro y dándole un buen mordisco.

—Hija mía, cuando te hago hamburguesas para cenar, al día siguiente me pides churros para desayunar. Ya nos vamos conociendo. —Ahí estaba esa sonrisilla de medio lado que a mí me provocaba de todo, y nada bueno.

—Es verdad. —Frunció el ceño pensando.

Saqué unos vasos, serví el chocolate, que aún estaba caliente, en la jarra que había traído, y puse los churros en un plato grande para llevarlo al salón.

Nos sentamos en el sofá y allí disfrutamos de aquel delicioso y dulce desayuno con el que nos había sorprendido su padre.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté a él— Supongo que la cama no será tan cómoda como la tuya.

—Tranquila, que dormí como un bebé.

—Pero no eres un bebé, papá. Tú ya eres un viejo —saltó Alexandra y casi me ahogo con el bocado del churro que acababa de dar evitando reírme.

—¿Viejo? Hija, si solo tengo treinta y siete años, ¿cómo me dices esas cosas?

—Porque para mí eres un viejo, no un bebé ni un niño. ¿A que es un viejo, Johana? —preguntó mirándome y cogí una servilleta para limpiarle los labios que tenía pringaditos en chocolate.

—No es tan viejo, no como un abuelito, al menos.

—Espera, que me van a dar por todos lados hoy, encima de que traje el mejor desayuno del mundo —protestó Jorge.

Alexandra me miró y se aguantó la risa, esa niña era un terremoto cuando quería.

Después del desayuno jugamos un rato al parchís, ese que tenía en la habitación casi olvidado y al que no jugaba desde los diez o doce años.

Era costumbre de mi abuela que los domingos por la tarde, sobre todos los más fríos del invierno, nos sentáramos las dos frente al calor de la chimenea a jugar un par de partidita mientras merendábamos leche caliente y galletas.

Sonreí al pensar en ella, y en lo mucho que le habría gustado Alexandra, se le caería la baba con ella tanto como se me caía a mí.

A la una y media y tras varias partidas donde la pequeña nos acabó dando una paliza a nosotros dos, puse las costillas a calentar y Jorge salió a por un pan de leña para comer.

Mientras poníamos la mesa, Alexandra mencionó a Carla y se me cortó el cuerpo.

—Johana, si mi papá se casa con la bruja chillona... ¿seguirás viniendo a cuidarme cuando él esté trabajando?

¿Cómo le decía yo a esa niña, que ni me miraba y se le notaba la tristeza en los ojos, que tal vez llegara un día en el que no podría volver a su casa?

Porque, si sus miedos se hacían realidad, estaba convencida de que esa mujer me querría fuera de la casa.

—Al menos hasta que vayas al cole el año que viene, estaré cuidándote —dije sin romperle las esperanzas y sin meterme en un embrollo que no necesitaba, pues bastantes tenía ya.

—Ella nunca será mi mamá, Johana —dijo con los ojos vidriosos—. Tú lo serás siempre.

—Mi niña. —Me dio un pellizco en el corazón que me mató directamente.

Me agaché a cogerla en brazos y le besé la cabecita mientras me rodeaba con sus pequeños brazos por el cuello.

Sollozaba y me mataba verla así, pero le pedí que se calmara y fuera a lavarse la cara antes de que volviera su padre.

En cuanto fue al cuarto de baño me limpié esas lágrimas que no había dejado caer del todo y comprobé que las costillas estuvieran calientes.

No tardó en volver Jorge con el pan, quien se había vuelto a llevar las llaves de mi casa, como si de la suya se tratase.

Alexandra apareció sonriendo, disimulando para que su padre no notara nada, serví la comida y nos sentamos a la mesa donde ella llevó la voz cantante.

Nos dijo que quería ver La Sirenita, y como su padre tenía contratado Disney, no nos importó darle el gusto de que la viera después de comer.

Solo que se acabó quedando dormida con la cabeza sobre mi falda mientras yo la acariciaba.

Jorge me miraba y de nuevo tenía esa sensación de que quería decirme algo, pero no lo hacía.

Para cuando la película acabó, Alexandra abrió los ojos y me miró mientras se los frotaba.

—Me he quedado dormida —dijo con el ceño fruncido.

—Pues yo también —mentí—, que me acabo de despertar. ¿Quieres un vasito de leche, cariño?

—Sí. —Me dio un beso que me llegó al alma y fuimos a la cocina a prepararle la leche y unas galletas.

Jorge y yo tomamos un café, y en cuanto acabamos, se despidieron para volver a casa.

En el momento en el que me quedé sola, cerré los ojos y respiré hondo. El aroma de Jorge aún estaba en mi casa, y sabía que, por mucho que quisiera abrir las ventanas y que se fuera, no habría manera.

Me preparé otro café, cogí el primer libro de la saga de *La Tentazione*, y tras acomodarme en el sofá, di el primer sorbo y me dispuse a leer, empezando por la sinopsis.

«A veces, un simple roce de manos es suficiente para hacernos saber que la otra persona será quien nos robará el corazón...»

Jamás antes hubiera imaginado lo ciertas que podrían ser esas palabras, pero ahora que había vivido en mis propias carnes el sentir la mano de otra persona rozando la mía, así como los besos y caricias que me había dado en la única noche que compartimos, podría decir a ciencia cierta que el corazón, aunque sufría, y mucho, por amor, era muy sabio.

Las horas se me pasaron pegada a cada página de aquel libro, y para cuando quise darme cuenta, ni había cenado y ya era entrada la medianoche.

Lo dejé sobre la mesa y me fui para la cama, el día siguiente tocaba comenzar la semana y trabajar.

En cuanto me recosté, cerré los ojos y en ese mundo de sueños vi a Jorge en nuestra primera y única noche, y tras haber leído aquellas escenas del libro, el sueño se volvió un poco más sensual y picante de lo que hubiera podido haberme imaginado.

Para cuando la película acabó, Alexandra abrió los ojos y me miró mientras se los frotaba.

—Me he quedado dormida —dijo con el ceño fruncido.

—Pues yo también —mentí—, que me acabo de despertar. ¿Quieres un vasito de leche, cariño?

—Sí. —Me dio un beso que me llegó al alma y fuimos a la cocina a prepararle la leche y unas galletas.

Jorge y yo tomamos un café, y en cuanto acabamos, se despidieron para volver a casa.

En el momento en el que me quedé sola, cerré los ojos y respiré hondo. El aroma de Jorge aún estaba en mi casa, y sabía que, por mucho que quisiera abrir las ventanas y que se fuera, no habría manera.

Me preparé otro café, cogí el primer libro de la saga de *La Tentazione*, y tras acomodarme en el sofá, di el primer sorbo y me dispuse a leer, empezando por la sinopsis.

«A veces, un simple roce de manos es suficiente para hacernos saber que la otra persona será quien nos robará el corazón...»

Jamás antes hubiera imaginado lo ciertas que podrían ser esas palabras, pero ahora que había vivido en mis propias carnes el sentir la mano de otra persona rozando la mía, así como los besos y caricias que me había dado en la única noche que compartimos, podría decir a ciencia cierta que el corazón, aunque sufría, y mucho, por amor, era muy sabio.

Las horas se me pasaron pegada a cada página de aquel libro, y para cuando quise darme cuenta, ni había cenado y ya era entrada la medianoche.

Lo dejé sobre la mesa y me fui para la cama, el día siguiente tocaba comenzar la semana y trabajar.

En cuanto me recosté, cerré los ojos y en ese mundo de sueños vi a Jorge en nuestra primera y única noche, y tras haber leído aquellas escenas del libro, el sueño se volvió un poco más sensual y picante de lo que hubiera podido haberme imaginado.

Capítulo 18



Café en mano y directa al coche ya que se me había echado la hora encima y no me podía permitir llegar ni dos minutos tarde, eso para mí era inconcebible.

Abriendo la puerta de Felisa me estaba entrando una llamada de un número que no conocía.

—¿Hola? —respondí antes de que se cortara.

—Hola, quería hablar con la señorita Johana Mabrouk, por favor.

—Sí, soy yo. ¿Quién me habla?

—Le llamo de la asesoría Asegalma, era por la solicitud de empleo que nos hizo llegar. Es para el puesto de recepcionista que será en horario de tarde. ¿Es posible que a las seis venga a una entrevista?

—Claro.

—Le mando la ubicación por mensaje.

—Gracias. ¿Por quién debo de preguntar?

—Por mí, me llamo Carmen, estaré en la recepción.

—Perfecto, pues allí estaré. Gracias.

—La veo entonces, que tenga un buen día.

Había mandado tantos currículums por Internet y rellenado tantas solicitudes, que ya no sabía ni dónde lo había hecho, es más, ni me sonaba, pero la busqué por Internet y al ver las fotos lo primero que pensé que, sin experiencia, no me iban a coger, pero no perdía nada por ir y enfrentarme a ese tipo de entrevistas para saber cómo iban. Me reía solo de pensar en trabajar también por las tardes a sueldo fijo y verme con dos empleos. Todo eso sería un sueño.

Estaba con unos nervios increíbles pensando en qué ponerme para la entrevista, cosa que mi «no historia» con Jorge tampoco ayudaba a aplacarlos ya que, aunque no quisiera, me producía un dolor muy grande. Estaba claro que me había enamorado como una quinceañera.

Para calmar un poco esos nervios puse música mientras limpiaba, al menos entre canción y canción, dejándome llevar por la letra y contoneando las caderas a ritmo de baterías y guitarras, me evadía.

Hasta que empezó a sonar una de Malú que, en ese momento de mi vida en el que me encontraba, sabía que me calaría hondo cada una de las palabras de esa letra.

— «*Que solo somos dos amantes a escondidas, que tú me harás una infeliz toda mi vida*» —Canté a voz en grito el resto de la canción, mientras pasaba la fregona por el suelo, y pensando en él, porque siempre pensaba en él.

Dejé todo bien recogido, me aseguré de que todas las ventanas estaban cerradas y salí de la casa.

Cuando me monté en el coche después de terminar mi mañana laboral solté el aire y me puse a llorar, estaba nerviosa y sin consuelo, ¿podía ser más desdichada?

A veces me sentía tan sola en un mundo lleno de personas que me producía lástima de mí misma, pero en otros momentos sentía que al menos tenía un techo y dos manos para trabajar.

Había gente que no tenían ni eso, que estaban pasándolo francamente mal y estaban en más vulnerabilidad que la mía. Como siempre, intentaba buscar el lado positivo a todo lo negativo que había en mi vida.

De comer tenía unas lentejas que había sacado del congelador por la mañana y que fui calentando mientras recogía mi habitación ya que ni tiempo me dio, de lo justa que salí hacia el trabajo.

En cuanto acabé y recogí la mesa, me puse un café y me senté en el sofá para leer un ratito, al menos eso me ayudaría a tranquilizarme y quitarme los nervios.

La primera novela de la saga *La Tentazione* que me había regalado Jorge, estaba siendo de lo más adictiva.

Esa historia entre los protagonistas, lo que esa joven, que tenía un año más que yo, estaba viviendo y experimentando en ese mundo que no conocía, me mantenía enganchada a cada página.

Acabé el capítulo y fui a cambiarme de ropa para ir algo más formal a esa entrevista de trabajo que, esperaba, tuviera un resultado positivo para mí.

A las cinco en punto salí de mi casa para ir con mucho tiempo, tanto que tuve que tomarme un cafelito en la ciudad antes de entrar en las oficinas.

—Hola, eres Johana, ¿verdad?

—Sí, hola, debes de ser Carmen —sonreí.

—La mismísima. —Se acercó y me hizo un gesto de que la acompañase.

Pidió permiso para poder entrar avisando de que ya estaba ahí y abrió por completo la puerta haciéndome un gesto de que pasara.

—Buenas tardes —dije en un tono amable al joven que estaba detrás de la mesa y que vestía tan enchaquetado que parecía un alto cargo de la asesoría—, mi nombre es Johanna.

—Antón, me llamo Antón. —Me apretó la mano y sonrió simpáticamente—. Siéntate por favor. —Señaló a la silla—. Te hemos llamado porque, aunque no tenemos datos tuyos laborales, queríamos saber de primera mano si contabas con ellos.

—Verás, trabajo limpiando, no te voy a mentir, es más, ahora de martes a jueves por la mañana trabajo fija en una casa y estoy asegurada por las horas que hago, pero cuando me dijo la señorita Carmen en la llamada que era para por las tardes, vi el cielo abierto. No tengo experiencia, pero yo puedo trabajar gratis una semana para que veas que empeño, ganas y dedicación no me iban a faltar.

—Lo que acabas de decir vale más que cualquier experiencia laboral como recepcionista en varios puestos. Aquí sería de lunes a jueves de cuatro a ocho de la tarde, los viernes solo abrimos por la mañana y no correspondería a tu turno. El sueldo es de quinientos euros al mes y, por supuesto, dada de alta con todos tus derechos; pagas, vacaciones...

—Suenan muy bien.

—El caso es que tu única función es coger las llamadas, poner citas, en el orden que te explicaríamos cómo hacerlo, y recibir a los clientes para pasarlos a cualquiera de los dos despachos, el mío y el de mi compañero Francisco. Yo soy socio y director de la empresa y él es un empleado de máxima confianza. Luego está Carmen que trabaja por las mañanas en la recepción, pero estos días está cubriendo el puesto también por la tarde dado que la anterior empleada se casó y se marchó al sur, de donde es su marido.

—No se ve complicado.

—No lo es —sonrió—. Creo que por lo que veo en ti, y no soy de equivocarme, sabrás estar a la altura.

—Gracias.

—¿Entonces?

—¿Me estás ofreciendo el puesto? —pregunté incrédula y emocionada.

—Sí, Johana, claro, siempre tiene que haber una primera vez. ¿Me das tú DNI para preparar el contrato y lo firma mañana cuando te incorpores?

—Sí, claro que sí.

Salí de las oficinas de lo más emocionada y feliz.

e

La vida, en cierto modo, me comenzaba a sonreír y como decía mi abuela, algunos años salía más el sol que otros, pero siempre estaba ahí.

No podía estar más emocionada, así que volví a la cafetería y allí, sentada contemplando el ir y venir de la gente, con un café en la mano, llamé a Clara para compartir la buena noticia.

—Hola, Johanita.

—Hola, Clara —sonreí al escucharla—. Tengo algo que contarte.

—No me digas más. ¿Jorgito se ha dado cuenta de que no puede vivir sin ti?

—Eh... no. —Miré hacia la calle—. Eso no creo que pase. Pero tengo un nuevo trabajo, acabo de salir de la entrevista y empiezo mañana.

—¡Qué me dices! ¿Otra casa?

—No, no —reí—. Es de recepcionista por las tardes en una asesoría. Atender llamadas, programar citas y acompañar a los clientes a los despachos de los dos asesores.

—Pues eso merece un cafecito, niña. A ver si nos hacemos una videollamada y nos vemos un ratito. ¿Por lo demás? ¿Con Jorgito...?

Suspiré y le conté lo del fin de semana, eso de que el padre se me acomodara para dormir en mi casa el sábado además de su auto invitación a comer el domingo.

Hablamos de su cita con Jake y dijo, emocionada, que acabó quedándose a dormir en su casa y pasó el domingo con él.

—¿Vosotros...?

—¿Si nos acostamos? —rio— Sí, y fue, perfecto. Johanita, creo que Jake sí, que él es mi media mitad.

—Me alegro de escuchar eso. Y pensar que le conociste en una cita desastrosa con el mirón —reí.

s

—Y que lo digas. Pero ya sabes, a veces de algo malo, sale algo bueno. Oye, cambiando de tema, *El gran jefe del Narco* ha sido una pasada.

—¿Ya lo has terminado?

—Sí, ¿y tú?

,

—Ajá, lo acabé antes de que llegaran Jorge y la niña a pasar el sábado, y ayer empecé otro. Es el primero de una saga de esos mismos autores, *La Tentazione* se llama, y me los regaló Jorge.

—Espera, espera. ¿Jorge te ha regalado esa saga? Johanita, que cuando estuve mirando las novelas que tenían, eché un vistazo a esa saga y es...

—Sí, sí —sonreí—. Algo ardiente, que llevo varios capítulos y algunas escenas me han hecho hasta soñar.

—Uy, uy. uy. Mira que, si Jorgito quiere hacer realidad alguna de ellas —rio.

—Bueno, ya tiene con quién hacerlo —le recordé.

—Johana.

—Estoy bien, poco a poco saldré de todo, eso seguro. Fue una noche, ¿no? Pues ya está, como tú dices. Que me quiten lo «bailao».

Nos despedimos poco después y regresé a casa, me puse el pijama, preparé un sándwich para cenar y tras eso, me senté en el sofá a seguir leyendo hasta que me venciera el sueño.

—¿Si nos acostamos? —rio— Sí, y fue, perfecto. Johanita, creo que Jake sí, que él es mi media mitad.

—Me alegro de escuchar eso. Y pensar que le conociste en una cita desastrosa con el mirón —reí.

—Y que lo digas. Pero ya sabes, a veces de algo malo, sale algo bueno. Oye, cambiando de tema, *El gran jefe del Narco* ha sido una pasada.

—¿Ya lo has terminado?

—Sí, ¿y tú?

—Ajá, lo acabé antes de que llegaran Jorge y la niña a pasar el sábado, y ayer empecé otro. Es el primero de una saga de esos mismos autores, *La Tentazione* se llama, y me los regaló Jorge.

—Espera, espera. ¿Jorge te ha regalado esa saga? Johanita, que cuando estuve mirando las novelas que tenían, eché un vistazo a esa saga y es...

—Sí, sí —sonreí—. Algo ardiente, que llevo varios capítulos y algunas escenas me han hecho hasta soñar.

—Uy, uy. uy. Mira que, si Jorgito quiere hacer realidad alguna de ellas —rio.

—Bueno, ya tiene con quién hacerlo —le recordé.

—Johana.

—Estoy bien, poco a poco saldré de todo, eso seguro. Fue una noche, ¿no? Pues ya está, como tú dices. Que me quiten lo «bailao».

Nos despedimos poco después y regresé a casa, me puse el pijama, preparé un sándwich para cenar y tras eso, me senté en el sofá a seguir leyendo hasta que me venciera el sueño.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

—No sabes lo que me alegro, Johana, sabía que pronto la vida te daría más oportunidades.

—Me vienen genial los tres trabajos —contaba el de los lunes fijos con Felisa.

—Claro y, además, también asegurada que eso es importante.

—Sí, estoy muy contenta, me faltaba algo así para sentirme más llena. Espero dar la talla. —Cruce los dedos.

—No lo dudes, tienes muy buen saber estar y presencia.

—Gracias, Jorge —sonreí emocionada mientras él lo hacía de medio lado.

—Me sé los números escritos del uno al veinte, además las vocales completas y aprendí a poner la b y la c —dijo.

Alexandra la miró de feliz apareciendo en ese momento por la puerta.

—Papá, díselo, díselo.

—Ah no, eso se lo tienes que demostrar tú.

—Tú ayer lo viste. —Frunció el ceño.

—Pero lo tendrá que ver ella. —Se encogió de hombros.

—¿Tú quieres que te los haga? —me preguntó y sonreí.

—Claro, pero antes te tomas tu desayuno. —Le acaricié la barbilla.

—Claro, pero antes te tomas tu desayuno. —Le acaricié la barbilla.

—Vale, me voy al sofá.

Jorge me miró sonriendo por muy asombroso que fuese, que sí, que lo hizo en un par de ocasiones más, pero que eso no era habitual en él.

—Voy a llevarle esto a la niña, espera aquí que quiero comentarte algo.

—Vale.

Pues bien, esperaba que no tardase mucho porque ya me había dejado intrigada, capaz que ahora que tenía trabajo me fuera a despedir y me daba algo.

Esperé mirando por la ventana con esa taza de café en las manos, sintiendo el aroma penetrar por mis fosas nasales mientras me perdía en mis pensamientos, esos en los que estaba él, como siempre.

Ya sabía cómo era dormir y despertar con él, y no podía dejar de imaginar lo que sería poder hacerlo cada día.

—Quería comentarte —me giré al escuchar su voz, cogió su taza y apoyó el culo sobre la mesa cruzando las piernas— que ayer hablé con Carla... —Al final me iba a coger como su consejera sentimental—. Le advertí que, si intentaba pisar mi casa, le mandaría conversaciones y fotos a su marido. No quiero verla más, después de lo que me dijiste, eso de que no deberíamos montar espectáculos ni ella chillar delante de la niña, me di cuenta, además de lo que ya venía viendo, que eso no era vida para Alexandra, y que, ni mucho menos iba a cambiar Carla. Me va a costar superarlo, pero lo lograré —murmuró con tristeza.

—No sé qué decirte, sinceramente, solo espero que no lo pases muy mal.

—La he amado con todo mi corazón.

—Tampoco hace falta entrar en detalles —murmuré en voz alta y me quedé pálida al saber la importancia y el tono de mi comentario.

Pero ¿no era doloroso para toda persona con sentimientos y un corazón latiendo en el pecho, escuchar a quien amaba decir aquellas palabras sobre otra persona?

Jamás en toda mi vida me había sentido así, y nunca imaginé que el amor pudiera hacer aquello, romperme en mil pedazos y saber que podría haber otros hombres, pero ninguno sería Jorge, ninguno tendría todo mi amor ni mi corazón completo.

—Sonó un poco... —dijo y le miré, volviendo a la cocina de su casa en la que estábamos, y no en ese mundo de dolor y sufrimiento en el que me había visto desde la mañana siguiente a nuestra única noche juntos, y vi que se le

escapó una sonrisilla floja.

—Nada, era ironía. —Me escusé dando un sorbo al café—. Te entiendo y no hace falta que me digas tus sentimientos hacia ella porque se notan. Tienes que buscar el ser feliz y no puedes tener solo una opción que te lleva a quedarte en el mismo sitio y que no te deja avanzar. La búsqueda de la felicidad, como decía mi abuela, es una larga carretera llena de obstáculos, pero si te quedas en uno de ellos que no logran tu felicidad, te pierdes lo que puede esperarte al final del camino.

Y si sabía que eso era así, ¿por qué yo no podía avanzar cómo debería? Por qué veía que me acabaría quedando estancada en la historia que pudo ser y no fue con él.

Se quedó pensativo y me dispuse a seguir limpiando. Estuvo toda la mañana de lo más ausente metido en su despacho. Ya me estaba dando por pensar que Jorge estaba reflexionando más de la cuenta, de todo, menos de mí...

—Johana, mira. —La niña me llamó tal como entré en el salón para limpiar.

Estaba con su cuaderno y me enseñó cómo hacía las letras que había estado practicando.

—Muy bien. ¿Hiciste palabras, tal como te dije?

—Sí, ¿quieres verlas?

Asentí y me enseñó aquellas palabras que había formado con la b y algunas vocales, entre ellas, bebé. Con la c también había formado algunas, coco y cuco eran un par de ejemplos.

La dejé que siguiera haciendo deberes, tal como dijo, y limpié el salón antes de ir a prepararles una sopa y una tortilla para comer.

A las dos de la tarde me despedí de ellos, Jorge me deseó mucha suerte en mi primer día como recepcionista y la pequeña me dio un abrazo de esos que curaban el alma.

Llegué a casa justa para comerme un tortilla francesa con jamón y tomarme un café rápido.

Me vestí con unos pantalones negros ajustados de pinzas que tenía como oro en paño y lo conjunté con un jersey fino de punto de cuello alto y en tono beige, como mis botas.

Iba como un flan de nerviosa y Carmen me estaba esperando para explicarme todo, sería la última tarde que cubriría este horario en las oficinas.

—Y así se añaden las citas en el ordenador —dijo tras enseñarme cómo hacerlo—. Venga, haz tú estas tres que

dejé para ti —sonrió.

Le devolví el gesto, asentí y me dispuse a hacer lo que había estado viendo hasta ese momento.

Debía reconocer que no fue tan difícil como parecía, y sentí que, a pesar de no tener experiencia en ese puesto, podía dar la talla y haría mi trabajo sin problemas.

Antón apareció un rato después y nos hizo un guiño de ojo, se le veía muy cercano y simpático, no era un hombre de poner nervioso a las personas con su presencia, todo lo contrario.

—Las mata callando —murmuró Carmen cuando este se fue—. Le gusta más una mujer que mojar churros en chocolate —terminó de decir provocando que me riera.

—Vaya. —Apreté los dientes.

—Es muy buena persona, solo que lo de conquistar lo lleva en la sangre.

—Se le ve muy simpático.

—Siempre, y más si se trata de una mujer. —Volteó los ojos.

Fui entendiendo a la perfección todo en lo que consistía mi trabajo, además de que hice varias pruebas de coger el teléfono, además de anotar esas citas que ella había dejado para mí y algunas más que surgieron a lo largo de la tarde, pasar las llamadas y acompañar hasta la puerta del despacho a los clientes. También conocí a Francisco que se veía igual de simpático.

—Así que tú eres nuestra nueva recepcionista —dijo cuando salió a despedir al cliente con el que había estado reunido cerca de una hora.

—Sí —sonreí—. Johana, encantada.

—Un placer conocerte. —Me cogió la mano que le tendí para estrecharla, y acabé sonrojándome como un tomate cuando lo que hizo fue besarla.

—Mira qué caballeroso —rio Carmen.

—Mujer, hay que causar buena impresión al personal —respondió él.

—Anda, anda, tira para el despacho, zalamero, que tu próximo cliente llega en...

—Buenas tardes. —Saludó un hombre entrando por la puerta.

—Aquí está tu próximo cliente, Francisco —informó Carmen.

—Por favor, acompáñeme al despacho —le pidió él, el hombre asintió y ambos desaparecieron por el pasillo.

—Ni caso, que es un poco guasón a veces —me dijo Carmen con una sonrisa.

Y así se me pasaron las horas de mi primer día como recepcionista.

Cuando acabamos la jornada, tanto Antón como Francisco se quedaron en sus despachos ultimando algunas cosas y Carmen me dijo que, a veces, lo hacían.

Me deseó mucha suerte para los días que estaría sola oficialmente en la recepción, se despidió con un afectuoso abrazo y un par de besos, y fui al coche para poner rumbo a casa.

Esa noche me di un capricho y cogí un menú del Burger para cenar, ese que comí nada más llegar y ponerme el pijama, y a continuación, con un café calentito, me acomodé en el sofá para seguir leyendo el primer libro de *La Tentazione*.

—Aquí está tu próximo cliente, Francisco —informó Carmen.

—Por favor, acompáñeme al despacho —le pidió él, el hombre asintió y ambos desaparecieron por el pasillo.

—Ni caso, que es un poco guasón a veces —me dijo Carmen con una sonrisa.

Y así se me pasaron las horas de mi primer día como recepcionista.

Cuando acabamos la jornada, tanto Antón como Francisco se quedaron en sus despachos ultimando algunas cosas y Carmen me dijo que, a veces, lo hacían.

Me deseó mucha suerte para los días que estaría sola oficialmente en la recepción, se despidió con un afectuoso abrazo y un par de besos, y fui al coche para poner rumbo a casa.

Esa noche me di un capricho y cogí un menú del Burger para cenar, ese que comí nada más llegar y ponerme el pijama, y a continuación, con un café calentito, me acomodé en el sofá para seguir leyendo el primer libro de *La Tentazione*.

Capítulo 20



Estaba triste, demasiado, apenas me entraba el café y tenía unas ganas inmensas de llorar y es que por más días que pasaban, más fuertes eran mis sentimientos hacia un hombre que navegaba en otra dirección.

Me dirigí a casa de Jorge donde me encontré con la triste noticia de que Alexandra estaba malita. Ya la había visto el médico y le había recetado los medicamentos, pero me partía el alma verla con ese dolor de garganta y casi sin ganas ni de sonreír.

—Ahora te traigo un vaso de leche calentita, ¿sí? —dije acariciándola, y ella asintió, no dijo una sola palabra debido al malestar que sentía.

Mi niña, lo que daría por poder quedarme en la casa con ella y cuidarla, pero ahora que tenía otro trabajo, y era el segundo día, no podía faltar. ¿Qué excusa iba a darles, si Alexandra no era mi hija, por mucho que así lo sintiéramos ambas?

Le hice la leche, se la llevé y nada más tomársela, la besé en la frente notando que la tenía algo caliente por unas décimas de fiebre, y fui a preparar la comida.

La sopa de pollo en estos casos siempre sentaba bien, así que dejé hecho suficiente para que Jorge tuviera para darle un poco en la comida y en la cena durante esos días, además de que preparé unas croquetas y empanadillas para ese día, al menos una de cada comería la pequeña.

Jorge no se movió ni un solo momento de su lado, la tenía en el sofá y estaba pendiente de ella por completo. Yo también, que le traía vasos de leche con un poco de miel y le iba tomando la fiebre. Me dolía demasiado esa pequeñaja que ahora estaba sin fuerzas.

En un momento se vino a la cocina y sirvió dos vasos de té que él mismo había preparado.

—¿Qué tal estás? —le pregunté a pesar de que, aunque amase a otra, a mí me dolía verlo mal.

—Pues no lo sé, Johana, la verdad es que me está costando un mundo saber que no la tendré más, pero me voy dando cuenta de que ella jugaba a dos bandas. Duele, pero imagino que el tiempo irá poniendo todo en su sitio.

—Claro, como decía mi abuela; el tiempo es la mejor de las curas.

—Pues que pase rápido —casi sonrió con tristeza—. ¿Qué tal tu nuevo empleo?

—Pues bien, me sorprendí con lo bien que entendí las cosas y lo rápido que me familiaricé con todo.

—Se ve que eres lista, solo que no tuviste la oportunidad de demostrarlo.

—Bueno, las ganas hacen que todo nos parezca más bonito y mejor.

—Claro. Estoy seguro de que al final de esos seis meses de contrato te harán otro.

» —O me echan de allí y tú de aquí y me veo de nuevo sin nada —sonreí.

—No, eso no pasará, eres muy buena trabajadora. Por cierto, y con las casas que te salían aparte de las de Felisa, ¿cómo lo harás?

—Pues iré los viernes por la tarde, o sábados, si quieren, claro.

—Obviamente no te puedes desdoblar, así que, si les interesa, seguro aceptarán.

—Por mí trabajaba hasta los domingos —me sinceré riendo—. Ahora tengo que aprovechar para guardar lo máximo posible.

Jorge asintió como entendiendo que era lo que tocaba ya que estaba sola y que, lógicamente, del aire no me mantenía.

Por suerte siempre había sido una hormiguita y me sabía administrar muy bien ese dinero que ganaba al mes limpiando.

Después de la charla me marché ya que eran las dos de la tarde. Le di un beso a la pequeña en la frente y le dije que luego preguntaría por ella.

Me llevé unas croquetas y empanadillas a insistencia de Jorge para que comiera y no me pillara mucho el toro preparando algo en casa, a pesar de que le dije que en hacerme unos huevos con patatas no tardaría tanto, pero no había manera de que saliera de su casa sin llevarme un táper.

Comí, me tomé el café rápido y me puse las vaqueros más nuevos que tenía junto con un jersey negro. Pensé en que era hora de comprarme algo de ropa para esas tardes de trabajo en la asesoría.

Por la tarde, al llegar a la oficina estaban hablando Antón y Francisco que cortaron la conversación para saludarme.

—Hoy comienzas sola, ¿preparada? —me preguntó Antón.

—Claro que está preparada, ¿no ves lo aplicada que es?

—Gracias —respondí al halago de Francisco.

—Y encima guapa, hemos tenido mucha suerte en la empresa.

—Gracias, Francisco. —Me sonrojé.

—Cualquier cosa nos avisas que te echamos un cable —se ofreció él.

—O dos, lo que ella necesite —bromeó Antón con segundas.

—Vaya dos jefes me han tocado —contesté riendo.

—Los mejores, nos vas a amar.

—Francisco se refiere a que nos amarás de cariño, no te asustes que no vamos engatusando a las empleadas y volviéndolas locas.

—Menos mal, ya me había asustado. —Me puse la mano en el corazón siguiendo la broma.

La tarde no se me dio para nada mal, es más, tenía la sensación de estar ajustando todo hasta demasiado bien para que no se solaparan las horas y tuviesen algo de tiempo entre reuniones los días que estaban asignados.

Me gustaba el ambiente que creaban en las oficinas y lo amables que eran, por no nombrar lo de simpáticos que eso era de cajón. Incluso Antón me trajo un cafelito a la recepción con un dulce del bar al que salieron a merendar. Todo un detalle por su parte que agradecí enormemente.

—Muchas gracias —sonreí al coger el vasito para llevar que dejó en el mostrador.

—Como decía mi abuela, las que tú tienes, criatura. —Me hizo un guiño y acabé riendo mientras negaba.

Desde luego podía considerarme afortunada, tenía unos jefes la mar de agradables y eso, hoy en día, era como tener un tesoro.

A la salida del trabajo le pregunté por teléfono a Jorge si podía pasar un momento a ver a la pequeña y me dijo

que encantado de que fuese.

Aproveché para parar y comprarle unos bollitos de leche para que los desayunara blanditos por la mañana.

—Hola —saludé a Jorge con una sonrisa cuando abrió la puerta.

¿Alguna vez os pasado que, al entrar en un lugar y ver a la persona que os hace tener sentimientos hacia ella, sentís el impulso de darle un beso en la mejilla? Pues eso me acababa de pasar a mí, y a punto estuve de ponerme de puntillas y hacerlo, pero reculé en el último momento.

Era mi jefe, por mucha confianza que pudiéramos tener y que durante una noche dejamos de ser jefe y empleada, no podía saludarle con un beso como si fuera un amigo o algo más allá de eso.

La pequeña estaba cabizbaja y aún tenía fiebre, le di de cenar un poco de la sopa que dejé hecha esa mañana de la cual yo tomé también.

—¿Me voy a morir?

—¿Cómo dices eso? —le pregunté poniendo cara de sorpresa— Tú estás malita como estuve yo los otros días, pero fuera de eso no pasará nada más que el que mañana o pasado ya te encuentres bien, cariño mío.

—¿Y podré pasar una noche del fin de semana contigo?

—Claro, mi amor, yo feliz, eso sí, la última palabra la tiene tu papá —sonreí y ella lo miró. Ese asintió con su media sonrisa para darle la autorización.

Me despedí de mi princesa y fui para casa donde, tras ponerme el pijama, me dispuse a olvidarme del mundo real por un momento mientras me evadía entre las páginas de *La Tentazione*.

Y con lo enganchada que estaba, no tardaría mucho en acabar ese primer libro y comenzar el segundo.

.

que encantado de que fuese.

Aproveché para parar y comprarle unos bollitos de leche para que los desayunara blanditos por la mañana.

—Hola —saludé a Jorge con una sonrisa cuando abrió la puerta.

¿Alguna vez os pasado que, al entrar en un lugar y ver a la persona que os hace tener sentimientos hacia ella, sentís el impulso de darle un beso en la mejilla? Pues eso me acababa de pasar a mí, y a punto estuve de ponerme de puntillas y hacerlo, pero reulé en el último momento.

Era mi jefe, por mucha confianza que pudiéramos tener y que durante una noche dejamos de ser jefe y empleada, no podía saludarle con un beso como si fuera un amigo o algo más allá de eso.

La pequeña estaba cabizbaja y aún tenía fiebre, le di de cenar un poco de la sopa que dejé hecha esa mañana de la cual yo tomé también.

—¿Me voy a morir?

—¿Cómo dices eso? —le pregunté poniendo cara de sorpresa— Tú estás malita como estuve yo los otros días, pero fuera de eso no pasará nada más que el que mañana o pasado ya te encuentres bien, cariño mío.

—¿Y podré pasar una noche del fin de semana contigo?

—Claro, mi amor, yo feliz, eso sí, la última palabra la tiene tu papá —sonreí y ella lo miró. Ese asintió con su media sonrisa para darle la autorización.

Me despedí de mi princesa y fui para casa donde, tras ponerme el pijama, me dispuse a olvidarme del mundo real por un momento mientras me evadía entre las páginas de *La Tentazione*.

Y con lo enganchada que estaba, no tardaría mucho en acabar ese primer libro y comenzar el segundo.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

—Buenos días, Johana. —Me recibió Jorge.

—Pasó la noche regular, pero ya desde las cinco de la mañana está durmiendo sin quejarse.

—Venga, voy haciendo el café.

—Jorge, ¿por qué no la llevamos al sofá? Creo que estará más vigilada y la escucharemos mejor si se levanta.

—Está bien.

—Muy bien, la verdad es que tengo mucha suerte, tanto mi jefe Antón, como su empleado Francisco, son dos personas muy simpáticas y hacen que me sienta como en casa.

—¿Qué tal tu tema con el corazón? —pregunté, muerta de dolor por dentro y sabiendo que él no debía estar

pasándolo muy bien tampoco.

—Ahí voy, pero no vuelvo para atrás ni para coger impulso. La tengo bloqueada de todos lados.

—Tienes un motivo para alegrar tu corazón y es Alexandra.

—Sí, pero es un amor diferente, de esos que nunca duelen a no ser que les pase algo.

—Sí —sonreí—. Bueno, como te dije el tiempo lo cura todo. —Ese tiempo que deseaba que también se encargara de mi corazón...

—Voy a ver a la niña.

—Claro.

Se marchó y no tardó en aparecer con ella en brazos para ponerla en el sofá. Le di un abrazo.

—El sábado me voy a tu casa a dormir, ¿vale? —anunció tan alegremente ella, a pesar de que se le notaba aún lo malita que estaba.

—Si estas buena —le dijo el padre.

—Si no lo estoy, ¿se puede venir ella?

—Claro.

—Verás que para entonces ya estás mejor —comenté yo, porque prefería que se viniera ella a mi casa, que yo estar en la suya, el territorio de Jorge donde miedo me daba no poder negarme a que ocurriera algo—. ¿Un vasito de leche con miel?

—Con Cola Cao —sonrió y a mí me alegró la vida.

—Pues con Cola Cao, ahora mismo te lo traigo y te pongo el pan de leche que te traje ayer con un poco de mantequilla, ¿vale?

—Prefiero con paté.

—¡Pero bueno! Ese apetito es una buena señal, creo que mañana ya estarás bien. —Carraspeé.

—Y el sábado estamos juntas para dormir —repitió para que a nadie se le olvidara su intención.

—Por supuesto, mi niña. —Le di un beso en la cabeza y me fui a prepararle el desayuno.

Jorge tenía que salir un momento a recoger un paquete, le dije que no se preocupara que no me despegaría de la pequeña.

En ese momento me llegó un mensaje de Francisco, mi compi de trabajo.

Francisco:

Johana, Johana, Johana, I need you.

Decía que me necesitaba en inglés. Me tuve que reír.

Johana:

Buenos días, Francisco. ¿En qué puedo ayudarte?

Francisco:

Pensarás que estoy loco, que puede que un poco sí, pero te necesito mañana por la noche y no pienses mal, prometo respetarte y honrarte cada minuto que pases conmigo.

Johana:

¿Mañana por la noche? No entiendo...

Francisco:

Necesito que vengas a un sitio a cenar conmigo, aparentando que es una cita, pero tranquila, que yo no haré nada que te incomode, solo sonreír que es algo que me viene de serie.

Johana:

¿Me puedes explicar eso?

Francisco:

Es para ir a un restaurante, que sé que cenará mi ex con su nuevo chico, quiero demostrar que yo también estoy en un momento feliz.

Johana:

Madre mía, Francisco, no sé si soy la persona correcta pero bueno, cuenta conmigo.

Francisco:

Gracias, bonita. Dios te lo pagará tocándote una lotería.

Joder, ¿y por qué me metían a mí en todos los desamores? De verdad que me iba a dar un infarto. Una lotería... con que no perdiera mis puestos de trabajo, yo ya era la mujer más feliz del mundo, por lo que a la parte económica se refería porque la del corazón era mejor que ni la mencionara...

La pequeña se tomó el desayuno y el padre regresó rapidísimo. Se sentó junto a ella en el sofá y yo me puse a preparar la comida y limpiar un poco.

No dejaba de darle vueltas al tema de la petición de Francisco, no entendía que me lo pidiese sin apenas conocerme, pero bueno, reconozco que me caía bien y mira, por una vez en mi vida me iban a invitar a cenar.

—Eso huele que alimenta —dijo Jorge entrando en la cocina.

—Lentejas, que a la peque le vendrá bien un poco más de sustancia que una sopa —sonreí.

—Verás el pan cómo cae con ese caldito que tienen.

—Ya veo que eres tú mucho de mojar, ¿eh?

Al mirarle y ver que tenía la ceja arqueada, me horroricé por el sentido que esas palabras podrían tener a su modo de ver.

—Ay, madre mía. No me refería a... o sea, que yo...

—Ya, ya. —Soltó una carcajada—. Lo decías por el pan en el caldo de tus guisos.

Pues lo estaba arreglando el muy jodido, porque ahora, con ese tono, la que se imaginaba cosas era yo, y más por la lectura que tenía entre manos en esos días.

Jorge sonrió de medio lado, se acercó tanto a mí que tuve que tragar para pasar los nervios y lo que ese hombre me hacía sentir.

Sin apartar la mirada de mis ojos, deslizó el brazo por mi lado y no tardé en verle con un poquito de pan en la mano.

Lo mojó en el caldo y se lo llevó a la boca, todo eso mientras me miraba y yo, perdida en esos ojos, imaginaba que era otra cosa la que saboreada.

—Buenísimo —dijo después de probarlo—. Creo que me acabaré haciendo adicto a tus... guisos.

Y se fue, tal como vino, dejándome a mí con un cuerpo débil y tembloroso, por no hablar de que me habría encantado poder besarle.

Qué difícil se me estaba haciendo olvidarme de nuestra noche, de sus besos y caricias, y de lo mucho que me gustaba y quería a ese hombre que no era mío.

Le di de comer a la niña y Jorge me dijo que aprovechara para comer allí con ellos, no quería abusar tanto pero as me daba tiempo a tomarme un café en casa y cambiarme para ir al trabajo.

Al menos ganaba esa media hora que tardaría en prepararme algo y comer en casa.

Casualmente por la tarde no aparecieron ni Antón ni tampoco Francisco, así que me dediqué a coger citas y organizar los calendarios, pensándolo bien las otras tardes estuvieron y tuvieron citas, esta casualmente no tenían, así que, seguramente no vendrían los días que no las tuvieran y como la puerta la abría el chico de seguridad, probablemente por eso no me avisaron de nada.

Ya me hablaría al día siguiente Francisco ya que, hoy, era mi último día de trabajo de esta semana.

Regresé a casa y nada más cambiarme, preparé un par de sándwiches mixtos. Le pregunté a Jorge por la niña y dijo que se acababa de quedar dormida, cenó bien una tortilla francesa que le había hecho y se tomó las pastillas con un vaso de leche.

Me alegraba que mi princesa se fuera recuperando, si para mí había un desgaste increíble el resfriado que pasé días atrás, para ella, que era más pequeña, no quería ni imaginarlo.

Cené, me acomodé en el sofá y cogí el libro.

Lo estaba devorando, así, literalmente, y me quedaba poco para acabar con ese primer libro.

La historia de amor entre los protagonistas era de esas que calan hondo, donde ves algunas injusticias y...

Me llegó un mensaje de Clara y me tuve que reír.

Clara:

Madre mía de mi vida y de mi corazón. Johanita, estoy con el primero de *La Tentazione*, y te quedaste corta, y yo más cuando eché un vistazo a toda la saga. Puro fuego, niña, esto es puro fuego. ¡Medio libro llevo!

Johana:

Pues yo estoy a nada de acabarlo, y sí, si mi difunto padre supiera lo que estoy leyendo, me enviaría de cabeza al fuego, pero no a ese del libro, no,

al del mismísimo Lucifer.

Clara:

Vas muy adelantada, pero no me cuentes nada, que ya lo leo yo. Te dejo, que estoy en un momento... picantón jajaja.

¡Dejé el móvil de nuevo en la mesa y continué leyendo, como siempre, un capítulo más, y otro, y otro...

Hasta que, cuando quise darme cuenta, eran las doce y media y dejé aquellos últimos capítulos del final, para otro día.

al del mismísimo Lucifer.

Clara:

Vas muy adelantada, pero no me cuentes nada, que ya lo leo yo. Te dejo, que estoy en un momento... picantón jajaja.

Dejé el móvil de nuevo en la mesa y continué leyendo, como siempre, un capítulo más, y otro, y otro...

Hasta que, cuando quise darme cuenta, eran las doce y media y dejé aquellos últimos capítulos del final, para otro día.

Capítulo 22



Viernes al fin, y café en mano estaba a punto de salir para ir a ese último día de trabajo en casa de Jorge.

Por delante dos días para descansar y desconectar, y tal como había dicho mi princesa, esa que no iba a olvidarse de sus palabras, el sábado lo pasaría conmigo.

Antes de llegar al trabajo me pasé por la panadería, quería hacer un asado para que ellos comieran y ¿qué mejor que un buen pan de leña para acompañarlo?

Y no, no era porque pensara en Jorge disfrutando del caldo de ese guiso como había disfrutado del de las lentejas el día anterior.

—Buenos días. —Me saludó él al abrir.

—Buenos días.

—¿Has traído el pan? Podía haber salido yo a por él.

—Me pillaba de camino. —Me encogí de hombros y entré en la cocina, donde ya estaba Alexandra tomándose el desayuno.

—Hola —sonrió.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, y menos mal, así mañana me quedo a dormir en tu casa.

—Claro que sí, mi vida —reí confirmando que no se olvidaría de ello—, claro que sí.

La mañana en casa de Jorge estaba siendo de lo más extraña; la niña ya estaba muy recuperada y el padre de lo más ausente entrando y saliendo de su despacho mirando en todo momento la pantalla del móvil.

Alexandra no dejaba de recordarme que mañana se vendría a mi casa y estaba de lo más feliz. No perdía ocasión cada vez que me veía, por no mencionar que, incluso sin que dijera nada, con solo mirarme y esa sonrisilla que ponía, sabía que pensaba en nuestro sábado de chicas.

Dejé el pollo asado para que comieran y me despedí de Jorge quedando en hablar al día siguiente antes de que la llevara en caso de que estuviera bien del todo.

Me hice una ensalada y unos filetes para comer y, mientras me tomaba el café, acabé con esos últimos capítulos del libro que había dejado la noche anterior.

Cuando llegué al final, y comprobando que aún tenía algo de tiempo, cogí el segundo libro de la saga y empecé a leerlo.

Otro que me mantuvo atrapada en sus páginas toda la tarde, cosa que compartí con Clara en un mensaje. Enganchada estaba ella también.

Clara:

Johanita, no lo he podido evitar, he caído en *La Tentazione*.

Me eché a reír porque acompañaba el texto con un gif de esos de desmayo, era única esa española afincada en Londres que tan importante era en mi vida.

En el momento en el que Francisco me mandó un mensaje con la ubicación del restaurante en donde nos veríamos a las nueve, diciéndome que ya tenía la mesa reservada, dejé la lectura y fui a prepararme.

Me recogí el pelo por un lado mientras que por el otro me lo dejé suelto y me maquillé un poquito. Me vestí enter de negro tanto pantalón, botas y jersey, lo bueno que tenía un abrigo de paño en color beige y al menos eso me resaltaba un poco.

Salí con tiempo suficiente para encontrar aparcamiento cerca, y cuando llegué, allí encontré a Francisco que me esperaba en la puerta.

Entramos y el camarero nos acompañó hasta nuestra mesa, y no pude evitar sonreír cuando nos sentamos mientras cogía la carta.

—Estás guapísima.

—Francisco, nadie nos escucha, no hace falta que finjas nada.

—No estoy fingiendo —sonrió— estás, más que guapa, muy sensual.

—Dime si te vas a pasar toda la cena así para levantarme e irme.

En ese momento acomodaron en la mesa que quedaba detrás de Francisco a una pareja que había entrado por la otra puerta lateral del local. El caso es que no le vi la cara a él, pero no me hizo falta cuando sí que vi la de ella, Carla.

Lo peor es cuando por fin vi al hombre y, ahí sí, comprobé con mis propios ojos que era Jorge. Un veneno recorrió mi cuerpo y me levanté sin dudarlo.

—¿Dónde vas? Ya no sigo con las bromas —me dijo Francisco agarrando mi mano.

—No, no, solo le voy a cantar las cuarenta a los que están sentados a la mesa que está detrás de ti. —Me solté y me paré ante ellos.

—¿Me puedes explicar dónde has dejado a la niña con fiebre, como estaba?

—Hola, Johana —dijo nervioso Jorge.

—Y esta... —Me señaló Carla—. ¿Le tienes que dar a tu empleaducha explicaciones?

—Hombre, jefe —soltó Francisco, y a mí se me abrieron los ojos tan grandes como los platos de algunas mesas que veía alrededor.

;

—¿Cómo que jefe? —le pregunté incrédula.

^a—Es socio de la asesoría, es el hermano de Antón —contestó, y fue cuando se me vino toda la sangre a la cabeza y sentí que me iba a dar algo. Ahora me cuadraba todo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó serio Jorge.

—¡Que te follen! ¿Me puedes decir dónde está Alexandra?

^s—Con mi madre, mañana la recogeré.

—Eres un imbécil. —Le di un manotazo a su copa y fue a caer todo el vino directamente a su pecho, esa mancha no saldría, lo veía venir.

—Niñata, vete de aquí —me dijo Carla.

—Vámonos —me pidió Francisco.

—¡Que me dejéis todos! No soy el juego ni el juguete de nadie —le dije tanto a Jorge como a Francisco.

Salí de allí corriendo hacia mi coche, sentía que me ahogaba. No podía soportar que fuera tan ruin de haber quedado con ella y no solo eso, dejar en esos momentos delicados a la pequeña cuando sabía que su madre ya no estaba para cuidarla.

óMe pasé el camino pensando en los motivos que tendría Jorge para haberme querido dar un segundo trabajo.

¿O es que acaso pensaba rescindir mi contrato como empleada en su casa, y por eso se aseguraba que tuviera otro puesto, aunque él también fuera uno de los jefes?

Llegué a casa y me cambié de ropa, me quité el maquillaje y ni hambre tenía a pesar de que no había cenado.

El cuerpo lo tenía completamente cortado por haber visto a Jorge con Carla, ¿pues no era que ya le había pedido que lo dejara en paz, que no volviera a su casa?

Otra mentira que me había dicho para que me callara solo por ser una entrometida en su vida.

No, no debería haber preguntado por cómo estaba él para empezar.

Y lo que más me dolía era que hubiera dejado a la niña, malita como estaba, por mucho que se encontrase mejor.

Lloré lo más grande cuando estaba en la cama y encima de todo, ¿tenía que darle las gracias por tener dos empleos? Obviamente ahora sabía que todo fue rodado porque lo preparó él, de ahí que no me sonara la empresa de nada.

No encontraba sentido a nada, de verdad que no. Por más vueltas que le diera, no veía las razones de que ese hombre me pusiera en un puesto de trabajo en su asesoría.

Qué ciega había estado, qué ciega y qué tonta fui por pensar que, sin experiencia, de verdad se habría molestado una empresa en llamarme para una entrevista.

Salí de allí corriendo hacia mi coche, sentía que me ahogaba. No podía soportar que fuera tan ruin de haber quedado con ella y no solo eso, dejar en esos momentos delicados a la pequeña cuando sabía que su madre ya no estaba para cuidarla.

Me pasé el camino pensando en los motivos que tendría Jorge para haberme querido dar un segundo trabajo.

¿O es que acaso pensaba rescindir mi contrato como empleada en su casa, y por eso se aseguraba que tuviera otro puesto, aunque él también fuera uno de los jefes?

Llegué a casa y me cambié de ropa, me quité el maquillaje y ni hambre tenía a pesar de que no había cenado.

El cuerpo lo tenía completamente cortado por haber visto a Jorge con Carla, ¿pues no era que ya le había pedido que lo dejara en paz, que no volviera a su casa?

Otra mentira que me había dicho para que me callara solo por ser una entrometida en su vida.

No, no debería haber preguntado por cómo estaba él para empezar.

Y lo que más me dolía era que hubiera dejado a la niña, malita como estaba, por mucho que se encontrase mejor.

Lloré lo más grande cuando estaba en la cama y encima de todo, ¿tenía que darle las gracias por tener dos empleos? Obviamente ahora sabía que todo fue rodado porque lo preparó él, de ahí que no me sonara la empresa de nada.

No encontraba sentido a nada, de verdad que no. Por más vueltas que le diera, no veía las razones de que ese hombre me pusiera en un puesto de trabajo en su asesoría.

Qué ciega había estado, qué ciega y qué tonta fui por pensar que, sin experiencia, de verdad se habría molestado una empresa en llamarme para una entrevista.

Capítulo 23



Me desperté con un leve dolor de cabeza por las horas que pasé llorando la noche anterior, esas en las que estuve en la cama hecha un ovillo después de ver con mis propios ojos la mentira que Jorge me había contado en su casa con respecto a Carla.

Iba a levantarme cuando en ese momento empezó a sonar mi móvil y vi su nombre en la pantalla.

No me molesté en responder, lo silencié mientras seguía sonando y fui a la cocina a prepararme un café.

Volvió a llamar, y yo a silenciarlo. No quería hablar con él, no en ese momento, al menos, porque ¿qué era lo que quería de mí con esas llamadas? Decirme que lamentaba que me hubiera enterado de que era mi jefe también en la asesoría

No, no quería escuchar mentiras, que bastante había soltado por esa boca que tenía.

Y mientras me tomaba el café me hizo una tercera llamada, resoplé y lo dejé sobre la mesa, mientras vibraba y su nombre parecía mirarme con impaciencia.

Cuando al fin se dio por vencido al saber que no iba a responder, cesó en las llamadas.

Me tomé el café y escuché un mensaje, al ver que era él lo leí por simple curiosidad, solo que el contenido hizo que el corazón me diera un vuelco.

Jorge:

Buenos días, Johana. Lamento molestarte, pero es un tema grave. Alexandra se ha ido de casa, no estaba con mi madre y me estoy volviendo loco. Quería saber si tú podías tener una idea de dónde estaría, tengo que ir a buscar a mi hija.

Me temblaban las manos hasta el punto de que apenas si podía pulsar el botón de llamada para hablar con Jorge.

—Hola, Johana —respondió al primer toque.

—¿Cómo es eso de que la niña se ha ido? Tiene cinco años, por Dios, ¿dónde podría haber ido?

—Eso es lo que pensé que podrías decirme —suspiró y lo noté devastado.

—No lo sé, Jorge, yo... —Me tuve que sentar antes de que me fallaran las piernas y acabara cayéndome desplomada al suelo.

—No sé qué hacer, me voy a volver loco. He cogido el coche, voy a buscarla por la aldea, algún parque.

—No creo que haya ido muy lejos, pero ¿el Burger del polígono? Estuvimos allí comprando unos menús el lunes cuando me pediste que me la llevara a casa hasta el día siguiente.

—Vale, pasaré por allí a ver.

—Por favor, Jorge, llámame con lo que sea, ¿sí? Y si puedo ayudar...

—Te pediría un favor.

¹ —Dime, lo que sea Jorge, por la niña hago lo que sea.

—No salgas de casa, por si supiera llegar hasta allí.

—Descuida, no me muevo.

—Gracias.

Colgó y yo me eché a llorar desolada por esa noticia. Ese había sido el motivo de que me llamara con tanta insistencia, la niña no estaba.

Pero ¿cómo se había escapado? ¿Cuándo se fue de la casa? Dios mío, debía estar muerta de frío.

Y frío era lo que tenía yo en ese momento, sentía cómo me calaba en los huesos y me destrozaba.

Me abracé a mí misma y opté por prepararme una tila, los nervios se me estaban agarrando al estómago y eso no era bueno.

Mi princesa se había ido, ¿por qué? ¿Qué motivo la llevaría a hacer algo así? ¿No pensó en lo preocupados que se quedarían su padre y los abuelos? Incluso yo misma, porque a mí esa niña me dolía en el alma como si fuera mía.

Me paseaba por la casa con el móvil en la mano, iba de un lado a otro, miraba por la ventana comprobando si Jorge aparecía con la niña o si era ella quien llegaba. Pero estaba sola, y tendría frío y miedo, no estaba segura de que se supiera el camino a mi casa de memoria.

Eran ya pasadas las once y media de la mañana cuando sonó el timbre de mi casa y corrí con la esperanza de ver a Jorge y la niña.

Y sí, a ella sí que la vi, pero acompañada de dos agentes de policía, y no de su padre.

—¡Alexandra! —grité y ella se lanzó a mis brazos— Mi niña.

—Buenos días, señora —dijo uno de los policías—. La vimos en un parque sentada y dijo que vivía en esta casa con su madre.

—Alexandra, cariño, pero ¿cómo les dices eso? —le pregunté mirándola a los ojos, y se encogió de hombros.

—¿No es su hija? —preguntó el otro agente.

—No, no lo es. Es la niña a la que cuido. Su padre me avisó de que no estaba en la casa y salió a buscarla.

—¿Podría llamar a su padre, por favor? Solo por comprobar lo que dice.

—Por supuesto. —Marqué el número de Jorge, puse el manos libres y no tardó en responder.

—Dime, Johana.

—Jorge, la niña está aquí. La acaba de traer la policía.

—¿Qué? Pero ¿está bien?

—Buenos días, señor, soy uno de los agentes que ha traído a su hija. Ella está bien, no se preocupe. ¿Nos asegura que podemos dejarla en casa de su cuidadora?

—Sí, sí, por supuesto. Johana es de plena confianza para mí con respecto a la niña.

—Bien, pues nosotros nos marchamos. Que tengan un buen día.

—Gracias, agente, muchísimas gracias —dijo Jorge—. Johana, voy para allí, tardo diez minutos.

—Bien, aquí estaremos.

El agente asintió hacia mí, y cuando entré en casa con la niña, la abracé mientras lloraba con desconsuelo que ni e tenerla entre mis brazos me iba a quitar.

—Cariño, pero ¿cómo nos haces esto? Creí que me moría si no te veía más —le dije.

—Se fue —dijo sin más, mientras lloraba con una pena que me partía el alma.

—Vamos a la cocina, mi vida, que te preparo un vaso de leche calentita, ¿sí?

La niña asintió, le sequé las lágrimas que bañaban sus ojos y las mejillas, y me la volví a comer a besos antes de llevarla en brazos a la cocina.

Se sentó en una de las sillas y apoyó la cabeza en sus brazos, mientras yo calentaba la leche y sacaba el Cola Cao y unas galletas.

En cuanto se lo puse por delante lo cogió sin dudarlo, se veía que tenía hambre.

Llevaba puesto el pijama que le regalé, unas botas de agua y el abrigo, ese que le quité mientras comía y le eché una mantita por encima.

Diez minutos justos después Jorge estaba llamando a mi puerta. Abrí y entró corriendo hacia la cocina.

Llevaba un pantalón de chándal oscuro y una sudadera, tenía el pelo revuelto y esa cara de terror que vi al abrirle, le cambió a una de alivio en cuanto tuvo a su hija delante.

—Alexandra, hija, ¿cómo me haces esto? ¿Sabes el susto que nos has dado a todos? Cariño. —La abrazó y ella, sin dudar un segundo, apartó a su padre de un empujón y se levantó de la silla.

—Te fuiste con ella —dijo mirando a su padre con el ceño fruncido.

—¿Con quién me fui, hija?

—¡Con la bruja! Te fuiste con ella porque la quieres más que a mí. Y no me gusta, no me gusta. Ella solo sabe chillar y chillar, y yo me tapo los oídos para no escucharla, pero la escucho. Chilla, y chilla, y te dice cosas y tú dijiste —se le cortó la voz porque empezó a llorar—, dijiste que no vendría más, pero ella siempre viene. La quieres a ella y no a mí, ella no me gusta y se hace la simpática, pero tampoco me quiere en la casa.

—Hija, ¿cómo puedes decir que no te quiero, si eres mi vida entera? —A Jorge se le estaban saltando las lágrimas y yo tenía un nudo en el estómago que no había quién me lo quitase.

—¡Mentira! —Lloró con un desgarró que me mataba—. Si me quisieras no vendría esa bruja a casa, y tú no me habrías dejado con la abuela para irte con ella. Dijiste que no la verías, que no te irías más con ella, y lo hiciste.

—Alexandra, por favor.

—Yo quiero una mamá como Johana, que sí me quiere y se preocupa por mí —dijo, su padre me miró y yo no sabía dónde meterme—. Estuve malita y ella te llamaba para preguntar por mí, la bruja te dijo que me podías dejar porque ya estaba buena, que solo mentía para que te quedaras en casa.

Se me abrieron los ojos como platos al escucharla decir aquello, y por la sorpresa de su padre, supe que no había sido consciente de que ella estaba escuchando esa conversación.

—Vamos a casa, hija, por favor.

—No, no me quiero ir. Hoy dijiste que podía quedarme a dormir con Johana, y me voy a quedar aquí. Ella me quiere, ella me cuida, y aquí siento más amor que cuando esa bruja está en casa.

Alexandra se vino hacia mí y me rodeó la pierna. No pude hacer otra cosa que acariciarle la cabeza.

Jorge se levantó, nos miró a las dos asintió.

—Está bien —dijo con los ojos vidriosos por esas lágrimas que mantenía controladas sin derramar—. Vendré a recogerte mañana, si es que puede quedarse contigo, claro. —Me miró.

—Sí, claro que puede —contesté más seca de lo habitual, puesto que con todo lo que había descubierto la noche anterior, no me salía ser más cortés con él.

—Cariño. —Jorge se acuclilló delante de la niña—. Jamás pienses que no te quiero, ¿de acuerdo? Eres lo que más quiero en el mundo, hija, eso no lo pongas en duda.

Cuando se incorporó, asintió hacia mí y salió de la cocina para marcharse de mi casa.

En cuanto escuchamos la puerta cerrarse, miré a la niña que seguía llorando y la cogí en brazos.

—Ya está, mi niña, ya. —La abracé y me fui a sentarme al sofá con ella en mi regazo.

Cuando se quedó dormida poco después me recosté con ella, cubriéndonos con la manta, y allí nos quedamos las dos dormidas hasta que me despertó diciendo que tenía un poquito de hambre.

;

Preparé una tortilla para las dos con unas empanadillas, y después de comer pasamos toda la tarde jugando al parchís.

Después de cenar nos fuimos a la cama, donde quien lloró fui yo mientras la observaba dormir, pensando en lo que debió ser para ella escuchar a esa mujer y sentir que la despreciaba tanto.

No se lo merecía, Alexandra era la niña más buena del mundo y con el corazón más grande que yo había conocido en mi vida.

r

;

Después de cenar nos fuimos a la cama, donde quien lloró fui yo mientras la observaba dormir, pensando en lo que debió ser para ella escuchar a esa mujer y sentir que la despreciaba tanto.

No se lo merecía, Alexandra era la niña más buena del mundo y con el corazón más grande que yo había conocido en mi vida.

Capítulo 24



Me desperté con una notificación de mensaje, se me había olvidado silenciar el teléfono.

Francisco:

Siento mucho lo del viernes, y yo no quiero ser un títere de nadie, lo confieso, fue Carla quien me pidió que te llevara hasta allí.

De nuevo la sangre se me volvió a subir a la cabeza y sentí la necesidad de tirar algo contra la pared, pero tenía a la pequeña durmiendo y controlé todos esos nervios que me entraron por el cuerpo.

Johana:

Muy bien, ¿qué más te dijo?

Francisco:

Solo eso, me dijo que te llevase al restaurante a la hora indicada con la excusa que te di. Nunca la relacioné con Jorge, nuestro jefe, ese que pude percibir que desconocías como tal.

Johana:

¿De qué la conoces?

Francisco:

Estuvo liada con un amigo mío, hará como tres meses.

Me había acabado de soltar la bomba porque según lo que yo sabía, llevaba mucho tiempo más con Jorge. Se la habían metido doblada...

Johana:

Bueno, voy a tomar un café, el lunes nos vemos en la oficina.

En principio yo iba a seguir con mis trabajos porque pensando por una vez en mí, me hacían mucha falta. Eso sí, ¿Jorge, aunque no lo mostrara tanto como quisiera o pudiera, se la tenía sentenciada.

Dejé a la pequeña durmiendo y me preparé un café. Estaba con la cabeza en una continua noria pensando en absolutamente todo. Me sentía una estúpida y al fin y al cabo todos me usaban. ¿Qué había hecho yo para merecer algo así? Qué rabia más grande sentía y qué poco sabía ponerme en mi lugar, aunque de eso se trataba. ¿Qué hacía alguien como yo cuando no solo estaba enamorada de su jefe, sino que de él pendía mi estabilidad económica? Para chillar y desgarrarse la garganta...

—Hola, Jorge —dije tras descolgar el teléfono cuando vi que me entró la llamada.

—Hola, Johana. ¿Qué tal la pequeña?

—Durmiendo, no se despertó en toda la noche.

—Menos mal. La verdad es que la echo mucho de menos pero no sé si querrá verme por allí hoy.

—Es tu hija, Jorge, por Dios, pues claro que te querrá ver, pero está dolida, pese a su corta edad es muy consciente de todo. ¿En qué has estado pensando para permitir que ella llegara a ese extremo?

—No lo sé, me siento un imbécil. Me he arrastrado demasiadas veces, muchas fueron las veces que dije no más, pero ahora con lo que ha pasado, me muero por recuperar la confianza y felicidad de mi hija. —Me pareció que estaba sollozando.

—Ven cuando quieras, es necesario que sepa que la echas de menos.

—Llevaré porras con chocolate.

—La pondrás muy contenta.

—¿Y a ti?

—Ni, aunque me traigas todos los dulces del mundo... Ahora te veo —contesté cortante y es que juro por mi vida que poco había dicho para todos los subtítulos que retenía en mi boca. Corté sin darle derecho a la réplica, a mí sí que no me iba a comprar fácilmente.

Pero era su hija, y yo, que sabía mejor que nadie lo que era vivir sin el amor de uno de los padres, que lo único que hizo fue arrebatarle a quien me dio la vida y me quería, no deseaba para nada que ninguno de los dos sufriera por ello.

Era devoción la que sentían tanto Jorge por esa niña, que había perdido a su madre antes de tiempo, como el que Alexandra sentía por su padre.

No había más que verlos juntos, el modo en el que se miraban y la complicidad que había entre ellos.

«No compartían sangre, pero sí un amor incondicional que ni todas las brujas del mundo que pasaran por la vida de Jorge, podrían romper.

Alexandra se levantó y vino a la cocina a buscarme.

—Mi niña bonita, buenos días. —La abracé.

—He dormido toda la noche seguida y no soñé con sus chillidos —dijo mirándome a los ojos con una sonrisilla de felicidad.

—Vida mía, verás como poco a poco se te irán de la mente.

—No quiero que mi papá esté con ella.

e

—¿Nos sentamos en el sofá y te tomas algo?

—Tengo hambre.

—Tu papá quiere venir a verte, va a traer porras con chocolate.

—¡Qué rico! ¿Pero me llevará con él? —Se le transformó la cara en tristeza.

—No, hoy te quedas aquí, te lo prometió.

—¿Y si cambia de opinión?

—Se las verá por primera vez conmigo.

«—Pero tú no sabes enfadarte —dijo preocupada.

—¿Qué no? Que me pongan a prueba. —Le di un beso en la nariz— Te voy preparando un vaso de leche y cuando venga papá te tomas el chocolate.

a —Vale, qué rico, el estómago me está haciendo ruidos.

Le preparé el vaso de leche y yo cogí mi café que aún no lo había acabado. Jorge no tardó en llegar y la niña se abalanzó a sus brazos. En el rostro de ese padre se pudo apreciar la felicidad pese a lo poco efusivo que era para mostrar sus emociones.

Le dejé el sitio en el sofá al lado de su hija y yo me senté en el sillón.

—Había pensado en pedirlos algo...

—¿El qué papá? —preguntó la pequeña por las dos. Viniendo de él me esperaba cualquier cosa.

—¿Y si nos vamos mañana por la tarde hasta el domingo a pasarlo a algún lugar juntos?

e—Espera ¿de mañana al domingo? ¿Y quién trabaja por mí en la oficina? O es que ¿acaso ya estoy despedida? —pregunté con pánico, porque era mi jefe y podría prescindir de mis servicios cuando le viniera en gana.

—Johana, nadie te va a despedir y, además, por las tardes nunca hubo recepcionista y Carmen desviaba las llamadas a su móvil, lo hice para que te sintieras más realizada y te veo feliz.

—Creo que es lo más feo que escuché en mi vida, que me dan un trabajo sin hacer falta. —Me llevé la mano a la cara.

—No he dicho eso, solo que, pensé que no había mejor persona para estar allí por las tardes que tú, y que te hacía falta conseguir algo así.

—Pero si no hacía falta, ¿qué me estás contando?

—Carmen está más aliviada y los chicos ya no tienen que levantarse para recibir a los clientes que van a reunirse con ellos. Solo te pido que nos acompañes a vivir unos días juntos y que sé que a ella le vendrá muy bien tu compañía —respondió señalando a Alexandra.

—Sí, sí, voto para que venga y no pueda decir que no —contestó la niña sacándonos una risilla a los dos, sí, a los dos.

—Si necesito pasaporte, no lo tengo, nunca me hizo falta —murmuré pensando que, al fin y al cabo, él era el jefe.

—No, no lo necesitarás. —Me miraba con una media sonrisa de haber conseguido su propósito.

Felisa me contestó al mensaje que le escribí pidiendo entrar una hora más tarde al igual que saldría una hora después. Sabía que no me iba a poner problemas y es que como la niña se quería quedar aquí, me daba cosa que se levantara tan temprano.

—Papá, pero ¿dónde vamos a ir? —insistió curiosa, lo mismo que lo estaba yo.

—Es una sorpresa.

—Pero imagino que algo dirás para saber qué ropa llevar. —Arquee la ceja.

—Pijamas, ropa cómoda que abrigue.

—Lo que viene siendo lo que hago aquí. —Solté un poco del aire de mis pulmones.

Después del desayuno preparé un pescado al horno con patatas para los tres, Jorge se acercó en un momento a por pan y apareció con unos dulces para la merienda.

Comimos y la niña seguía preguntando que a dónde nos llevaba, que si íbamos a ir a visitar a Papá Noel con eso de que la época navideña estaba a un paso.

Pero no hubo manera de saber el destino al que nos llevaría su padre.

Café para nosotros y un Cola Cao para ella después de jugar unas partidas al parchís, además de merendamos esos dulces que había traído Jorge.

No quitaba el ojo del libro que estaba encima de la mesa, ese que pensaba llevarme al viaje para aprovechar a leer un poco en los ratitos que la niña estuviera dormida, a fin de cuentas, de poco podríamos hablar su padre y yo.

Jorge estuvo hasta las seis de la tarde con nosotras, se marchó después de merendar y quedó en venir a por la niña a las nueve menos veinte para que yo me fuera para trabajar. Luego me recogería a las cinco de la tarde para irnos

—¿Y dónde nos llevará? —me preguntó ya por la noche mientras preparaba unos sándwiches vegetales para cenar.

—Pues no lo sé, hija, pero por cómo guarda ese destino, parece que fuera secreto de Estado.

Tras la cena nos sentamos en el sofá con la mantita, ella se puso una película de dibujos en la Tablet y yo cogí el libro para leer un poco.

En cuanto la vi con los párpados queriendo cerrarse por el sueño, dejé la lectura y le dije que nos íbamos a la cama.

—Vale mamá —sonrió, me dio un beso y se abrazó a mi cuello cuando la cogí en brazos para irnos a la habitación.

¿Cómo era posible querer tanto a una personita a la que apenas conocía de unos días?

Capítulo 25



Le di un beso a la pequeña antes de que se la llevase Jorge, que acababa de llegar a por ella, y yo tenía que irme directamente a la casa de Felisa, quedamos en que después de comer pasarían por aquí a buscarme.

—No te olvides, ¿eh? —me pidió la pequeña, una vez se había sentado en su sillita del coche, haciéndome sonreír. Es que me la comía.

Irme unos días con Jorge y la pequeña no entraba en mis planes, pero, sinceramente, lo hacía por Alexandra, por estar con ella; pues sabía que en estos momentos la pequeña me necesitaba a su lado y si con eso conseguíamos alejar al padre de la bruja, pues mejor que mejor.

Y de nuevo me encontraba con que Felisa me había dejado un regalito sobre la mesa. El cariño que me tenía era infinito, y se notaba por la de detalles que tenía conmigo de forma altruista.

Me había dejado una bolsita de rosquillas que hacían en la ciudad, en un obrador que era muy famoso por esa especialidad, sobre todo por el sabor tan rico que tenía a canela. Las llevaría al viaje ya que estaba convencida de que a la pequeña le encantarían.

La verdad es que estaba muy nerviosa con saber qué pasaría estos días con ellos. A Jorge lo amaba con todo mi corazón y no conseguía sacármelo de la cabeza, a pesar de todo. Ahora me iba a enfrentar a tenerlo todo el día presente y eso me inquietaba un poco porque no sabía hasta qué punto iba a desequilibrarme más de lo que ya lo estaba.

Acaba de arreglar los baños cuando empecé a escuchar la melodía de mi móvil, fui a por él y vi en la pantalla el nombre de mi amiga, sonreí y supe que estaba haciendo un descanso para el que, seguramente, sería el segundo café de su mañana de lunes.

—Buenos días —dije al descolgar.

—Buenos días. ¿Cómo fue tu fin de semana? —preguntó— El mío estuvo tan bien, que no quería que acabara.

—Vaya, me alegro. Eso quiere decir que con Jake va todo bien, ¿cierto? —Puse el manos libres y dejé el móvil en

la mesita de café del salón, donde iba a empezar a limpiar.

—Va superbién. Es más mono —suspiró—. Incluso creo que me consiente demasiado. Me ha regalado un pijama para que lo deje en su casa y lo use cuando me quede allí.

—¿Cepillo de dientes también tienes allí? —sonreí.

—Pues...

—¿En serio? Clara, auguro boda en unos años, niños, una casa con valla y un perro correteando por el jardín. Y yo iré a esa boda, obviamente.

—¿Boda? No, no. —Soltó una carcajada—. O, bueno, no sé.

—¿Te gusta ese chico?

—Mucho, la verdad.

—Pues si me permites opinar, te conozco desde hace más de dos años y has tenido unas citas desastrosas estos últimos meses. Desde tu ex de la universidad que te dejó hace cuatro años no habías estado en nada serio, solo algún que otro rollo pasajero de unos pocos meses. Si este chico te hace sentir todo eso que lees en las novelas, adelante. Es como me dijiste, tu media mitad.

—¿Qué hay de ti y Jorgito?

Suspiré, dejé caer el brazo con el que estaba quitando el polvo al mueble del salón, y le conté las últimas novedades ocurridas desde el viernes.

Se quedó sin palabras al saber que también era el dueño de la asesoría, y al igual que yo, se quedó con un pellizco de dolor en el pecho cuando le hablé de la escapada de Alexandra. Por no hablar de los descubrimientos por parte de Francisco y Carla.

Al decirle que ese mismo día me iba de viaje con ellos porque él lo había propuesto, me pidió que disfrutara y nada más, que viviera esa semana con la peque y le diera el cariño que necesitaba y sabía que yo podía darle.

Y me cambió al tema de los libros, lo que me reí cuando dijo que Jake había estado echando un vistazo a algunas escenas y que acabaron jugando en la cama a los médicos. Esa mujer es que era única, y conmigo nunca tuvo pelos en la lengua.

Nos despedimos quedando en mantenerla al corriente de mis días de viaje con ellos, y seguí con el trabajo.

Casi al final de la mañana me entró un mensaje:

Francisco:

Hola, Johana. ¿Qué tal estás? Después de pensarlo mucho quería decirte la verdad y es que, a pesar de que ella me pidió que te llevara a ese lugar, para mí fue el empujón que necesitaba para quedar contigo. Me llamaste mucho la atención desde el primer minuto y he pensado que quizás podríamos repetir una cena, sin favores y sin mentiras. Me llegó esta mañana la noticia de que no vendrás a trabajar esta semana. ¿Estás bien?

o

Ay, Dios, ¿a qué venía esto ahora? Lo que me faltaba por leer. ¿Le llamé la atención? ¿En serio si alguien te llama la atención aceptas que otra persona te diga que la lleves a un restaurante y lo haces sin saber las pretensiones de la otra persona? El mundo era un tanto desconocido para mí, pero vamos, que me sentía orgullosa de no hacer ese tipo de cosas ni andar en esos líos en los que se meten los humanos. Comenzaba a pensar que yo era de otro planeta.

Johana:

Hola, Francisco, estoy bien. La cena, sin mentiras y sin favores, la tuve yo. No me apetece por ahora, no estoy en un buen momento y, sinceramente, me pareció muy feo por tu parte que me expusieras sin saber las intenciones de esa persona. No estoy enfadada contigo, aquí hay personas que tienen más responsabilidad, pero no estoy para citas.

Francisco:

Siento mucho todo, tienes razón, lamento mi mala conducta y que haya provocado que no confíes en mí. Quizás en otro momento...

Johana:

Quizás, Francisco, pero no es una opción que contemple por ahora.

No volvió a contestarme y me fui hacia mi casa para comer rápido ya que vendrían a por mí. Tenía una mochila y una bolsa de deporte preparadas, porque maleta no tenía y no la iba a comprar cuando nos íbamos a mover en coche, según me había dicho Jorge.

La pequeña me saludó desde la ventanilla de lo más feliz y me acerqué a ella a darle un beso. Jorge metió mis cosas en el maletero y me senté junto a él en el asiento del copiloto tal y como me abrió la puerta indicándomelo.

—Papá aún no me ha dicho a dónde vamos —dijo con un suspiro.

—Debe ser muy grande la sorpresa —contesté viendo cómo Jorge esbozaba una leve sonrisa.

—En mi maleta van tres pijamas.

—Yo eché dos, así que me ganas. Por cierto, toma. —Abrí mi bolso y saqué las rosquillas dándole una a la pequeña, otra a Jorge y otra para mí.

—Qué rica está —murmuró desde atrás casi con un gemido de placer.

—Son mis favoritas, me las regaló Felisa.

—Por lo que veo recibes muchos regalos de tus jefes —dijo Jorge haciendo un carraspeo y mirándome de medio lado.

—Es muy buena, se merece que la cuiden —dijo la pequeña sacándome una sonrisa.

—Tienes razón, hija, es muy buena...

—En mi maleta van tres pijamas.

—Yo eché dos, así que me ganas. Por cierto, toma. —Abrí mi bolso y saqué las rosquillas dándole una a la pequeña, otra a Jorge y otra para mí.

—Qué rica está —murmuró desde atrás casi con un gemido de placer.

—Son mis favoritas, me las regaló Felisa.

—Por lo que veo recibes muchos regalos de tus jefes —dijo Jorge haciendo un carraspeo y mirándome de medio lado.

—Es muy buena, se merece que la cuiden —dijo la pequeña sacándome una sonrisa.

—Tienes razón, hija, es muy buena...

Capítulo 26



Habíamos pasado un cartel que anunciaba que estábamos en Asturias, pero todavía no sabía exactamente hacia dónde nos dirigíamos, hasta que cuatro horas después, descubrimos que habíamos llegado al Parque Natural de Somiedo. Decir que aquel manto blanco sobre las montañas, bosques y la naturaleza en sí era una pasada, es quedarse corto.

Ni qué decir ya cuando paró delante de una cabaña de piedra y que estaba iluminada por dos farolillos.

—Papá, ¿esta cabaña es para nosotros estos días?

—Sí, cariño, esperadme aquí que voy a coger la llave y abro para que entréis directamente. —Estaba nevando.

—Me encanta. —Me miraba feliz.

—Y a mí —sonreí pensando que era lo último que me había imaginado, pasar seis días encerrada con ellos en una cabaña. Debo reconocer que el lugar era de lo más inspirador y bonito, iba a ser una experiencia grata.

Jorge abrió la puerta y fuimos directas hacia el interior ya que había aparcado justo delante. Dejé a la pequeña en el pasillo y salí a ayudarle a coger las cosas. Como en la puerta de mi casa fue él quien metió la maleta en el maletero, y yo ni me fijé, al abrirlo me llevé la sorpresa de ver que estaba lleno de bolsas del supermercado.

La cabaña era una monada y estaba equipada al completo, hasta había un par de sofás gigantes puestos en L con la mesa camilla delante.

Jorge y yo nos pusimos a colocar toda la compra en la cocina, me quedaba sorprendida porque no había escatimado en detalles, había absolutamente de todo lo necesario para coger en una semana un par de kilos o tres ; sin exagerar lo más mínimo.

—Papá, saca lo que compramos esta mañana de sorpresa para los tres.

—Voy, cariño —dijo terminando de guardar el vino.

—Ahora nos lo ponemos —se puso las manos en la boca.

—¿Ponernos el qué?

—Es una bocazas, no tiene paciencia y se suponía que era toda una sorpresa que ella quería preservar hasta enseñártelo y por poco la desvela unos segundos antes de que lo descubras. —Me puso en la mano una bolsita de una tienda conocida de Vigo de ropa interior, pijamas y lencería.

—A ver, a ver. —Saqué un pijama y acto seguido se me escapó una carcajada que no había forma de frenar y que provocó que la pequeña también riera y su padre nos mirase con la sonrisa de medio lado.

—Los eligió ella —contestó sacando el suyo de su bolsa y ahí es cuando tuve que cerrar las piernas porque me iba a mear encima.

—Mira el mío. —Ella se quitó el abrigo, y es que lo había llevado puesto durante el viaje para ir cómoda.

En la camiseta del mío ponía la palabra «Mamá», en la de Jorge, «Papá» y en la de la niña, «Hija».

—Así que esta ocurrencia fue tuya —sonreí mirándola, a sabiendas de que lo había hecho por ese secreto que ambas compartíamos.

—Sí, vi los tres en el escaparate y yo sé escribir mamá y papá y lo puedo leer, lo de la hija no lo sabía, pero me lo dijo papá, a tanto no llego. —Volteó los ojos causándome una carcajada—. Y papá me dijo que sabía lo que¹ estaba pensando. Lo acertó y entramos a comprarlos. ¿Os los ponéis y jugamos a la familia feliz?

—Por mí perfecto —dijo él moviendo las manos.

—Claro, ¿será por jugar? —solté con segundas y hasta pude ver una ligera sonrisilla en los ojos de Jorge, sí en los ojos, para mí una de las mayores expresiones del ser humano, su forma de mirar...

¹ Nos fuimos a cambiar, yo al baño y Jorge se quedó en la habitación. El caso es que la cabaña solo tenía un dormitorio gigante con dos camas de matrimonio grandísimas en las que podrían dormir seis personas perfectamente, y tenía un baño impresionante en el que yo me había metido, pero fuera, entre la cocina y el salón, había un aseo.

y

Me miré en el espejo y no se me iba la sonrisa, aquella sorpresa, aquella idea que había tenido la niña, era una locura de las suyas pero que a mí me había llegado al alma.

Ahora que veía esa palabra ante mis ojos podía decir que ese llamado reloj biológico del que hablaban, se había activado en mí.

Le dije a Alexandra que me encantaría tener una hija como ella, y en ese momento lo sentía más que nunca.

Cuando salí y me encontré con Jorge llevando aquel pijama y la niña al lado con una sonrisa de oreja a oreja, sent un cosquilleo en el estómago.

Iban a ser seis días con ellos, sin separarnos en ningún momento, y sabía que a la vuelta a la realidad seguiría deseando con todas mis fuerzas esa familia feliz que Alexandra pidió que fuéramos.

El propietario tuvo el detalle de dejarnos la chimenea encendida que, independientemente de mantenerla calentita, daba una paz impresionante.

Jorge cortó un trozo de la gran empanada de zamburiña que había traído, luego cortó de la de atún con tomate. La había comprado en un obrador cerca de su casa.

Nos pusimos un refresco de naranja y a la niña un vaso de agua, con lo que protestó, y estuvo todo el rato negociando sorbitos de nuestros vasos. Salió bien parada y nos reímos muchísimo, hasta al padre se le escuchaban esas risillas que esbozaba.

Recogimos la mesa y vi que la nieve no había cesado mucho y el manto blanco era digno de postal. No dudé en asomarme a la ventana y hacer un vídeo, ese que le mandé a Clara con una luna llena preciosa de fondo.

Clara:

¿Dónde os ha llevado, a Siberia? Madre mía, qué bonito se ve, aun de noche.

Johana:

Estamos en Asturias, y esto es... precioso.

Clara:

; Pues disfruta, cariño, que bien merecidas tienes esas minivacaciones. Te quiero.

Nos fuimos al sofá y no sé quién cayó primero, pero Jorge con una cara de dormido me avisó de irnos a la cama, ya hasta había acostado a la pequeña.

—¿Dónde vas? —me preguntó cuando me dirigí a la cama de la niña.

—A dormir con mi hija —bromeé metiéndome al lado de ella.

Si Jorge se pensaba que iba a dormir con él, es que no me conocía, antes me iba al sofá y lo hacía plácidamente frente a la chimenea. Lo amaba con todo mi corazón, pero ya me había puesto una coraza difícil de destruir. No es que me hubiera pedido que me acostase con él, que no sabía sus intenciones y quizás solo me lo ofrecía para dormir, porque su pregunta era clara y no necesitaba muchas interpretaciones.

í En cuanto Alexandra notó mi cercanía no dudó en acurrucarse a mi lado, lo que me sacó una sonrisa de esas que solo ella conseguía que yo luciera.

Le besé la frente y la abracé al igual que ella me abrazaba a mí, cerré los ojos y dejé que el olor de mi pequeña me calmara esos nervios que seguían a flor de piel en mis entrañas.

, Estaba tan cerca que podía escuchar sus movimientos y sus respiraciones, además me sentía observada de vez en cuando.

sEse hombre iba a ser todo un peligro para mí.

En cuanto Alexandra notó mi cercanía no dudó en acurrucarse a mi lado, lo que me sacó una sonrisa de esas que solo ella conseguía que yo luciera.

Le besé la frente y la abracé al igual que ella me abrazaba a mí, cerré los ojos y dejé que el olor de mi pequeña me calmara esos nervios que seguían a flor de piel en mis entrañas.

Estaba tan cerca que podía escuchar sus movimientos y sus respiraciones, además me sentía observada de vez en cuando.

Ese hombre iba a ser todo un peligro para mí.

Capítulo 27



Abrí los ojos y los escuché por la cocina o el salón, ni me había dado cuenta de que se habían levantado. Fui al baño a lavarme la cara y peinarme un poco antes de aparecer.

—¡¡¡Mamá Johana!!! —chillaba corriendo hacia mis brazos.

—Mi niña bonita. —La abracé bien fuerte una vez que la subí a mis brazos.

—Mi papá está haciendo tostadas de las buenas —se refería a las de leña.

—Ya me está dando hambre a mí —le dije mientras entraba a la cocina—. Buenos días, Jorge.

—Buenos días, Johana, ya está marchando tu café.

—Gracias, Jorge. —Bajé a la niña para llevar las cosas a la mesa del salón—. ¿Qué tal has dormido, cariño? —le pregunté mientras cogía el plato con algunas tostadas.

—Solo en la cama —respondió él.

—Le preguntaba a la niña —dije con la ceja arqueada.

—Y yo que pensé que te preocupabas por mí —suspiró.

No pude evitar sonreír, pero no quería tampoco darle pie a nada.

—¿Era a mí? —preguntó ella, que estaba comiéndose una galleta de chocolate que no sabía de dónde la había sacado—. Muy bien, mamá Johana. Contigo siempre duermo muy bien.

—¿Y conmigo no, hija? Voy a coger depresión.

—No he dormido nunca contigo papá. —Frunció el ceño.

—Claro que sí, pero no te acuerdas porque eras muy pequeñita. Una bebé, para más datos. Te recosté en mi pecho una noche que no dejabas de llorar, te canté una nana que me cantaba a mí la abuela, y te calmaste y caíste dormida como un angelito. Yo diría que esa noche, y algunas más, dormiste muy bien conmigo.

—Pero no me acuerdo, papá, si dices que era una bebé. —Volteó los ojos y se encogió de hombros, cosa que me hizo soltar una buena carcajada.

Terminamos de colocar todo en el salón y nos acomodamos a desayunar ante la chimenea.

Una notificación entró mi móvil y me detuve a leerla.

Francisco:

Buenos días, hoy voy a extrañar tu presencia en las oficinas. No sé qué me pasa que no dejo de pensar en ti. Feliz día.

Joder. ¿A qué venía esto? ¿Y qué respondía yo?

—¿Estás bien? —me preguntó Jorge y es que debió de ver que mi cara cambió.

—Sí, tranquilo —sonreí y le puse por delante a Alexandra una servilleta.

Como no estaba a la vista de los ojos de Jorge, que estaba en el sofá contiguo mirando a la chimenea y yo al lado, pero mirando a la pared, y la niña entre medias, pues aproveché para contestar a Francisco.

Johana:

Buenos días, Francisco. Espero que estas tardes os sean livianas. Feliz día.

Ni dos minutos después me llegó otro mensaje.

Francisco:

¿Me darás la oportunidad de enmendar lo que estropeé?

Contuve la sonrisa que me iba a salir por los labios dejándome al descubierto, así que la aguanté como pude y le contesté al mensaje. En cierto modo era halagador que se interesasen en una.

Johana:

No lo creo, pero al menos habrá cordialidad después de lo sucedido.

Francisco:

Una sola cena y me verás de diferente manera.

Johana:

Feliz día, Francisco.

Corté la conversación dado que no iba a estar en la mesa desayunando y con el móvil en la mano, me parecía una falta de respeto y, además, que tampoco quería jugar con fuego cuando mi corazón aún estaba roto en mil pedazos por Jorge, ese que me sería difícil de olvidar teniéndolo como jefe.

Después de desayunar viendo cómo nevaba ya que teníamos todas las cortinas del salón corridas y había grandes ventanales, Jorge propuso tirarnos una mañana de cocina.

—Yo os miro desde la mesa —dijo la niña refiriéndose a que se quedaba en el sofá, y es que la pared del salón estaba abierta y quedaba diáfana, la cocina estaba separada por una barra que era parte de la encimera de esta—. Tengo que estudiar porque el año que viene voy a primaria y tengo que saber escribir y leer bien.

—Claro que sí, que no te enseñen nada, que vayas adelantada. —Le di un besito en la mejilla.

—Ahora te enseño lo que voy a hacer de tarea.

—Por supuesto, cariño.

Jorge había sacado unas costillas que iba a hacer al horno a la barbacoa y que decía que le salían de lo más jugosas.

—¿Puedo hacer una ensaladilla rusa? —pregunté a sabiendas de que teníamos los ingredientes, y sería un primer plato perfecto.

—¿Eso no se come en verano?

—¿Y qué más da?

—Nada, nada, me gusta, pero fíjate que era algo que relaciono más con el verano.

—Pues si me dejas, viendo que tenemos todos los ingredientes, la hago.

—Claro, tienes vía libre para hacer todo lo que quieras, siéntete en casa.

—Vale.

Sonreí y fui a coger lo necesario para trocear y cocer, y en ello estaba mientras Jorge preparaba las costillas, cuando volvió a hablar dejándome sorprendida ante las palabras y el tono de arrepentimiento en su voz.

—Sé que os fallé a ti y a la niña, pero...

—Jorge —le corté—, no le vuelvas a fallar a ella, debes anteponerla a todo. A mí da igual, al fin y al cabo, no soy nada importante, pero ella lo debe ser todo.

—Sí eres importante. —Se paró mirándome—. Sé que me importas, no sabría explicarlo.

—¿Cómo llevas el tema del corazón? —cambié de tema, a sabiendas de que ese en concreto a mí me dolía muchísimo, pero al menos quería saber si iba sanando esas heridas que aún tenía y que llevaría tiempo que cicatrizaran.

—Cuesta mucho dejar atrás lo que tanto se amó, pero es verdad que voy progresando y dándome cuenta de cuánto daño no solo me estaba haciendo a mí, sino a mi hija.

—Eso dijiste la otra vez.

—Pero ahora tuvo consecuencias y las palabras que me dijo la peque me llegaron al alma.

—El amor duele y te dolerá por mucho tiempo, pero eres un tipo listo con un trabajo increíble, por no hablar de los negocios que también tienes, solo debes utilizar la inteligencia para aplicar todo y que no afecte a lo más valioso que tienes, tu hija. No sabes la suerte que tienes de tener tu familia y a tu hija.

—Lo sé, soy consciente de que no soy el hombre que era hace seis años; risueño, mujeriego, fiestero...

—¿La llegada de Alexandra a tu vida es la que te hizo cambiar? —lo preguntaba porque eso era algo que solía pasar.

Cuando uno se convertía en padre o madre, su vida daba tal giro que, la persona que una vez fue, cambiaba por completo.

—La muerte de su madre fue el principio de todo, a mí aquello me desbastó, era como una hermana pequeña a la que adoraba y protegía por encima de todo. Ahí comencé a tornarme las cosas más en serio. Luego la aparición de Carla y todos los altibajos a los que me ha sometido.

»Todo eso me absorbió la alegría que antes tenía en mi vida, si bien es cierto que con Alexandra tengo muchos momentos de felicidad, cada día a su forma lo es, pero no he sabido gestionar ni mis emociones, ni mis sentimientos, ni mi figura como padre. —Sus ojos estaban vidriosos.

»Desde Carla no hubo nadie hasta ti —sonrió de medio lado—. Es más, me llamaste mucho la atención y me sentí completamente seducido y, además, pensaba que ella jamás iba a regresar. Sabía que la amaba, pero también de algún modo buscaba darme una oportunidad para la que no estaba preparado, y por mucho que hiciera, Carla siempre estaba en mi mente y apareció de nuevo por mi vida. Es como si todo lo que hiciera se tornase en mi

contra para que no pudiera avanzar.

—No sé si reírme, llorar o echarme una copa de vino —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Nos echamos una copita?

—Sí, por favor, doble —sonreí.

Muchas veces no es necesario seguir con una conversación para entenderla suficientemente y es lo que me pasaba con Jorge. Dejando atrás mis rabietas por las situaciones injustas, me ponía en su lugar y posiblemente yo también hubiera hecho lo mismo.

▷ A fin de cuentas, ¿qué no hace una persona por amor?

Cualquier cosa, y más cuando ese amor creemos que es el verdadero, que la persona por la que arriesgamos todo será esa con quien compartamos el resto de nuestra vida, en lo bueno y en lo malo, siempre juntos.

Él estaba en un duelo para terminar de soltar a la mujer de la que estaba completamente enamorado, de repente aparecí yo, le atraje, ¿y por qué no disfrutar de una noche de pasión? Él no me prometió la luna y aunque no me habló de ella, ¿qué obligación tenía de hacerlo en esos momentos?

Eso mirándolo desde su punto de vista e intentando ponerme en su lugar. Luego estaba el mío, me sentía dolida, como si se hubiera reído de mí y luego para colmo me mete en su empresa y casualmente ella regresa, habla con Francisco y le dice que me arrastre a ese lugar, además de ahora tener la información de que ella no solo estuvo con él y el marido, también hubo un tercero en discordia.

¿Sería Jorge consciente de eso? ¿Sabría que esa mujer a la que tanto amaba había estado con alguien más además de él?

Si no lo sabía, y se enteraba en algún momento, no podía imaginar el dolor que se añadiría a todo el que sentía.

contra para que no pudiera avanzar.

—No sé si reírme, llorar o echarme una copa de vino —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Nos echamos una copita?

—Sí, por favor, doble —sonreí.

Muchas veces no es necesario seguir con una conversación para entenderla suficientemente y es lo que me pasaba con Jorge. Dejando atrás mis rabietas por las situaciones injustas, me ponía en su lugar y posiblemente yo también hubiera hecho lo mismo.

A fin de cuentas, ¿qué no hace una persona por amor?

Cualquier cosa, y más cuando ese amor creemos que es el verdadero, que la persona por la que arriesgamos todo será esa con quien compartamos el resto de nuestra vida, en lo bueno y en lo malo, siempre juntos.

Él estaba en un duelo para terminar de soltar a la mujer de la que estaba completamente enamorado, de repente aparecí yo, le atraje, ¿y por qué no disfrutar de una noche de pasión? Él no me prometió la luna y aunque no me habló de ella, ¿qué obligación tenía de hacerlo en esos momentos?

Eso mirándolo desde su punto de vista e intentando ponerme en su lugar. Luego estaba el mío, me sentía dolida, como si se hubiera reído de mí y luego para colmo me mete en su empresa y casualmente ella regresa, habla con Francisco y le dice que me arrastre a ese lugar, además de ahora tener la información de que ella no solo estuvo con él y el marido, también hubo un tercero en discordia.

¿Sería Jorge consciente de eso? ¿Sabría que esa mujer a la que tanto amaba había estado con alguien más además de él?

Si no lo sabía, y se enteraba en algún momento, no podía imaginar el dolor que se añadiría a todo el que sentía.

Capítulo 28



Habíamos preparado la mesa después de una mañana entre fogones mientras la peque iba enseñándome lo que estaba haciendo de deberes. Me dejaba impresionada la habilidad que tenía para quedarse con las letras y formar las palabras.

Jorge había estado muy hablador, lo había notado con ganas de desahogarse y explicar, de algún modo, todo aquello que le pasaba y que yo intentaba comprender. Mi abuela me había inculcado siempre que me pusiera en el lugar de la otra persona y eso hacía, aunque por mi parte estuviera sufriendo por el amor que sentía hacia él.

Porque es duro escuchar a la persona por quien tienes unos sentimientos tan fuertes hablarte de ese amor que sintió, y aún sentía, hacia alguien que no eres tú.

Yo le quería y él quería a otra, un clásico en algunas canciones, y estaba segura de que, si alguien conociera mi historia, haría todo un hit con ella.

Las costillas habían salido de lo más jugosas y tuvimos que felicitarlo tanto la pequeña como yo, pero la ensaladilla rusa tampoco se quedó atrás, repitieron y todo.

De fondo, las noticias donde se advirtió del fuerte temporal de nieve que azotaría los tres siguientes días a la zona y es que ya se notaba, estaba nevando muchísimo, buena prueba de ello es que Jorge lo sabía y por eso trajo varias teleras de pan de campo que duraban varios días, además de panes tipos sándwich y demás. Todo para no tener que salir con ese temporal.

—¿Va a estar nevando todo el tiempo, papá? —preguntó Alexandra mirando por la ventana.

—Pues esperemos que en algún momento pare, no sea que ni salir por la puerta podamos —sonrió.

—¡Hala! ¿Y si nos quedamos aquí atrapados? ¿Podríamos vivir los tres juntos en la cabaña para siempre?

—Ay, cariño, para siempre tampoco —reí—. Que la nieve se derretiría y podríamos salir.

—Pues que no se derrita, y nos quedamos. Me gusta esta cabaña.

Bendita inocencia que los niños tenían, esa que a veces perdían a una edad demasiado temprana y que, en la época adulta, era completamente inexistente.

Salvo en el caso de personas cuya confianza en otros seres humanos porque no tenían maldad alguna, esa inocencia seguía viva como una pequeña llamita que se negaba a extinguirse.

Después de comer y ya cuando nos habíamos preparado un cafelito y la peque se había ido al cuarto a ver en la Tablet unos dibujitos en la cama, me entró un mensaje que en cierto modo algo me decía que llegaría en cualquier momento.

Francisco:

¿Qué tal llevas el alto en el camino? ¿Pensándote lo de cenar conmigo? Te ofrezco un trato; si aceptas la cena, te traigo durante una semana el cafelito con un dulce para merendar. ¿No me digas que no es justo?

Johana:

Mirándolo así, lo parece. Pero hasta la semana que viene no regreso, estoy fuera, de todas maneras, no te prometo nada.

Francisco:

Lo estás dudando. Me gusta...

Miré hacia el otro sofá y me encontré a Jorge durmiendo, literalmente, se había tomado el café, se puso cómodo y se quedó frito.

Yo hice lo mismo, se estaba muy bien frente a la chimenea y me apetecía un poco cerrar los ojos.

Y de nuevo en ese mundo de sueños, aparecía él.

Su mirada, su sonrisa, y el modo en el que parecía estar cambiando su forma de ser conmigo. Tal vez era solo que quería mostrarse cordial delante de la niña, no estropearle a ella ese viaje que tanta ilusión le había hecho compartir con nosotros y meterse en el papel de hija de una familia feliz.

Me levanté y di un sobresalto al ver a la pequeña de pie a mi lado mirándome fijamente.

—Me has asustado. —Me puse la mano en el pecho.

—Lo siento, es que no quería molestar, pero estaba esperando a que te levantas.

—Impresiona, a mí me lo hace muchas veces —dijo Jorge volviendo a la vida.

1

—Papá, pero tú roncas.

—Gracias, hija, por venderme tan bien.

La pequeña se reía mirándome. Me abracé a ella antes de levantarme para preparar la merienda. Alexandra no es que comiera mucho, para nada, comía muy bien, pero a sus horas, era como un reloj programado para las cuatro comidas del día.

Jorge se vino conmigo a ayudarme y en un momento dado noté como si me agarrase de manera más cariñosa de lo normal la cintura para pasar, seguro que eran cosas mías a causa del revuelo de sentimientos que tenía hacia él.

—Huele muy bien por aquí —dijo muy cerca de mí, y como estaba colocando unos bollitos en el plato para la merienda, sonreí porque tenía razón.

—Estos dulces siempre huelen así.

—No me refería a los dulces —murmuró a escasos centímetros de mi oído, y eso hizo que me recorriera un escalofrío por todo el cuerpo.

Le miré por encima del hombro y ahí estaba su sonrisa de medio lado. Le vi llevarse un bollito a la boca mientras me observaba, tragué con fuerza, y de nuevo, como el día del pan y mis lentejas, mi mente se fue llevando los labios de Jorge a alguna parte de mi cuerpo que saborearía como a ese maldito bollito.

Dios mío, la lectura de algunas escenas me estaba haciendo perderme en pensamientos con Jorge que me provocaban mil sensaciones diferentes.

—Están dulces, pero he probado cosas mucho más dulces —dijo con esa mirada que me estaba matando.

Cuando se fue hacia el salón comprendí que, de cosas mías, naranjitas de la China, que ese hombre me insinuaba cosas y yo no estaba soñándolas.

Nos acomodamos en los sofás para merendar y Alexandra dijo que si podríamos salir a la nieve cuando esta dejara de caer, cosa que tanto a su padre como a mí nos pareció bien.

—Solo falta que pare un poco, y podemos salir a tirarnos bolas de nieve —dije.

—Se las podemos tirar a papá, a ver si las esquiva.

—Hija mía, me agrada saber que me quieres tanto como para molarme a bolazos de nieve. —Jorge volteó los ojos

y ella se cubrió la boca mientras se le escapaba esa risilla.

Y en ese momento, cuando la miré a los ojos, supe que aquello, además del que se hubiera escapado de casa dándonos a todos un susto de muerte, iba a ser una pequeña venganza por haberla hecho pasar por los chillidos de la bruja.

La pequeña se puso a dibujar después de merendar y yo a leer un poco de la serie de *La Tentazione*, estaba de lo más picada con esos libros que me estaban dejando sin aliento.

Jorge estaba trabajando con el ordenador ya que tenía muchas cosas que hacer y es que lo de ser analista no era moco de pavo, lo de la empresa de la asesoría según me dijo la montó para que su hermano arrancase en lo que había estudiado.

De vez en cuando se levantaba a por agua, o a por un té, ese que también me traía a mí y me sacaba una sonrisa, incluso le vi aparecer con unos frutos secos en un par de cuencos y me dejó uno a mí, y aprovechaba para echar un vistazo por encima del libro a lo que estaba leyendo.

Una de esas veces me pilló en una escena que me tenía hasta con sofocos, y cuando leyó en voz alta, por Dios que me entraron sudores.

—Veo que tienes una lectura muy interesante entre manos —dijo apoyándose con las suyas en el sofá, y quedando muy cerca de mi rostro—. Por no hablar del rubor en tus mejillas. ¿Sientes curiosidad por hacer algo de eso?

—No —respondí como pude, y él dejó escapar una risa ronca antes de alejarse.

Ya podía haber leído un párrafo donde la chica estaba riéndose por alguna de las locuras de sus amigos.

Me pasé toda la tarde sumergida en la lectura hasta la cena en que preparamos un par de pizzas que hicimos grandes y nos sentamos a disfrutarlas riendo a carcajadas con la pequeña que se había hecho un lío muy grande con la z y la s. Por muchos ejemplos que le pusimos fue en vano, se quedó dormida en el sofá sin entenderlo y esc que era muy lista, pero estaba segura de que lo pillaría pronto.

Cuando llevó a la niña a dormir nos quedamos tomando un té que había hecho de unas esencias que daban un toque de vainilla y que estaba delicioso.

—Esa niña tiene devoción contigo, jamás la vi así con nadie —dijo tras dar un sorbo a su taza.

—Le doy mucho juego y le tomo mucha importancia a sus palabras y eso para ella la hace sentirse especial.

—Sinceramente, muchas veces pienso que la felicidad que tiene desde que llegaste no es la misma que tenía antes

;

—La niña es feliz contigo, Jorge, el problema es que tú has estado con la cabeza en otro sitio, pero Alexandra te ama. Además, las mujeres nos entendemos mejor entre nosotras a pesar de que siempre exista el mito de las rivalidades, pero nada que ver con los lazos que se forman con los pequeños.

—Debe ser eso, me encantaría ser como tú.

—¿Como yo? —me reí extrañada.

—Sí, tener la perspicacia que tú tienes. No sé si me explico, a ver, yo sé que soy muy espontáneo y me dejo la piel en jugar con ella y eso, pero no es lo mismo que tú.

—Es el instinto de la mujer, no te preocupes por eso, lo estás haciendo muy bien y por esa niña diste tu vida.

—Siempre me parece poco...

n

Estuvimos un ratito charlando antes de irnos a dormir y de nuevo me hizo un gesto para que me metiera en su cama.

,

—Ni loca... No me la juego más —sonreí metiéndome en la de la niña.

³Él sonrió al tiempo que negaba, resignado a pasar una segunda noche durmiendo solo en esa cama tan grande.

)

.

—La niña es feliz contigo, Jorge, el problema es que tú has estado con la cabeza en otro sitio, pero Alexandra te ama. Además, las mujeres nos entendemos mejor entre nosotras a pesar de que siempre exista el mito de las rivalidades, pero nada que ver con los lazos que se forman con los pequeños.

—Debe ser eso, me encantaría ser como tú.

—¿Como yo? —me reí extrañada.

—Sí, tener la perspicacia que tú tienes. No sé si me explico, a ver, yo sé que soy muy espontáneo y me dejo la piel en jugar con ella y eso, pero no es lo mismo que tú.

—Es el instinto de la mujer, no te preocupes por eso, lo estás haciendo muy bien y por esa niña diste tu vida.

—Siempre me parece poco...

Estuvimos un ratito charlando antes de irnos a dormir y de nuevo me hizo un gesto para que me metiera en su cama.

—Ni loca... No me la juego más —sonreí metiéndome en la de la niña.

Él sonrió al tiempo que negaba, resignado a pasar una segunda noche durmiendo solo en esa cama tan grande.

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

—Cariño, estás soñando. —La abracé y senté sobre mi regazo.

—Es solo una pesadilla, eso no pasará, mi vida —le dijo Jorge con cara de preocupación y acercándose a ella.

—Nunca más, mi vida, te lo prometo. —La abrazó y quitó mis manos para que él la cogiera y abrazara.

Yo era prueba de ello, al haber sido testigo del acto más atroz que un ser humano podía cometer, asesinando a otro.

Y no, la bruja como la llamaba la niña no había llegado a ese extremo, pero sí que con su actitud y chillar estando ella delante, había causado que la pobre tuviera esos malos sueños.

A Carla le estaba cogiendo un asco impresionante, no sé qué haría si la tuviera delante, pero nada bueno, a pesar de ser una chica de lo más tranquila, pero todo esto me estaba superando.

—¿Más calmada mi niña? —pregunté poniendo todo sobre la mesa.

—Sí, mamá Johana, pero lo he pasado mal, pensé que era de verdad.

—Es lo que tienen los sueños que se vuelven pesadillas y lo vives como si te estuviera pasando en ese momento. No tienes nada que temer, nadie va a permitir que te pase nada feo, cariño mío. —Le di un beso en la mejilla.

En cuanto me senté se vino hacia a mí para abrazarme, era como si yo, además de su padre, fuera ese lugar en el que sentirse segura, donde nada malo podría pasarle.

Y yo haría lo que estuviera en mi mano para calmar sus miedos, y que su preciosa sonrisa no dejara nunca de brillar.

Se sentó en el sofá de nuevo y se tomó el desayuno viendo los dibujos que yo le había puesto.

Jorge desayunó con el portátil mientras trabajaba y yo hablaba con la pequeña a la que fui animando poco a poco, además le prometí que íbamos a hacer un muñeco de nieve fuera un poco más tarde, cosa que la emocionó muchísimo.

Me había entrado un mensaje nuevo y me estaba temiendo de quién era.

Francisco:

Qué rollo son las oficinas por la tarde sin ti. ¿Entonces la semana que viene, el viernes, iremos a cenar? Voy a reservar en un mexicano nuevo del que me han hablado muy bien. Feliz día.

Sonreí y es que, aunque no quisiera me estaba causando una gracia increíble su insistencia. Se me ocurrió contestarle algo gracioso y es que a mí nada me ataba a hacerlo. Jamás me había visto en un juego de mensajes así. Obviamente que solo sentía curiosidad por ese afán que tenía de quedar conmigo, solo eso, mi corazón estaba en otra dirección inequívoca, pero ahí, deseando salir de ese amor que no era correspondido.

Johana:

A ver, que yo me entere... La semana que viene me vas a traer a la recepción todos los días un café acompañado de un pastel. ¿Con solo eso quieres conseguir una cita?

Francisco:

No, no, que yo soy de sorprender, tú solo confírmame la cita.

Johana:

No, por supuesto que no, no me has terminado de convencer.

—¿De qué te ríes? —preguntó Alexandra mirándome con curiosidad.

—Mi amiga, que me está contando una cosa —le mentí a la pequeña porque no tenía de otra, no le iba a explicar esto de los mensajes que estaba teniendo con mi compañero de trabajo.

Francisco:

¿Y si te digo que una de las tardes te regalo una *pizza* del italiano más famoso para que la disfrutes en tu casa plácidamente después de una jornada laboral?

Johana:

Eso son palabras mayores, casi que lo estás consiguiendo, pero vas a tener que tirar más alto.

Lo busqué un poquito con eso, pero bueno, que no iba a perder nada por salir a cenar con él una noche, además que me iba a venir bien tener un poco de vida social.

Francisco:

¿Una caja de Ferrero Rocher?

Johana:

Me acabas de convencer por completo. Dalo por hecho.

Francisco:

Pero quedan muchos días, no sé cómo aguantaré sin verte hasta el lunes.

Me tiré un selfi sacando la lengua y se la envié.

Francisco:

Bueno, bueno, bueno, eso sí que no me lo esperaba. Así será más fácil de aguantar.

Sonreí y me puse a preparar la comida, la verdad es que como decía mi abuela; a nadie le amargaba un dulce.

Mientras yo estaba en la cocina, Alexandra se quedó en el sofá estudiando, como ella decía. Ya había conseguido escribir algunas palabras más, y esa mañana le pedí que escribiera los números con letras que yo le había preparado en su cuaderno, del uno al cinco.

Jorge hizo algunas breves paradas para coger alguna cosa en la cocina, excusas a mi modo de ver, puesto que, así como quien no quería, me rozaba con su mano la mía de manera disimulada, o en el brazo, o en la cadera. Por no hablar del momento en el que, cuando me disponía a probar el caldo de las lentejas, él cogió un pedacito de pan y

lo mojó para llevárselo a la boca.

—¿Da su aprobación? —pregunté arqueando la ceja.

—Absolutamente. Está tan rico y apetecible como la primera vez que lo probé.

Ahí estaba de nuevo su doble sentido, porque eso sin duda era un doble sentido de manual, no me estaba imaginando nada, ¿verdad?

O sí, o es que me estaba volviendo completamente loca.

Necesitaba una charla de chicas con Clara, urgentemente.

Jorge regresó al trabajo, yo dejé las lentejas a fuego lento y salí con la pequeña a hacer el muñeco de nieve al que le pusimos una zanahoria como nariz y unas galletas en los ojos, cómo no, la bufanda que yo había traído y un sombrero de paja que había en la casa.

Jorge apareció y nos hizo un montón de fotos para las que la niña posaba con una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba preciosa con el gorro de lana de color rosa que se había puesto.

En un descuido de su padre, la vi agacharse y comenzar a hacer una bola de nieve.

—Alexandra, no —murmuré, ella me miró y le salió esa risilla de diablilla que tanto me preocupaba.

—Han quedado una fotos preciosas —dijo Jorge, que seguía mirando el móvil ajeno a las ideas que le pasaban a su pequeña por la cabeza.

Hasta que en un momento dado... ¡zas! La bola de nieve le dio en la cabeza.

Menuda puntería tenía la niña con lo pequeña que era.

—Pero bueno, ¿y eso qué ha sido? —preguntó guardándose el móvil en el bolsillo.

—¿El qué papá? —Dios, los de Disney podrían plantearse contratar a esta niña como actriz, y se llevaría un Oscar a la mejor interpretación, seguro.

—¿Cómo que el qué? El señor bolazo de nieve que me acabo de llevar.

—¿Te ha caído una bola de nieve? —preguntó con sorpresa.

—Alexandra, sé que has sido tú. —La señaló el padre.

—No, no; ha sido mamá, Johana.

—¿Qué? Tendrás morro. Desde luego, me estás dejando vendida, hija.

—La que tenga las manos coloradas es la que me ha tirado la bola —dijo Jorge, y la niña, en su bendita inocencia se miró las manos aun sabiendo que llevaba guantes—. Ajá, sabía que habías sido tú.

—No, no, papá, que no he sido, de verdad de la buena —iba diciendo mientras el padre terminaba de dar forma a una bola de nieve entre sus manos—. Mamá Johana, ayúdame.

—Lo siento, pero tendrás que aceptar que has perdido la... —¡Zas! Bolazo en la cabeza que me llevé—. ¿Y eso a qué ha venido? —grité mirando a Jorge, que estaba con las manos en los bolsillos, silbando y mirando disimuladamente al cielo.

—No sé de qué me hablas. —Se encogió de hombros.

—Así que, esas tenemos. —Me agaché y cogí un buen puñado de nieve, esa misma que le lancé a él, pero la esquivó.

No tardó Alexandra en hacer otra bola y lanzársela a él, pero yo no me libré de esa pequeña diablilla puesto que la siguiente, me la tiró a mí en toda la cara.

Cómo sería aquella guerra de bolas de nieve, que acabamos los tres tirados en aquel manto blanco muertos de risa

La niña y yo hicimos angelitos, Jorge nos grabó y dimos el momento de juegos por terminado para entrar en la cabaña porque de nuevo comenzaba a nevar fuertemente.

Nos quitamos los abrigos y los pusimos a secar frente a la chimenea, lo mismo que hicimos con la ropa después de darnos una ducha calentita cada uno y ponernos un pijama para pasar el resto del día cómodos.

Nos preparamos para comer y después, mientras nosotros nos tomábamos un café, Alexandra se quedó dormida en el sofá acurrucada a mi lado.

Su padre la cubrió con una manta y yo me acomodé para seguir con la lectura.

Durante todo el día observé que Jorge como que me miraba mucho más de lo normal, seguramente serían cosas más que al tenerlo tan presente en todo momento me estaba produciendo alucinaciones.

Pero entonces recordaba el momento en la cocina de esa mañana y... Definitivamente tenía que hablar con Clara, había señales que a mí se me escapaban y posiblemente ella pudiera arrojar luz a mis dudas.

Alexandra se despertó para la merienda, desde luego esa niña no perdonaba sus horas de comida y era como un reloj, qué puntualidad para pedir que le llenáramos el estómago.

Después de merendar se quedó viendo los dibujos y Jorge continuó trabajando mientras yo dejaba todo preparado para cenar unas empanadillas y una ensalada.

—¿Un vinito? —preguntó Jorge mientras terminaba de formar las empanadas.

—¿Ya has acabado el trabajo?

—Sí, por hoy sí.

No me dio opción a contestar si quería vino, cuando ya me estaba llenando la copa. Me la entregó, se quedó mirándome y acercó la suya para chocarla contra la mía.

No dijo nada, no mencionó motivo alguno por el que brindar, pero por el modo en el que sonreía, estaba segura de que él lo había hecho en su mente.

Cenamos y tras recoger todo y tomarnos un té nosotros y un vaso de leche ella, decidimos dar el día por terminado.

Y como no podía ser de otra forma, Jorge hizo otro intento fallido de ofrecermelo que durmiese con él.

.

e

n

Pero entonces recordaba el momento en la cocina de esa mañana y... Definitivamente tenía que hablar con Clara, había señales que a mí se me escapaban y posiblemente ella pudiera arrojar luz a mis dudas.

Alexandra se despertó para la merienda, desde luego esa niña no perdonaba sus horas de comida y era como un reloj, qué puntualidad para pedir que le llenáramos el estómago.

Después de merendar se quedó viendo los dibujos y Jorge continuó trabajando mientras yo dejaba todo preparado para cenar unas empanadillas y una ensalada.

—¿Un vinito? —preguntó Jorge mientras terminaba de formar las empanadas.

—¿Ya has acabado el trabajo?

—Sí, por hoy sí.

No me dio opción a contestar si quería vino, cuando ya me estaba llenando la copa. Me la entregó, se quedó mirándome y acercó la suya para chocarla contra la mía.

No dijo nada, no mencionó motivo alguno por el que brindar, pero por el modo en el que sonreía, estaba segura de que él lo había hecho en su mente.

Cenamos y tras recoger todo y tomarnos un té nosotros y un vaso de leche ella, decidimos dar el día por terminado.

Y como no podía ser de otra forma, Jorge hizo otro intento fallido de ofrecerme que durmiese con él.

Capítulo 30



Jueves por la mañana y los días volaban en esa cabaña que, a pesar de todo, me estaba dando una paz increíble en mi vida. Era la primera vez que hacía una escapada y de alguna manera esta estaba siendo muy especial.

La pequeña me miró sonriente cuando vio que me moví y me dio un abrazo. La dulzura que desprendía y el amor que emanaba provenía de un pequeño gran corazón que envolvía todo su ser, para mí Alexandra era la inocencia fresca llena de sentimientos.

—No tuve sueños hoy —dijo recostada mirándome.

—No, cariño —sonreí—. Ya te dije que poco a poco, dejarías de tenerlos.

—La bruja no sería nunca una buena mamá, chilla mucho.

—Tal vez la pobre tenga un problema de oído y por eso chilla, porque no se escucha. —Quise quitarle hierro al asunto, y ella me miró con la ceja arqueada como diciendo que sí, que la bruja chillaba porque estaba sorda—. Entonces, ¿has dormido bien?

—Sí. ¿Quieres saber lo que he soñado?

—Si tú quieres contármelo, sí.

—Que la bruja nunca existió, y tú sí —sonrió.

—Ay, mi niña. —La abracé y me la comí a besos—. ¿Sabes? A mi abuela le habría encantado conocerte.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí, y estoy segura de que te habría tenido en la cocina todas las tardes haciendo galletas.

—¿Tú las hacías con ella?

—Sí, muchos sábados hacíamos galletas para tener para merendar el fin de semana.

—¿Y podemos hacer galletas hoy?

—Tendría que mirar si hay todos los ingredientes. Si no, los hacemos otro día en mi casa.

—¡Sí! Y así me quedo a dormir contigo, que me gusta mucho tu casa.

Nos levantamos sabiendo que Jorge debía estar en el salón, ya me había dicho que se levantaría temprano para trabajar.

—¡Papá! —la pequeña corrió hacia él al verle sentado con el portátil.

—Buenos días, Jorge.

—Buenos días, Johana —medio sonrió mientras abrazaba a su hija.

—Voy preparando los cafés y el desayuno.

—Y mi Cola Cao.

—Eso lo primero —le sonreí e hice una burla.

Miré el móvil y tenía un mensaje, sonreí y me precipité a abrirlo.

Francisco:

Ya he comprado la caja de bombones y de la grandes. ¿Qué tal, preciosa?

Feliz día.

Johana:

Bien, gracias. ¿Y tú? Con lo de los bombones has conseguido que se me haga la boca agua.

Jorge apareció por la cocina para ayudarme y dejé el móvil de lado, luego miraría su mensaje porque estaba segura de que Francisco no dejaría la conversación ahí y, además, le había preguntado cómo estaba.

—¿Todo bien? —preguntó al ver que soltaba el móvil.

—Sí, un mensaje de mi amiga. ¿Cómo va el trabajo?

—Bien, espero no tener que pasarme el día pegado al portátil.

—Es lo que tiene trabajar desde casa, que acabas muchas horas metido en ello. Pero como ventaja te diré, que mira dónde estás —sonreí—. Si trabajaras en una oficina no podrías haberte cogido estos días para hacer un viaje con tu hija.

—Y contigo —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—Me has traído para cuidar de la niña.

—No es así, y lo sabes —murmuró, y sentí el calor de su aliento como una leve caricia en el cuello.

Llevamos todo al salón donde nos esperaba la niña con una sonrisa y los dibujos puestos.

Mientras nos tomábamos el café y aquellas tostadas que me supieron a gloria, sentía la mirada de Jorge sobre mí.

No tenía duda de que en esos días estaba mucho más cercano, más misterioso incluso con ese modo de actuar.

Fue cuando terminamos el desayuno y recogimos las cosas que aproveché para coger el móvil y comprobar que tenía un nuevo mensaje, además la pequeña seguía viendo los dibujitos y el padre había vuelto al trabajo.

Francisco:

Yo inmensamente feliz de tener una cita contigo...

Johana:

Me siento halagada.

Francisco:

Te sentirás la princesa de mi cuento...

Me sacó una risilla que no pude reprimir y vi que Jorge me miró, disimulé con el móvil y la verdad es que Francisco, pese a no tener sentimientos hacia él, me estaba ganando con su desparpajo y salero.

En cuanto recogí todo lo del desayuno aproveché para ir a la habitación y llamar a Clara, a quien le había preguntado si tenía un momento para hablar y me contestó que sí.

—¿Qué tal tu viaje? —preguntó cuando descolgó.

—Raro.

—¿Raro? Madre mía, Johanita, lo tendrías que estar disfrutando.

—Y lo hago, sobre todo con la niña.

—¿Qué hay del papá?

—Eso es lo raro —suspiré y le conté lo de las miradas, los roces, las sonrisas y esas insinuaciones, así como los silencios en los que parecía que Jorge pensara algo que no podía compartir conmigo—. Sin olvidarnos, por supuesto, de sus intentos para que me fuese a dormir con él en vez de con la niña.

—Pues a ver, que igual quiere un acercamiento o algo.

—¿Un acercamiento como la otra vez? Porque Clara, yo no sé si podría soportar entregarle todo de mí de nuevo, y que después...

—Pues no lo pienses, Johana. Vive estos días con él y la niña como lo que es, un viaje para desconectar de todo lo que os ha estado rodeando, y que sea el principio de una bonita y feliz amistad.

—Jamás creí que enamorarse podría ser tan complicado y doloroso —admití.

—Así es el primer amor, y mi madre solía decir que ese nunca se olvida.

—Pues me estás dando unos ánimos...

—Oye, tengo que volver al trabajo que van a pensar que soy adicta al café o algo así.

—Clara, eres adicta al café —reí.

—¿Sí? No, para nada. Disfruta, Johana, solo eso. Te quiero.

—Y yo.

Colgué con un suspiro y regresé a la cocina, donde me dispuse a coger todo lo necesario para la comida de ese día.

Jorge vino a la cocina a preparar un cocido conmigo, me había quedado impresionada con la cantidad de ingredientes que había comprado, iba a salir un señor cocido.

—Te noto rara, más risueña y lo sueles hacer cuando miras el móvil...

—¿Sí? Será por los videos y cosas que veo —mentí porque no estaba dispuesta a contarle nada, más que nada, porque no tenía que hacerlo y porque no tenía nada con Francisco, más que una cita y unos intercambios de

mensajes que me hacían gracia, para qué me iba a mentir.

—Me gusta verte feliz y sonriente —dijo mientras sonreía y me acarició la mejilla, algo que no me esperaba para nada.

—Gracias, Jorge.

—¿Un abrazo? —propuso con los suyos extendidos.

—Sí, pero que corra el aire que no me fio de ti. —Lo abracé bien fuerte.

Pese a mis sentimientos he de reconocer que le tenía un cariño infinito, era el padre de la niña de mis ojos y no era mala persona, solo que conmigo no fue como a mí me hubiera gustado y, para ser sincera, también se había preocupado en que yo tuviera otro trabajo, un gesto que me enfadó al descubrirlo, pero luego para ser sincera conmigo misma, era muy bonito.

Noté cómo la piel se me erizó cuando me rodeó con una mano por la espalda y con la otra acariciaba mi cabeza de manera distraída, me sentía ese momento como en una nube, en el que quería que el mundo se parase y que él lo sintiera como lo estaba sintiendo yo.

Si tan solo pudiera hacer eso, detener el tiempo unos minutos para quedarme con ese momento en la memoria para siempre.

Me sentía bien entre sus brazos, escuchando el latido pausado y sereno de su corazón y con el aroma de su perfume que tanto me gustaba.

—Te he cogido más cariño del que te imaginas, Johana —me dijo sin soltarme, pero me dio un beso en la frente —. Eres una mujer muy completa y con una educación infinita, estoy muy feliz de haberte conocido y ojalá lo hubiera hecho en otro momento.

—Bueno, no nos vayamos a poner sentimentales que yo soy de lágrima fácil.

—¿Me das un beso? —preguntó, cerré los ojos mientras me mantenía en ese abrazo, respiré hondo y cedí, porque ¿qué tenía de malo darle un beso?

—Claro. —Me fui hacia su mejilla y tuvo un acto rápido y mi beso cayó en sus labios—. Jorge, no me hagas eso —protesté con un ápice de tristeza.

—Perdón... —Se separó y siguió cortando la verdura.

Ese perdón fue con una media sonrisa, él se había salido con su cometido y no entendía a qué pretendía jugar.

Se pasó toda la mañana haciéndome guiños y mirándome con una complicidad desconocida hasta ahora. Bueno, que la noche en la que me acosté con él hubo mucha, pero luego, por norma general, era un hombre un tanto distante, aparentemente frío.

Comimos y Alexandra dijo que se iba a la cama a ver una película ella sola, momento en el que Jorge y yo nos preparamos un café para tomarlo en el sofá.

Él cogió el portátil y siguió trabajando, mientras yo me zambullí de lleno en la lectura de esos últimos capítulo de segundo libro de la serie.

1 Menos mal que había sido previsora y metí en la bolsa también el tercero por si acababa con ese.

Alexandra nos pidió la merienda, tomamos unos dulces con el café y su leche, y cada uno regresó a lo que hacía, ella a ver otra película, Jorge a trabajar, y yo a continuar con la lectura hasta terminarla.

2 —¿Ya lo has acabado? —preguntó Jorge, quien no me había quitado ojo de encima en todo el tiempo.

—Sí —sonreí tras dejarlo en la mesa.

3 Eso sí, tenía un poquito de malestar en el cuello, y cuando lo hice girar un poco, Jorge dejó el portátil en la mesa y se acercó para sentarse a mi lado.

—Deja, que te alivio un poco —dijo apoyando ambas manos en mi cuello y comenzó a masajearlo.

—No hace falta, estoy bien.

Pero no me hizo caso, se limitó a seguir con sus fuertes manos trabajando en mi cuello.

Y yo solo rezaba para que aquellos toques de las yemas de sus dedos, que sentía como plumas acariciando mi piel no me hicieran sentir algo más que alivio por cómo me destensaba los músculos.

—Tienes una piel muy suave —comentó con la voz ligeramente ronca, y yo ahí vi un poquito de peligro.

—Ya estoy mejor, gracias —sonreí mirándole por encima del hombro y me levanté para ir a preparar unos sándwiches mixtos con patatas para la cena.

Alexandra llegó al salón siguiendo el olor de estos, respiró hondo al llegar y soltó el aire con un suspiro.

—¿Cómo sabías que iba a querer sándwiches mixtos, mamá Johana?

—Será que te voy conociendo bien, princesa —sonreí pellizcándole la mejilla.

Durante la cena puso una película que quería que viéramos con ella, pero no llegó a ver el final puesto que se acabó quedando dormida después de su vaso de leche con la cabeza en mi falda.

Apagamos todo, Jorge la cogió en brazos para llevarla a la cama y en cuanto la metió, se quedó mirándome con una sonrisa de medio lado y la ceja arqueada.

l Sabía que esperaba a ver si me decidía a dormir con él esa noche, pero me limité a negar sin que tuviera que hacer la pregunta.

—Johana.

—Buenas noches, Jorge —murmuré y me metí en la cama con la niña, que no tardó en acurrucarse en mis brazos.

Le escuché meterse en la cama y a pesar de estar un poco cansada, no cogí el sueño pronto.

No sabía a qué venía esa insistencia de Jorge de que durmiera con él, de verdad que no lo entendía.

Además, ¿qué creía que iba a pensar la niña al vernos al despertar? ¿Qué respuesta le daría si preguntaba por qué / había dormido con él, y no con ella? ¿Le mentiría diciendo que había tenido una pesadilla y que me fui con él para calmarlo?

Dios mío, seguro que la pobre se lo acabaría creyendo, y yo me sentiría la peor madre del mundo por la mentira descarada de su padre.

Suspiré, le escuché a él moverse y supe que me estaba mirando.

Cerré los ojos y procuré olvidarme de todo, necesitaba hacerlo.

,

—Será que te voy conociendo bien, princesa —sonreí pellizcándole la mejilla.

Durante la cena puso una película que quería que viéramos con ella, pero no llegó a ver el final puesto que se acabó quedando dormida después de su vaso de leche con la cabeza en mi falda.

Apagamos todo, Jorge la cogió en brazos para llevarla a la cama y en cuanto la metió, se quedó mirándome con una sonrisa de medio lado y la ceja arqueada.

Sabía que esperaba a ver si me decidía a dormir con él esa noche, pero me limité a negar sin que tuviera que hacer la pregunta.

—Johana.

—Buenas noches, Jorge —murmuré y me metí en la cama con la niña, que no tardó en acurrucarse en mis brazos.

Le escuché meterse en la cama y a pesar de estar un poco cansada, no cogí el sueño pronto.

No sabía a qué venía esa insistencia de Jorge de que durmiera con él, de verdad que no lo entendía.

Además, ¿qué creía que iba a pensar la niña al vernos al despertar? ¿Qué respuesta le daría si preguntaba por qué había dormido con él, y no con ella? ¿Le mentiría diciendo que había tenido una pesadilla y que me fui con él para calmarlo?

Dios mío, seguro que la pobre se lo acabaría creyendo, y yo me sentiría la peor madre del mundo por la mentira descarada de su padre.

Suspiré, le escuché a él moverse y supe que me estaba mirando.

Cerré los ojos y procuré olvidarme de todo, necesitaba hacerlo.

Capítulo 31



No eran ni las seis de la mañana y ya estaba en planta. No podía dormir y tenía una sensación de lo más extraña.

Me puse un café y, envuelta en una manta, me lo tomé sentada en una silla mirando por el ventanal, contemplando la nieve y ese amanecer que me saludaba.

No podía negar que estaban siendo unos días bonitos, sobre todo con la niña, pero ese cambio que había en Jorge, esas miradas...

Seguía sin entender por qué tal cambio para conmigo. Por no hablar de esa confesión de que le importaba más de lo que podía imaginarme.

¿Y ese beso que me robó a conciencia? Maldita sea si parecía que seguía sintiendo el cosquilleo en mis propios labios tras aquel leve contacto.

Fue una hora después cuando apareció Jorge.

—¿Te he despertado? —pregunté preocupada, porque había procurado no hacer ruido.

—No, no —sonrió—. Tengo que trabajar. Buenos días. —Se acercó y con ambas manos apoyadas en mis hombros, se inclinó y me besó en la mejilla.

—Buenos días —sonreí arqueando la ceja sorprendida.

—¿Por qué me miras así?

—No sé, estás un tanto diferente.

—¿Tú crees? —sonrió mientras preparaba los cafés, el segundo para mí.

—Sí, totalmente convencida —su sonrisa era un claro ejemplo de ello además de ese beso de buenos días.

Me levanté de la silla, lavé la taza del café que me había acabado, y fui a dejar la manta en el sofá mientras él me seguía hablando.

—No lo sé, pero debo de reconocer que me siento con mejor humor.

—Bueno, eso debe de ser, me alegra verte así.

—¿Lo celebramos luego con unos vinitos cuando acabe lo que tengo que enviar?

—Son las siete de la mañana.

—Acabaré sobre las once.

—Ah, vale —reí.

Nos tomamos el café juntos y lo dejé trabajando mientras me puse a preparar una salsa a la carbonara para los espaguetis que iba a hacer y que le había prometido a la pequeña. Antes de que esta se levantara ya tenía la pasta lista y unas croquetas que había preparado del cocido del día anterior.

—Buenos días, papá. Buenos días, mamá Johana. —Canturreó nada más aparecer por el salón.

—Buenos días, cariño mío. Qué fresca te has levantado hoy —reí abrazándola cuando vino hasta la cocina.

—Es que en esta cabaña se duerme muy bien. ¿Verdad que sí, papá?

—Qué vas a decir tú, enana, si duermes acompañada.

—¿Qué pasa? ¿Por dormir solito no duermes bien? —Frunció el ceño.

Le puse el desayuno en el sofá y me senté junto a ella a tomar un café, a Jorge también le había hecho uno, seguía trabajando y muy concentrado, al menos hasta ese momento en el que la niña se sentía curiosa.

—Esta noche, si quieres, sí puedo dormir contigo —dijo tras dar un bocado a una tostada—. O puede irse Johana.

En ese momento no se me salió todo el café por la boca y la nariz, porque me contuve bastante para mantener todo el líquido del sorbo que había dado dentro de mi boca.

Miré a Jorge que estaba tecleando en el portátil con una de esas sonrisillas de medio lado que tanto lucía últimamente.

Alexandra seguía comiendo como si no hubiera soltado aquella bomba, y yo... yo no sabía dónde meterme.

Por suerte, ni el padre le dio una respuesta a la niña, ni ella siguió con el tema.

Miré el móvil para ver si tenía algún mensaje, y así era.

Francisco:

Buenos días, mi niña favorita. ¿Qué tal amaneció mi princesa?

Johana:

Buenos días, Francisco. Lo de favorita me ha dejado cao.

Le di a enviar aguantando la risa ya que no quería despertar la curiosidad de los dos ojos que tenía enfrente, o sea, de Jorge.

Francisco:

Eres afortunada entre todas mis fans. ¿No te sientes dichosa de ello?

Johana:

¿A cuántas llevas a cenar al mes?

Francisco:

No, no te equivoques, que yo no me llevo a cualquiera a cenar, solo a mis preferidas, pero te acabas de coronar como la reina de todas ellas.

Johana:

Qué bonito, me he emocionado con mi ascenso de princesa a reina. Tienes mucho peligro, Francisco, que se te ve el plumero.

Solté una carcajada y levanté la cabeza encontrándome con la mirada de Jorge.

—La gente, que pone unos chistes muy buenos —murmuré para salir del paso.

—¿Qué chiste? Cuéntalo —me animó la pequeña con su vaso de leche casi vacío entre las manos.

—No, no, que estos no son para tu edad. —Quise quitarme el marrón de encima.

Francisco:

Que no, que yo soy un trocito de pan esponjoso que cruje por fuera.

Johana:

Sí, sí, y yo que me lo creo. Feliz día.

Francisco:

¿Me estás despidiendo de esa manera tan fría cuando te he comprado una caja de bombones? Qué triste...

Johana:

Un trato es un trato. Besitos.

Francisco:

Besitos los que yo te daría sin tregua. Ten un bonito día.

Recogí lo del desayuno de la peque y nuestras tazas vacías de café, y fui a la cocina a lavarlo todo.

Alexandra me siguió con su cuaderno de deberes y estuvimos buena parte de la mañana escribiendo y leyendo palabras nuevas.

—Ma. Pa —dije señalando cada sílaba.

—Mapa —sonrió.

—Bi —empecé con esa de cuatro sílabas, a ver si la conseguía leer bien.

—Bi.

—Ci.

—Ci.

—Cle —continué.

—Cle.

—Ta.

—Ta. Bicicleta —dijo y ambas sonreímos.

Era una niña tan lista y despierta, que no se hacía una idea Jorge de lo afortunado que era por tenerla en su vida.

Yo también lo era, porque si había algo que tenía claro es que no importaba si él encontraba a la mujer de su vida

y yo vivía enamorada de ese primer amor que él representaba para mí, viéndole feliz con otra mientras yo me intentaba olvidar de él, porque seguiría siendo la niñera de Alexandra hasta que la pequeña tuviera edad suficiente para no necesitar una.

Si la pasta salió buena, las croquetas estaban para rabiar. Freí dieciocho y cayeron todas, sin excepción alguna.

Cuando la pequeña se acostó a dormir la siesta, Jorge siguió llenando las copas de vino con las que habíamos comido. Como decía, eran las que no nos pudimos tomar por la mañana ya que el trabajo se le complicó hasta casi las dos de la tarde.

—Este vino entra solo, y no deberíamos beber mucho, que tenemos una hija a la que cuidar —dije señalándole.

—Tranquila, esta es la última copa, ¿no ves que ya no queda nada en la botella?

—Madre mía, somos unos malos padres —reí.

—De eso no te quepa duda por mi parte —se lamentó—. No debí permitir que Alexandra sufriera de ese modo por una mujer con la que, ahora sí, me doy cuenta de que no parecía tener intenciones de dejar a su marido por mí.

—Deja de lamentarte, Jorge, la niña te adora, te quiere con locura y te ha perdonado por eso. Disfruta de ella, que cuando se haga mayor...

—Uf, ni me lo recuerdes. Miedo me da que llegue a la adolescencia, todo el tema chicos y demás. Me dan sudores. —Se pasó la mano por la frente y me eché a reír.

La verdad es que no podía decir que no me sintiera cómoda con él en esos momentos, porque sí lo hacía.

Pero él me seguía mirando diferente, me observaba más y hasta a veces me sentía incómoda, nerviosa, era una sensación extraña, como si se le pasara algo por la cabeza. Y sonreía a menudo, lo hacía más continuamente. Su manera de hablarme también estaba cambiando, lo hacía con otros gestos más misteriosos, no sé, me estaba volviendo loca. Me ponía nerviosa, pero a la vez me sentía más visible para él. Difícil de explicar con palabras lo que los gestos transmitían.

En cuanto nos acabamos la copa de vino se puso a contestar unos correos que le habían llegado y yo cogí el tercer libro de la serie *La Tentazione* para comenzar a leerlo.

Esa primera frase de la sinopsis, no podía ser más acertada para el momento de mi vida en el que yo me encontraba.

«Cuando nuestro corazón habla, nada ni nadie puede interponerse a que amemos a una persona».

No, sin lugar a duda, mi corazón tenía claro a quién quería amar y por quién quería seguir latiendo, mientras que ese hombre seguía sintiendo algo por la mujer a la que amaba desde hacía tanto tiempo.

Quise dejar de pensar en eso y me embarqué en la lectura de una nueva historia, una con la que estaba segura de que sus protagonistas me harían volver a ser parte de ella, y que me mantendría tan enganchada a cada página como lo habían hecho las dos anteriores.

i Cuando la pequeña se levantó merendamos y nos pusimos a ver una peli de Disney, pero invernal, como la borrasca que teníamos encima que no daba tregua ni a asomarse al coche.

Fue una tarde de lo más infantil y divertida, en la que, además, los tres preparamos unos sándwiches a los que les echamos de todo y que nos salieron a las mil maravillas. Hasta patatas de bolsa trituradas.

Jorge me frenó en el pasillo antes de entrar a dormir.

—Duerme esta noche conmigo, prometo no tocarte —me pidió mirándome fijamente, haciendo que me perdiera en sus ojos, esos que parecían tener un brillo... diferente.

—No, Jorge, ya dormí una vez y aún tengo secuelas —me reí y me dirigí a la cama donde estaba la pequeña.

—Me estoy volviendo loco —murmuró con una sonrisilla.

—Eso ya lo estabas cuando te conocí, no me culpes a mí de tus problemas emocionales.

—Nunca se sabe...

Dejó la conversación ahí y yo sonreí mientras pensaba que algo le pasaba, estaba diferente.

Me metí en la cama y cuando la niña se acurrucó a mi lado, le besé la frente.

—Johana. —Me llamó Jorge en un susurro un tiempo después—. ¿Estás dormida?

—No —respondí del mismo modo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Otra? Ya me has preguntado si estoy dormida —sonreí y le escuché una risilla.

—¿Estás disfrutando de estos días?

Dejé salir el aire procurando que no lo escuchara, sonreí y pensé en todo lo que había pasado durante esos días, er

el cambio que veía en él y en la niña, lo feliz que estaba por tenernos a los dos las veinticuatro horas con ella.

—Sí, mucho —admití—. Y duérmete ya, que parecemos Epi y Blas con tanto susurro.

—Vale, vale —rio de nuevo—. Buenas noches, Johana. Que tengas dulces sueños.

—Buenas noches, Jorge.

Sonreí, me giré de nuevo y cerré los ojos dispuesta a dormir.

el cambio que veía en él y en la niña, lo feliz que estaba por tenernos a los dos las veinticuatro horas con ella.

—Sí, mucho —admití—. Y duérmete ya, que parecemos Epi y Blas con tanto susurro.

—Vale, vale —rio de nuevo—. Buenas noches, Johana. Que tengas dulces sueños.

—Buenas noches, Jorge.

Sonreí, me giré de nuevo y cerré los ojos dispuesta a dormir.

Capítulo 32



Sábado y los tres nos levantamos con la sensación de que los días habían volado y que nos daba pena. Así era, se estaba tan bien aquí apartados del mundo en una casa tan acogedora, que daba pena el pensar que en veinticuatro horas acabaría nuestra vivencia en la cabaña.

—Mamá, Johana, ¿no venden una máquina para parar el tiempo? —Me rodeó por la cintura cuando me di la vuelta para dejar el pan en la encimera.

—No, no la venden, pero tenemos que pensar que la vida nos puede preparar más momentos así. No hay que ponerse triste, simplemente agradecer lo vivido durante esta semana, mucha gente no tiene la suerte que hemos tenido nosotros.

—Es verdad, pero te voy a echar mucho de menos —lo dijo con una tristeza en la voz y en su mirada, que se me partía el alma.

—Me verás casi todos los días, además, ¿sabes que las penas con el estómago lleno son menos penas? —sonreí y le besé la frente— ¿Un buen desayuno?

—Sí —sonrió mirándome fijamente.

—El café y la leche están en marcha, chicas —dijo Jorge.

Preparamos las tostadas, mantequilla, mermelada, fiambre, tomate y aceite, además de un poco de fruta que pidió la pequeña.

Nos sentamos en los sofás a tomarlo y ella empezó a preguntar si haríamos más viajes como ese, los tres solos, a un lugar donde nadie pudiera encontrarnos.

—No sabía yo que querías desaparecer —reí.

—No, eso no, que me gusta mi casa y la tuya, pero me gusta más pasar todo el día entero contigo.

—Ay, mi niña, a mí también. —La abracé.

—¿Y conmigo? —preguntó Jorge con la ceja arqueada— ¿No os ha gustado a las dos estar conmigo todo el día? Si hasta hemos compartido habitación, en plan fiesta de pijamas.

—Papá, contigo estoy todos los días —respondió alargando mucho esa primera o, y volteó los ojos.

—Y en este momento es cuando todo padre pregunta eso de ¿a quién quieres más, hija, a papá o a mamá? Y a mí me hundes porque seguro que dices que a ella —le dijo con una sonrisa.

Alexandra nos miró de uno a otro, con los labios y el ceño ligeramente fruncido, y yo esperé que no dijera que me quería más a mí, porque no era nada más que la persona que la cuidaba, alguien que podría llegar a ser una amiga en el futuro.

—A los dos, papá, os quiero mucho a los dos.

—Pero más a tu papá, ¿a que sí, cariño? —La insté y ella asintió, haciéndome sonreír dado que a pesar de que para ella yo fuera su mamá en secreto, Jorge era su padre realmente.

Después de desayunar y observar cómo Jorge seguía con esas miradas misteriosas y esas sonrisas que ya le iban saliendo de lo más fluidas, miré el móvil para ver el mensaje.

Francisco:

Buenos días, reina de las reinas. ¿Sabes que queda un día menos para vernos el martes y también para que el viernes tengamos nuestra cita?

Johana:

Buenos días, Francisco. No me había dado cuenta, pero haciendo los cálculos es verdad que va quedando menos para la semana que viene.

Aguanté la risa, me buscaba andarle con rodeos a las cosas que me decía y me hacía sentir un tanto especial por el simple hecho de que me mandase mensajes cada día.

Francisco:

Al final caerás rendida ante mí...

Johana:

¿Para cuándo más o menos? Es para ir preparándome.

Francisco:

Cuando descubras que el sol y la luna, gracias a mí, brillan solo para ti.

Johana:

¿Te has planteado escribir un libro? Creo que no se te daría nada mal.

Francisco:

¿Nunca te han dicho que la realidad supera a la ficción?

Johana:

Sí, sí, pero bueno, que esa inspiración hay que aprovecharla un poco.

Bueno, tengo que hacer cosas. Vamos hablando. Feliz día.

Francisco:

Qué manera de romper la magia de la conversación jajaja. Feliz día, reina.

Y tras dejarlo de nuevo sobre la mesa, Alexandra cogió su cuaderno y me pidió que le pusiera deberes para hacer, así que apunté algunas palabras que ella debía copiar fijándose en las letras que las formaban, y se fue hacia la mesa la mar de contenta.

—Papá trabaja y yo hago deberes, tú nos vigilas para que no nos distraigamos —dijo toda seria, y tanto el padre como yo tuvimos que reír.

Aproveché ese momento en el que ambos estuvieron concentrados en sus tareas para seguir leyendo.

Si había algo en la vida que disfrutara, era poder leer frente a la chimenea.

A media mañana paré para preparar café para nosotros y un vasito de leche para la niña, esa que me sonrió de oreja a oreja mientras me enseñaba algunas de esas palabras que estaba copiando.

—Muy bien, cariño. —Le acaricié la espalda.

—Mamá Johana, a que cuando sea mayor voy a poder leer libros tan grandes como esos que tú lees, con muchas páginas.

—Claro que sí, mi vida, y lo harás muy rápido porque eres una niña superinteligente. —Le di un beso y la dejé con sus deberes para seguir leyendo un poco más.

Jorge terminó todo el trabajo justo antes de la comida, eso sí, no habíamos cocinado, había que aprovechar todas las sobras de los días anteriores que como decía mi abuela, de unos días para otros se fusionaban los sabores y estaban más ricas.

La pequeña se pasó el día de lo más remolona en el sofá poniéndose de mil posturas y viendo la tele, sin embargo,

Jorge no dejaba de intimidarme con miradas fijas y unas sonrisas de medio lado de lo más amplias. Estaba diferente, me miraba diferente, pero no era capaz de augurar sus intenciones. No podía haber olvidado a Carla de un día para otro, pero sí que se le notaba más cómodo en ese camino a soltar todo lo anterior y eso me ponía feliz, no solo por mí, que, al fin y al cabo, yo no era para él nada importante más que quien sabía cuidar a su hija, pero sí por ella, que sería la paz mental que necesita en estos momentos de infancia.

El sábado pasó volando y, como el resto de las noches, Jorge me miraba antes de irnos a la cama, esa noche incluso le vi hacer un puchero y me reí tan bajito como pude, por suerte la niña estaba profundamente dormida.

—No pongas esa cara, que no me vas a convencer —dije metiéndome en la cama.

—¿No? Pues a ella los pucheros le funcionan.

—Para su información, señor pucheritos, a los niños siempre les funcionan. —Volteé los ojos—. Buenas noches, Jorge.

—¿No te doy ni un poquito de pena? —preguntó con un susurro junto a mi cama, y cuando le miré, tenía un puchero aún más triste.

—Pena, ni pena —sonreí—. A la cama, que pareces más chico que la niña.

—Duerme conmigo, solo esta noche, la última noche de este viaje. —Me acarició la mejilla y sentí un escalofrío, no solo por el contacto sino por el modo en el que me miraba.

Alexandra se giró, me rodeó con el brazo y la pierna dejando escapar un suspiro de alivio y felicidad, y me encogí de hombros mirando a Jorge.

—Ya me han atrapado, lo siento.

—Algún día ganaré yo, hija mía —dijo mirando a la niña mientras le acariciaba la cabeza, y me volvió a mirar a mí—. Algún día...

Se metió en la cama y me quedé allí, mirando al techo, esperando que me venciera el sueño.

Más rápido de lo que esperaba llegó el domingo, ese en el que la peque se la veía de lo más tristona y yo hacía por animarla.

Después del desayuno recogimos todo, lo metimos en el coche y le dijimos adiós a unos días que habían sido un tanto peculiares pero bonitos, había disfrutado de ese lugar y el espectáculo del entorno de ese paisaje blanco que cada día era un regalo mirar a través de los ventanales ya que salir, lo hacíamos poco, pero sabía que Alexandra, a igual que yo, recordaría ese día haciendo el muñeco de nieve juntas y la guerra de bolas con su padre en la que

tanto nos reímos.

Por el camino paramos a comer antes de llegar a mi casa, donde me despedí de la pequeña comiéndomela a besos. Con Jorge me fundí en un abrazo que me gustó, me dejó con una sensación bonita. Tenía que agradecerle muchas cosas y con eso era con lo que me quedaba.

Justo cuando me iba a dormir me entró un mensaje, pero no era de quien imaginaba.

Jorge:

Gracias por enseñarme el camino y por haber hecho de estos días unos de los más especiales, tanto para mi hija, como para mí.

Se me hizo un cosquilleo en el estómago. Jorge no se podía imaginar lo que yo lo amaba, ni por asomo, no sé los sentimientos que él había tenido hacia Carla, pero no creo que se quedaran muy atrás de ese amor que yo sentía por él, pero la vida era así... A veces te enamoras de alguien que anda loco perdido por otra persona...

[

r

l

tanto nos reímos.

Por el camino paramos a comer antes de llegar a mi casa, donde me despedí de la pequeña comiéndomela a besos. Con Jorge me fundí en un abrazo que me gustó, me dejó con una sensación bonita. Tenía que agradecerle muchas cosas y con eso era con lo que me quedaba.

Justo cuando me iba a dormir me entró un mensaje, pero no era de quien imaginaba.

Jorge:

Gracias por enseñarme el camino y por haber hecho de estos días unos de los más especiales, tanto para mi hija, como para mí.

Se me hizo un cosquilleo en el estómago. Jorge no se podía imaginar lo que yo lo amaba, ni por asomo, no sé los sentimientos que él había tenido hacia Carla, pero no creo que se quedaran muy atrás de ese amor que yo sentía por él, pero la vida era así... A veces te enamoras de alguien que anda loco perdido por otra persona...

Capítulo 33



El lunes fue un día raro, tanto la mañana en la que estuve en la casa de Felisa como en la tarde en la que me quedé en casa sin moverme.

Francisco me había mandado algunos mensajes diciendo que ya faltaba un solo día para verme por las oficinas y cuatro para la cita. Me hacía gracia lo atento que estaba cada día a mandarme mensajes y sacarme alguna que otra sonrisa.

Por la noche me llegó un mensaje de Jorge que me puso un poco en jaque.

Jorge:

Buenas noches, Johana. Me estaba planteando poder pasar del viernes al domingo juntos de nuevo los tres, ¿qué te parecería?

Johana:

Hola, Jorge, el viernes es imposible, tengo una cosa que hacer.

Jorge:

Podemos esperar a que la termines, no hay problema por eso.

Johana:

El viernes voy a salir a cenar, lo siento, ya había quedado desde días atrás.

No me contestó, me dejó en visto, pero no lo hizo. De todas maneras, no podía enfadarse ya que yo tenía una vida y demasiado que me había volcado en ellos completamente, obviamente tenía mucho que agradecerle, pero no por eso iba a limitarme a poner mi vida en sus manos.

Esa tarde, mientras estaba leyendo en el sofá con un café, me llamó Clara para preguntarme qué tal me iba todo, y cómo estaba con Jorge.

—Pues como te dije estando en Asturias, me mira raro, sonrío más e insistió todas las noches en que durmiera con él. Me dijo que le importo, pero... no sé, Clara. —Me recosté en el sofá cerrando los ojos—. No se ha podido

olvidar de ella tan pronto, ¿no?

—O sí, eso nunca se sabe, Johanita. Se ha dado cuenta de que esa mujer no era buena para él y mucho menos para su hija, y si esa niña es lo más importante que tiene en su vida, querrá lo mejor para ella, siempre. Y eso conlleva alejar a la bruja chillona como la llama la pequeña. Por cierto, soy fan de esa niña —dijo y noté la risa en su voz.

—Que se fuera de casa aquel día, fue lo que le hizo abrir los ojos, pero ¿de ahí a no quererla ya?

—Mira, cariño, a veces aparece alguien en nuestra vida que nos hace sentir cosas y, aunque ya tengamos a alguien, es inevitable sentir eso. Y Jorge se interesó por ti cuando ya no estaba con ella, aunque volviera.

—Y de qué manera volvíó, Clara, que me lio una...

—Bueno, olvida eso, ¿sí? Cambiando de tema, ¿con qué libro de *La Tentazione* estás ya?

—Acabando el tercero, pronto empezaré con el siguiente.

—Hija de mi vida, sí que estás enganchada —rio—. Yo estoy en los primeros capítulos del tercero, me llevas ventaja.

—Pues no te voy a contar nada, pero te vas a quedar...

—Alucinada, como con los otros, como si lo estuviera viendo.

—Desde luego, esos dos autores, Dylan Martins y Janis Sandgrouse, son un dúo increíble para dar giros a las historias.

—Pues ya me has picado, esta noche no duermo para saber qué va a pasar.

Nos despedimos poco después, seguí leyendo hasta que decidí cenar y me fui a la cama, al día siguiente tocaba volver a la rutina, al trabajo, y ver a mi niña y su padre otra vez.

El martes cuando aparecí por su casa lo noté más seco y distante que nunca, hasta la pequeña se dio cuenta y me miraba buscando la complicidad en mi rostro. Con mis guiños la hice sentir más cómoda y no le di importancia a nada. Si se había enfadado porque yo saliese el viernes, iba apañado, ni él ni nadie me iba a limitar mi vida.

Limpié la casa dándole un buen repaso, el haber estado tantos días cerrada se notaba, y preparé un guiso de carne con patatas y verduras que la niña dijo que olía muy bien, el padre ni se molestó en pronunciarse al respecto.

¹ —Me marchó ya —dije asomándome al despacho, donde había estado esa última hora trabajando, tan solo asintió

Alexandra me dio un abrazo y un beso de esos que me reconfortaban el alma antes de que me fuera, y salí de la casa con una sonrisa.

Llegué a casa, comí una tortilla rápida y me preparé para ir a Vigo.

Por la tarde la vuelta a la oficina fue de lo más graciosa ya que me encontré con un Antón que me miraba sonriente.

—La empleada del año —me dijo después de observarme con esa sonrisilla.

—¿Y eso? —pregunté sonriendo y despistada.

—Hombre, según mi hermano has estado ayudándole con mucha devoción estos días en su otro trabajo. —Tragué saliva.

—Bueno, poca cosa. —Quise no descubrirlo.

—La mujer más bonita del planeta ya está en las oficinas. —Apareció Francisco con la caja de bombones en la mano que puso sobre mi mesa—. Jefe, debemos de tener al personal contento —le dijo a Antón que reía negando mientras se iba a su despacho.

—Gracias, Francisco.

—Luego cuando salga a tomar café te traigo uno con el pastel.

—Gracias de nuevo —sonreí.

—No eres más bonita porque de lo contrario te hubieran secuestrado hace mucho. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó a su despacho.

Sonreí, pero lo cierto es que aquel beso no me lo esperaba para nada, me había pillado tan de sorpresa como todo lo demás que rodeaba a Francisco, empezando por esa confesión de que conocía a Carla porque había estado con un amigo suyo.

Esa parte seguía dando vueltas en mi cabeza, ¿lo sabría Jorge? ¿Habría estado con los dos al mismo tiempo, además de con su marido?

Tanto el miércoles como el jueves, fue todo muy complejo ya que Francisco no solo me trajo los cafés con unos pasteles exquisitos, sino que también hizo que me entregaran un ramo de flores en color violeta.

Jorge estaba distante conmigo, eso lo podía notar, no me dijo nada más del fin de semana y se dedicó a trabajar

mientras yo estaba en la casa. Hasta la pequeña se daba cuenta de eso y estaba de lo más tristonera.

Fue el viernes por la mañana cuando durante el desayuno me preguntó que qué le pasaba a su papá conmigo.

—Es que está distinto a los días en la nieve —dijo con una pena que me llegó al alma.

—Cariño, no le pasa nada, está con el trabajo muy estresado —mentí porque no era cuestión de ponerle la cabeza a Alexandra como a una adulta, cuando no lo era.

—Pero cuando tú no estás siempre está conmigo.

—Por eso, aprovecha que yo estoy para hacer las cosas más concentrado.

—Pienso que le pasa algo y eso me pone muy triste.

La abracé y comencé a jugar con ella un poco, ya tenía la casa lista y la comida hecha.

Esa pobre no sabía el motivo que tenía su padre para ignorarme como lo estaba haciendo, y lo que me molestaba era que no fuera por otra cosa que por haberle dicho que no pasaría esa noche con ellos porque tenía otros planes.

La verdad es que cuando me fui Jorge casi ni me miró a la cara, estaba cada vez más serio y su rostro despedía gente, como decía mi abuela.

Tenía un entripado en el estómago, me hacía sentir como si yo estuviera haciendo algo malo cuando lo único que intentaba era llevar mi vida hacia adelante, esa que no era fácil. ¿Nadie se ponía en mi lugar?

¿A nadie le importaban mis sentimientos? Al parecer, no, o al menos, a él no.

No entendía qué pretendía con su actitud, trabajaba todo el día y solo por decirle que el viernes no podía ya se ponía así. ¿En serio me estaba pasando a mí esto?

¿Acaso debía amoldar mi tiempo libre a lo que a él le apeteciera? Ya había ido de viaje con ellos, y sí, lo hice por la niña, en eso no iba a mentir. Pero Jorge no podía pedirme más de lo que le daba porque...

Porque parecía no darse cuenta de que el simple hecho de estar con él y tenerle cerca me mortificaba por lo mucho que le quería, por todo lo que sentía por él y no había sido correspondido al estar él enamorado de otra mujer.

Capítulo 34



Había quedado a las nueve en el restaurante mexicano con Francisco. Se había ofrecido para recogerme, pero le dije que mejor nos veíamos allí. No quería depender de nadie y poder irme cuando me apeteciera y no tener que esperar a que me llevase.

Estaba muy nerviosa, la otra vez fui a cenar con él por hacerle el favor, pero esta vez era una clara cita que, aunque no llevaría a ninguna parte, a mí me hacía hasta especial ilusión el salir y compartir un poco de vida social esa que tenía más que limitada.

Me arreglé, pero de manera normal, nada de vestidos ni faldas; unos pantalones vaqueros ajustados, un jersey rosa, las botas altas y el abrigo.

Era una cena entre compañeros de trabajo por mucho que lo hubiéramos estado llamando cita en aquellos mensajes.

Salí con tiempo suficiente para encontrar aparcamiento lo más cerca posible, más que nada, por si empezaba a llover que no me calara hasta los huesos.

Entré en el restaurante y ya estaba Francisco en la mesa esperándome, sonrió al verme y no dudó en levantarse para darme dos besos.

—Estás preciosa... —dijo mientras me quitaba el abrigo.

—Gracias, Francisco, tú también estás muy guapo.

—Me quedo con ese piropo. —Me hizo un guiño y extendió su mano para que me sentara, es más, apartó la silla en un acto de lo más educado.

—Eres muy amable —dije mirándole por encima del hombro cuando me senté.

—¿Aparte de simpático? —preguntó mientras agarraba su copa de vino en la mano y la acercaba hacia mí en plan brindis.

—Aparte, aparte —me reí mientras cogía la carta para echar un vistazo.

Poco después una camarera con traje típico mexicano se acercó para ver si habíamos decidido qué pedir, le dijimos lo que queríamos y vino un par de minutos después con unas canastillas de aperitivos.

Comenzamos a charlar sobre la empresa y su relación con Antón, que obviamente era estrecha al trabajar todos los días juntos. Con Jorge era diferente, era un jefe a la sombra con el que apenas tenía trato.

La comida estaba buenísima, esa mezcla de sabores era una delicia, sabía que no sería la primera vez que comería allí, incluso algún día al salir de las oficinas podría coger la cena para llevarme a casa.

—¿Y tú, que es de tu vida? —preguntó tras dar un bocado al taco que tenía en el plato.

—Bueno, nada importante que contar, he tenido una muy sencilla y un poco compleja pero bueno, se ve que voy viendo la luz al final del túnel.

En uno de los momentos que me estaba hablando, cogió como gesto cercano mi mano y la acarició, algo que no esperaba, y fue justo en ese instante en el que una voz y una presencia nos hizo girar la cabeza.

—No solo le has hecho el favor a Carla de llevarla al restaurante a cenar dos noches, sino que, además, ahora intentas conquistarla obviando que tienes una relación con otra persona. —La voz de Jorge me dejó sin aliento.

¿Qué acababa de decir? ¿Francisco tenía qué con quién? Se me abrieron los ojos de una manera antinatural, estaba convencida de ello.

—Sabes que aquello está casi finiquitado —le contestó Francisco con cara de no entender lo que Jorge pretendía.

—Eres un mentiroso, y tú —me miró a mí— veo que no eres tan limpia como haces creer. Que os vaya bien la noche. Ya hablaremos —dijo dirigiéndose a mí y marchándose.

Le vi salir por la puerta con un cabreo monumental, pero a mí estaba empezando a hervirme la sangre.

—¿Estás con alguien? —le pregunté incrédula.

—Nos hemos dado un tiempo...

—¿Un tiempo y mientras tanto intentas pasarlo conmigo? —grité, sin poder creer lo que ese hombre decía y yo escuchaba.

—No, pero nunca se sabe.

—Vete a la mierda. —Tiré la servilleta sobre la mesa y me levanté para irme.

—No creo que vuelva con ella, está tonteando con otro —dijo poniéndose en pie, e hizo el intento de agarrarme por el brazo, pero fui más lista y me retiré de él.

s—¿No crees? ¿Y por el hecho de que tontee con otro ya puedes tú probar suerte mientras conmigo, o con cualquier otra tan tonta como yo? ¡Das asco!

—Dicen que amor con amor se olvida...

—Claro que sí, el típico «un clavo saca a otro clavo» o «la mancha de mora con otra mora se quita». Vete a la mierda —repetí marchándome sin querer escuchar nada más.

¿Cómo había sabido Jorge que yo estaba allí? ¿Con qué intención había ido? ¿Qué estaba pasando? Y de nuevo esa mujer moviendo los hilos de unos y otros, ¿qué le había hecho a Carla para que la tomara conmigo?

Yo, que no había tenido contacto con ella más que un par de veces y me mostré todo lo educada y respetuosa con ella que pude.

Me volvía loca y es que yo no estaba preparada para estas cosas, me había pasado la vida ayudando a mi abuela y trabajando para salir adelante.

¿Qué mundo era este que me rodeaba? ¿Cómo podía ser que una mujer convenciera a alguien para llevar a cenar, dos veces, además, a alguien con la intención de hacer daño?

¿Y Francisco? Qué engañada me había tenido con esa palabrería digna de un caballero, de un galán, pero que bajo esa fachada escondía un ser vil y miserable al que no le importaba hacer daño a la gente con sus juegos y mentiras.

Al final resultaba que Carla y Francisco estaban cortados por el mismo patrón, cada uno con su pareja y tonteando con otra persona queriendo hacerla caer rendida a sus encantos, que se enamorase y mantenerla a su lado hasta que decidiera jugar con otra persona.

Claro está que yo de Francisco no me iba a enamorar, mi corazón ya sentía cosas por otro hombre, uno que me había mirado con algo que no sabía definir, pero algo parecido a la repudia, seguramente.

Cogí el coche y me dirigí a mi casa llorando sin consuelo, casi ni veía la carretera al tener los ojos anegados de lágrimas.

Llamé a Jorge, pero no me cogió el teléfono, volví a insistir, pero lo apagó completamente y saltó el buzón de voz se notó a la legua que no quería saber nada de mí esa noche, obviamente estaba muy enfadado.

Pero le dejé un mensaje igualmente, al menos quería que me devolviera la llamada.

Johana:

No sé qué hacías en ese lugar ni lo que se te pasa por la cabeza, pero solo era una cena con un compañero de trabajo, al menos para mí.

Lo dije lo más calmada que pude evitando que escuchara mi llanto, ese que no me dejaba ver nada en la oscura noche, como si estuviera cayendo el diluvio sobre Vigo, cuando eran mis ojos los que no dejaban de soltar lágrimas.

Me metí por el carril de mi casa que no estaba asfaltado y tal era mi estado de nervios y lo poco que veía, que no sé cómo, otro coche se me echó encima y di un volantazo que me llevó a ir directa hacia los muros de una de las fincas vecinas mías...

)

),

)

,

Pero le dejé un mensaje igualmente, al menos quería que me devolviera la llamada.

Johana:

No sé qué hacías en ese lugar ni lo que se te pasa por la cabeza, pero solo era una cena con un compañero de trabajo, al menos para mí.

Lo dije lo más calmada que pude evitando que escuchara mi llanto, ese que no me dejaba ver nada en la oscura noche, como si estuviera cayendo el diluvio sobre Vigo, cuando eran mis ojos los que no dejaban de soltar lágrimas.

Me metí por el carril de mi casa que no estaba asfaltado y tal era mi estado de nervios y lo poco que veía, que no sé cómo, otro coche se me echó encima y di un volantazo que me llevó a ir directa hacia los muros de una de las fincas vecinas mías...

♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥ • ♥

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté conmovida.

—Me duele el hombro —siseé.

—Pues para acabar de llegar sí que os dio tiempo a hacer cosas.

—¿Me puedo ir ya? —dije queriendo salir de allí, porque ¿había dicho en alguna ocasión que odiaba los hospitales? ¿No? Pues así era, no simpatizaba mucho con ellos.

—No puedo faltar a mi puesto.

Quando me dejaron a solas comencé a llorar de los nervios que me habían entrado y es que esto era lo que ahora me faltaba. Entre que no sabía si Jorge me iba a despedir después de lo de la cena y ahora la baja, ¿qué sería de

mí?

Mi móvil empezó a sonar y, voy a llamarme ilusa, esperé que fuera Jorge que acababa de escuchar mi mensaje y quería hablar, pero no era él, sino Clara, quien sabía que esa noche cenaba con Francisco.

—Hola —dije al descolgar.

—Qué vocecita de pena, ¿ha pasado algo en la cena? —preguntó.

—Qué no ha pasado, sería la pregunta correcta —suspiré y le conté todo.

Gritó alarmada al saber que estaba en el hospital, pero conseguí tranquilizarla cuando dije que no era grave y que, de esa, según los médicos, salía.

No se creía lo de Francisco y esa mujer, el modo en el que de nuevo me habían engañado y utilizado, y sin yo saber qué motivos tenían para ello.

Nos despedimos tras pedirme que descansara y que la mantuviera al corriente de mi estado, y que cuando volviera a ver a Francisco, le tirara un café ardiendo en los pantalones de su parte. Me tuve que reír.

’ Pasé una noche de lo más extraña, me sentía completamente vacía, desolada y no dejaba de llorar, hasta una enfermera me dio una pastilla relajante al verme de esa manera.

—Vamos, cariño, ahora, duerme —me pidió con una sonrisa antes de dejarme sola.

Sola, como había estado desde que perdí a mi madre y después a mi abuela, sola ante la vida, ante un mundo para el que nadie me había preparado y que yo no esperaba que fuera a ser tan cruel conmigo.

No eran ni las ocho de la mañana cuando el doctor apareció de nuevo diciéndome que me podía ir a casa pero que debía tener especial cuidado. Me dio el alta y justo antes de irse me dijo que me estaban esperando en la puerta. No podía ser, nadie sabía nada, salvo Clara y estaba a miles de kilómetros de allí.

Me quedé paralizada al comprobar que era Jorge.

—¿Cómo estás? —Se acercó precipitadamente hacia mí.

^a—¿Cómo te has enterado?

—A las seis y media de la mañana me desvelé y me saltó la noticia del accidente en tu aldea y la imagen de tu coche. Llevé a la niña a casa de mi hermano y llegué aquí como hace media hora, pero ¿cómo estás? —preguntó por segunda vez.

—Cansada, un poco dolorida, pero poco más. Estoy bien, Jorge. —Me derrumbé y, aunque no quería hacerlo delante de él, empecé a llorar, de pronto sentí cómo me abrazó fuertemente, mientras besaba mi cabeza.

—Te vienes para mi casa, allí te cuidaremos.

—No, no, de verdad, voy para la mía.

—No hay nada que hablar, ahora nos toca cuidarte. Te llevaré a la tuya a que cojas cosas, vamos a por la niña y te vienes a casa hasta que estés mejor.

—Jorge, yo quiero trabajar.

—Cuando estés bien, ahora lo prioritario eres tú.

—Pero...

—Pero nada, Johana, me he llevado un susto de muerte. —Se le notaba en su rostro—. Menos mal que me dijeras que estabas a salvo porque pensé que no aguantaría otra cosa.

—¿Te importo?

—Más de lo que puedas llegar a imaginar. Te juro por Alexandra, que desde hace unos días no te puedo apartar de mis pensamientos, los que ocupas siempre. —Me abrazaba insistentemente y yo rompí a llorar más aún. ¿Lo decía en serio?

Por el modo en el que me consolaba desde luego que lo parecía, pero... ¿y si no era más que algo que se dice en un momento de vulnerabilidad de otra persona? Tal vez solo se preocupaba por mí dado que, con el golpe que debía haberme dado, y tal como dijo el médico, pudo ser mucho peor.

Me ayudó a montarme en su coche y nos dirigimos a mi casa. A Jorge todo lo que cogía le parecía poco.

—Me has dicho unos días, no que me traslade de domicilio. —Puse cara de tristeza.

—Aquella también es tu casa.

—Bueno, bueno, eso son palabras mayores.

—Déjame cuidarte y demostrarte que mis sentimientos hacia ti son grandes y limpios. Te juro que quiero recuperar tu confianza y demostrarte en la persona tan importante que te has convertido en mi vida. —Me agarró por los hombros y tras mirarme se le saltaron las lágrimas—. Eres todo lo que nos hace feliz a la pequeña y a mí.

—¿Qué me estás intentando decir? —pregunté en voz baja y temblorosa.

—Creo que te amo más de lo que imaginé. Por ti he sacado de mi vida a Carla, aunque también y como prioridad por mi hija, pero te juro que los días en la cabaña han sido una cura para mi corazón y recuperar la calma.

—¿No me estás mintiendo? —Las lágrimas me salían a borbotones.

—Te juro que no, ayer creí volverme loco cuando te vi allí.

—¿Quién te lo dijo?

—Carla me mandó un mensaje desde un móvil nuevo, dado que yo la tenía bloqueada. Me dijo que fuera allí después de las nueve y sabría cómo se las gasta mi empleada. La mandé a la mierda y la bloqueé, pero algo me hizo ir hasta allí. Creo que Francisco te la está jugando y que puede tener algo con ella.

—Pues él me dijo que ella había estado hace pocos meses con un amigo suyo.

—No me extraña nada. Además, después de ir yo a ver si era cierto, ella contactó conmigo desde otro correo, ya que por esa vía también la tenía bloqueada, tenía muchas capturas de pantalla de la semana pasada cuando la pasamos en la cabaña y tú hablabas con él. Me duele saber que eso era lo que te producía las sonrisas.

—Sí —reconocí—, pero yo no siento nada por él. Entré en el juego porque jamás había experimentado ese tipo de cosas y porque sentía que mi vida era lo más aburrida y triste del mundo, pero no siento nada por él. De todas maneras, me alegro muchísimo, se nota que no tuvo bastante con jugar una vez pidiéndome que lo acompañase a esa cena como un favor, sino que también me la jugó proponiéndome una cita que estoy segura venía inducida por ella. No siento nada por él que sea bonito, todo lo contrario, ahora siento que lo detesto y que es un miserable.

—Dame la oportunidad de demostrarte que quiero estar contigo. —Volvió a pedirme, con la voz en un leve susurro y los ojos fijos en los míos.

Le miraba y veía al hombre con el que tuve la mejor noche de mi vida, esa en la que cada caricia suya, cada beso, cada mirada, se había quedado grabada en mi alma.

—No lo sé, no me fio ya de nadie —me reí con tristeza y sentí cómo se acercaba para posar sus labios en los míos

Cerré los ojos y disfruté de ese contacto, breve, sutil, pero a la vez cargado de intenciones.

—Me estás haciendo sentir cosas muy bonitas que te prometo que nunca había experimentado. Y das frescura a mis días, aprendizaje, porque sin saberlo he aprendido mucho de ti y de tu forma de cuidar a nuestra hija.

—¿Nuestra hija? —pregunté temblorosa.

—Mira si confío en ti, y estoy seguro de que eres la persona más importante para ella después de yo mismo, o al menos eso espero. —Volteó los ojos—. Por eso quiero pedirte que te conviertas en sus madre de forma oficial y le des tu apellido. Que en vez de ser mamá Johana, seas solo mamá para ella.

—Jorge... —Las lágrimas comenzaron a deslizarse.

—No lleva los genes de ninguno de los dos —dijo mientras me retiraba las lágrimas con los pulgares—, pero la amamos con todas nuestras fuerzas.

De eso nadie podía tener duda, la conexión que sentí con Alexandra desde el primer momento en el que nos vimos, nuestra complicidad, el cariño que le tenía, el modo en el que alegraba mis días y me sacaba mil sonrisas, habían acabado construyendo un amor entre ambas que nadie podría romper jamás.

—Sí, Jorge, acepto —dije con tremendo nudo en la garganta.

—¿De verdad? —preguntó emocionado.

—Claro, no tengo nada en esta vida y a esa niña la amo con todo mi corazón a pesar del poco pero intenso tiempo que la conozco. Con ella tendré una familia, tendré a una hija, pero eso sí, quiero todos los derechos de madre —le advertí.

—Absolutamente todos...

¶ Nos abrazamos llorando como dos niños pequeños, bueno yo con un brazo porque el otro lo tenía en cabestrillo.

Llevó mis cosas al coche y nos fuimos a por la niña. Sabía que desde estos momentos comenzaba una nueva vida para todos. Tenía, por una vez en mi vida, la mejor de las corazonadas...

h.

—¿Nuestra hija? —pregunté temblorosa.

—Mira si confío en ti, y estoy seguro de que eres la persona más importante para ella después de yo mismo, o al menos eso espero. —Volteó los ojos—. Por eso quiero pedirte que te conviertas en sus madre de forma oficial y le des tu apellido. Que en vez de ser mamá Johana, seas solo mamá para ella.

—Jorge... —Las lágrimas comenzaron a deslizarse.

—No lleva los genes de ninguno de los dos —dijo mientras me retiraba las lágrimas con los pulgares—, pero la amamos con todas nuestras fuerzas.

De eso nadie podía tener duda, la conexión que sentí con Alexandra desde el primer momento en el que nos vimos, nuestra complicidad, el cariño que le tenía, el modo en el que alegraba mis días y me sacaba mil sonrisas, habían acabado construyendo un amor entre ambas que nadie podría romper jamás.

—Sí, Jorge, acepto —dije con tremendo nudo en la garganta.

—¿De verdad? —preguntó emocionado.

—Claro, no tengo nada en esta vida y a esa niña la amo con todo mi corazón a pesar del poco pero intenso tiempo que la conozco. Con ella tendré una familia, tendré a una hija, pero eso sí, quiero todos los derechos de madre —le advertí.

—Absolutamente todos...

Nos abrazamos llorando como dos niños pequeños, bueno yo con un brazo porque el otro lo tenía en cabestrillo.

Llevó mis cosas al coche y nos fuimos a por la niña. Sabía que desde estos momentos comenzaba una nueva vida para todos. Tenía, por una vez en mi vida, la mejor de las corazonadas...

Capítulo 36



Decir que mi vida había dado un giro increíble, sería quedarme corta...

Cinco meses habían pasado desde que nos dimos esa oportunidad tras el accidente que terminó de mover todos los cimientos de Jorge y temer por perderme para siempre. Muchas veces tenían que pasar cosas fuertes en la vida para darte cuenta de cuánto te importaba eso que estaba a punto de esfumarse.

En el momento en el que recogimos a Alexandra y supo que pasaría todos los días y las noches con ella en su casa, dio tal grito de alegría que bien podría haber roto algunos vidrios de las ventanas de las vecinas.

Esa primera noche no quiso despegarse de mí en ningún momento, incluso se ofreció para darme de cenar, pero me negué en rotundo, aun con el brazo en cabestrillo podía comer sola.

Ni qué decir que quiso que durmiera en la cama con ella, y lo hice, al menos hasta que Jorge vino a buscarme para que le acompañara a su cama dado que con el brazo así, el pobre temía que la niña me diera un golpe y me despertara por el dolor.

Esa noche, tras mirarnos a los ojos, me besó de tal modo que ambos acabamos dejando que fueran nuestros cuerpos los que hablaran, esos que, debía admitir, habían deseado encontrarse en la cabaña, y no dejé que ocurriera.

Aquella noche volví a hacer más las palabras del principio de la sinopsis del segundo libro de la serie *La Tentazione*.

«Solo una mirada, con eso basta para que dos personas queden conectadas».

Así fue, ese fue realmente el principio de nuestra historia, el que nos llevó a vivir situaciones que ninguno esperaba, y que dieron como resultado que nos lanzáramos y descubriéramos qué nos deparaba el destino.

Había comenzado el trámite de reconocimiento de la niña por mi parte, cosa que esto la hizo muy feliz a ella, por no hablar de mí, que me sentía la madre más dichosa del mundo.

—¿Y te podré llamar mamá, y no mamá Johana? —me había preguntado ella, a lo que fue su padre quien respondió que sí, que podría llamarme solo mamá.

No había vuelto por las oficinas, Jorge me contrató de interna en su casa, sí, eso me dijo para conseguir que no regresara más por aquel lugar y no por nada, ya que Francisco ya no trabajaba allí, sino porque me quería a su lado y disfrutando de la que se iba a convertir legalmente en mi hija, nuestra hija como me dijo la mañana que me recogió en el hospital.

El tema fue que Jorge habló con su hermano y le contó todo lo sucedido con Francisco y Carla, este entró en cólera y puso a su mejor amigo y empleado de patitas en la calle. Rápidamente encontró sustituto.

Aunque no trabajaba ya para mi cuñado, cuando me iba con la niña a pasar la tarde de compras en la ciudad, me acercaba a verle y le llevaba un café y un pastel que él recibía con una sonrisa de oreja a oreja.

En una ocasión me dijo que le alegraba que hubiera llegado a la vida de su hermano y sobrina, y que estaba realmente encantado con tenerme como cuñada.

Nuestra relación estaba basada en la tranquilidad de una familia y la fogosidad de esas noches en las que nos devorábamos por entero, bien es cierto, que muchos días también ocurría cuando la niña dormía la siesta. Estábamos en un momento muy intenso y bonito.

Lo que más me gustaba de Jorge eran los pequeños detalles que tenía conmigo, pocos, pero frecuentes, dado que no era un hombre de comprar un regalo mega caro para quedar bien a pesar de tener dinero.

Me sorprendía cada día con una de mis comidas favoritas, con unos dulces que iba expresamente a comprarme, con algún regalo que me sorprendía de alguna prenda de una tienda accesible para todos los bolsillos, pero que recibía como si fuera del mayor tesoro del textil, más que nada, porque esos detalles continuos eran los que me hacían enamorarme más aún. Sus atenciones hacia mí eran infinitas.

Su madre me había cogido mucho cariño, demasiado, nunca había aparecido por casa de Jorge y ahora hacía a Antón que la trajese casi cada día, ni que fuese un ratito. Su hijo no solo se volvió arisco con el mundo, lo hizo con todo su entorno y ahora volvía a recuperar ese ser que tenía una esencia de lo más brillante. Sonreía muchísimo, abrazaba y gastaba muchas bromas. Fueron muchas las veces que su madre me dijo que mi presencia le había devuelto al hijo que quedó atrás hacía mucho tiempo.

Las navidades las pasamos en casa, para la comida de Navidad y Año Nuevo se vinieron Antón y su madre a celebrarlas con nosotros. Las cenas las hicimos a solas con nuestra hija, esa que cada día se ponía uno de los tres pijamas navideños que le compramos y con los que se sentía feliz de la vida. Eso sí, cuando venía la abuela todos nos arreglábamos un poco, nos daba cosa estar en pijama. Fueron unas fiestas increíbles y me sentí totalmente llena de amor y de mi familia, porque eso eran ellos dos para mí.

Acabábamos de hacer la matrícula de Alexandra para el nuevo curso que empezaría en septiembre, y que después de mucho informarnos y sopesarlo, escogimos un colegio privado que nos convenció a los dos para el bien de nuestra hija.

—¿Y cuánto queda para septiembre? —preguntó ella cuando nos subimos al coche.

—Cinco meses, cariño —dije mirándola desde el asiento delantero.

—¿Cinco? —gritó mientras levantaba la mano y se ponía a contar dedo por dedo— Mamá, eso es mucho, muchísimo. Pero me dará tiempo a seguir aprendiendo más palabras, quiero aprender a leerlas y escribirlas bien. Y los números.

—Claro que sí, hija —comentó su padre—. ¿Quieres también aprender a hacer sumas y restas?

—¿Puedo? —se entusiasmó ante esa proposición.

—Por supuesto que puedes, yo te enseño a hacerlas. ¿Vamos a comprar unos cuadernos de ejercicios?

—Sí, vamos, vamos —respondió con una sonrisa y dando palmadas desde su sillita.

—Solo te falta comprarle un diccionario y que vaya leyendo eso también —reí.

—¿Qué es un *diconaro*? —preguntó con el ceño fruncido.

—Diccionario, hija, tu madre ha dicho diccionario —rio Jorge, y a mí se me encogía el corazón cada vez que le escuchaba referirse a mí como «tu madre» cuando hablaba con la niña.

—¿Y qué es, papá?

—Un libro grande donde viene muchas palabras y lo que significan.

—¿Y me puedes comprar uno? Así aprendo a leer y escribir más palabras.

—Tenemos toda una cerebrita en casa, no hay duda —murmuré y Jorge sonrió.

Acabamos entrando en el centro comercial y allí pasamos el día, entre tiendas, comer y hacer algunas compras para la casa.

Regresamos y Jorge preparó sus famosas hamburguesas, esas que disfrutamos mientras veíamos una película de dibujos que Alexandra sabía que ponían en Disney.

Sí, la vida solía dar muchas vueltas, infinidad de ellas, es cierto, pero eso solo lo hacía para poner a cada persona en el momento y lugar correctos en la vida de otros.

¿Si volvería a pasar por todas las cosas que pasé con Jorge para estar en este momento de mi vida? Sí, sin lugar a duda volvería a pasar por todas y cada una de ellas, para tenerlos como familia.

Sí, la vida solía dar muchas vueltas, infinidad de ellas, es cierto, pero eso solo lo hacía para poner a cada persona en el momento y lugar correctos en la vida de otros.

¿Si volvería a pasar por todas las cosas que pasé con Jorge para estar en este momento de mi vida? Sí, sin lugar a duda volvería a pasar por todas y cada una de ellas, para tenerlos como familia.

♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥

Jorge llevaba unos meses echándonos indirectas sobre qué haríamos un viaje sorpresa a mitad del verano y después de hacernos pasar infinidad de nervios, por fin estábamos en ese lugar maravilloso que él había escogido para los tres.

El vuelo había sido muy largo y con escala, pero solo el destino merecía más que la pena, sobre todo, porque acabábamos de descubrir que nuestro alojamiento era, ni más ni menos, que una cabaña frente al mar de unas aguas cristalinas y en tonos turquesa que parecían una postal. Ni qué decir que todo muy íntimo y privado.

Justo eran las cuatro de la tarde, y no tardaron en traernos la comida que había pedido Jorge en cuanto llegamos a la habitación y vio la carta. La pequeña estaba de lo más hambrienta, lo bueno que tenía santa paciencia y no se ponía impertinente.

Brindamos con una copa de vino blanco antes de sentarnos a comer y nos besamos entre risas nerviosas, él por saber lo que había causado en mí y yo por no poder expresar todos esos sentimientos. Felicidad absoluta, esa era la palabra. Ojalá, mi madre y mi abuela, pudieran verlo desde allá donde estuvieran, estaba segura de que estarían

—Papá, ¿estás embarazado? —Rompimos a reír con esa pregunta que soltó de manera tan repentina y sin pensarla.

—No, pero alguien se puso de parto oficialmente...

—No entiendo —murmuré haciendo un gesto con mis labios.

—Acaba de llegarme un correo de los abogados comunicándome que la niña ya está inscrita con el apellido de cada uno de nosotros dos.

—¡Eres mi mamá de verdad! —gritó la pequeña levantando los brazos mientras a mí se me saltaban las lágrimas de felicidad.

—¿Y no tendremos problemas para volver con este pasaporte que ya no coincide con lo actualizado? —pregunté preocupada.

—No —se río—, tenemos tres meses para hacer los trámites.

—Ah, bueno. —Respiré aliviada y di un trago a la copa de vino. Acababa de convertirme en su mamá de manera oficial, ¿podía la vida darme mejor regalo que ese? En absoluto.

La pequeña se echó una siesta y nosotros nos quedamos fuera sobre un balancín tomando una copa. Teníamos el mar enfrente, a pocos metros, esto era de esos sitios difíciles de superar en paisaje, por no hablar de aquellas rocas naturales que habían formado espigones y haciendo que la orilla quedara como una piscina natural. Era una total locura y yo estaba que no cabía en mí de gozo. Más feliz imposible.

El viaje lo había comprado meses atrás, de ahí a que a partir de ese momento me hubiera sorprendido algunas veces con un bañador o bikini para que me hiciera con unos cuantos para estos días. Estaba en todo y demostraba que lo hacía con el corazón.

Amaba a Jorge, pero lo más bonito era que sentía como él también me amaba a mí incondicionalmente, se dejaba la piel cada día en hacerme sentir una mujer completamente deseada, querida y cuidada. Jamás sentí que a mí me quiso menos que a Carla, a estas alturas lo veía tan feliz como no lo conocí cuando la amaba a ella, así que, para mí, yo había ganado al amor.

Alexandra apareció más tarde cuando se despertó de su siesta y con una pregunta en la boca.

—Papá, ¿por qué no compras esta casa y nos venimos a vivir aquí?

—A ver si te crees que tu padre es Amancio Ortega —contesté produciéndole una carcajada a Jorge. Aunque

realmente no sabía si la podría comprar porque sé que dinero ganaba en abundancia, pero jamás quise saber más allá.

—¿Y quién te ha dicho que no la pueda comprar? —preguntó Jorge riendo.

—Pues cómprala, papá que con la casa nos dan la playa —soltó con toda la inocencia del mundo y dando por hecho que no se la podían llevar.

—¿Entonces cuál compramos, la de la nieve o esta?

—Papá, pues las dos. —Se encogió de hombros.

—A mí siempre me quedará la casa de la abuela —murmuré dando por sentado que otra cosa no podría adquirir, pero estaba feliz de tener esa casita de herencia en la que nunca me faltaría un techo.

Jorge anuló mis contratos cuando me fui a su casa después del accidente, pero sin embargo me dio de alta como si asistenta y todos los meses me ingresaba el sueldo de mil doscientos euros, cosa que me enfadaba mucho pero que él decía que quería que estuviese dada de alta y tuviese mi propia economía. Eso sí, no me dejaba aportar un duro para la casa, pero yo todos los meses le compraba alguna ropita a la pequeña, compraba dulces o cosas que se me antojaban para los tres, además de ahorrar, eso que también hacía cada mes con todo lo que me sobraba.

Comenzamos a vivir en esta isla unos días de ensueño y felicidad los tres juntos en los que hicimos un montón de actividades y conocimos lugares impresionantes. La pequeña estaba todo el día en remojo y disfrutando de la calma de un lugar en el que no necesitabas nada más que alimentarte de su arrolladora naturaleza.

Jorge y yo pillamos una noche una cogerza que fue monumental, más yo que él, las cosas como son, que me pasé toda la noche bailando y bebiendo como si el mundo fuera una fiesta. Me sentía en libertad, paz y llena de amor, era como una noche de celebración por todo lo bonito que me había dado la vida y como no, terminamos haciéndolo en el balancín bajo la luz de la luna y un inmenso manto de estrellas.

realmente no sabía si la podría comprar porque sé que dinero ganaba en abundancia, pero jamás quise saber más allá.

—¿Y quién te ha dicho que no la pueda comprar? —preguntó Jorge riendo.

—Pues cómprala, papá que con la casa nos dan la playa —soltó con toda la inocencia del mundo y dando por hecho que no se la podían llevar.

—¿Entonces cuál compramos, la de la nieve o esta?

—Papá, pues las dos. —Se encogió de hombros.

—A mí siempre me quedará la casa de la abuela —murmuré dando por sentado que otra cosa no podría adquirir, pero estaba feliz de tener esa casita de herencia en la que nunca me faltaría un techo.

Jorge anuló mis contratos cuando me fui a su casa después del accidente, pero sin embargo me dio de alta como su asistente y todos los meses me ingresaba el sueldo de mil doscientos euros, cosa que me enfadaba mucho pero que él decía que quería que estuviese dada de alta y tuviese mi propia economía. Eso sí, no me dejaba aportar un duro para la casa, pero yo todos los meses le compraba alguna ropita a la pequeña, compraba dulces o cosas que se me antojaban para los tres, además de ahorrar, eso que también hacía cada mes con todo lo que me sobraba.

Comenzamos a vivir en esta isla unos días de ensueño y felicidad los tres juntos en los que hicimos un montón de actividades y conocimos lugares impresionantes. La pequeña estaba todo el día en remojo y disfrutando de la calma de un lugar en el que no necesitabas nada más que alimentarte de su arrolladora naturaleza.

Jorge y yo pillamos una noche una cogerza que fue monumental, más yo que él, las cosas como son, que me pasé toda la noche bailando y bebiendo como si el mundo fuera una fiesta. Me sentía en libertad, paz y llena de amor, era como una noche de celebración por todo lo bonito que me había dado la vida y como no, terminamos haciéndolo en el balancín bajo la luz de la luna y un inmenso manto de estrellas.

Capítulo 38



Era nuestro último día en la isla ya que al día siguiente nos despedíamos de ella para dar por concluidas las vacaciones que no habían podido ser más perfectas, idílicas y divertidas. No las iba a olvidar en la vida.

Abrí los ojos y no vi ni a Jorge ni a la pequeña, pero más de una mañana me los encontraba a los dos felizmente desayunando fuera en la mesa debajo de la palmera, pero algo llamó mi atención.

Una caja gigante en el suelo con forma de regalo y una nota...

«Espero que te guste todo y que no dudes en ponértelo. A las nueve te recogen y te llevarán hasta nosotros. Confía en mí»

La abrí y lo que me encontré fue lo más parecido a un vestido de novia, bueno, según mis conocimientos lo era sin lugar a duda. Junto a él unas preciosas sandalias de pequeño tacón y una cajita con unos pendientes, colgante y pulsera a juego, por lo que se podía leer en el certificado era de oro blanco y brillantes. ¿En serio me estaba pidiendo que me casara con él? O peor aún, ¿me llevarían a que eso sucediera?

Comencé a llorar con el vestido en mis manos, era precioso, de tirantes finos y una tela caída con unos bordados en brillantes que era de lo más elegante y acorde para la playa.

Me duché y me puse todos los complementos cuando me sequé el pelo y me lo dejé al aire. Al verme con el vestido puesto volví a llorar de la emoción, no me podía quedar más perfecto. Me veía una novia guapa, preciosa. Recordé a mi abuela y a mi madre, ojalá pudieran verme, estoy convencida de que serían inmensamente felices.

Me pinté los labios de rojo y a las nueve en punto, un señor del hotel en un buggy eléctrico me recogió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa.

—Buenos días, señorita. Ya la esperan. —Comenzó a conducir cuando ya estaba acomodada a su lado.

Ni me atreví a preguntar nada, es más, quería que fuese lo que fuese me cogiera de sorpresa, como todo lo que

hacía Jorge que no dejaba de sorprenderme en ningún momento.

Y llegamos a una parte del hotel que daba a una cala y entonces me di cuenta de lo que había a pie de playa...

Un camino de madera lleno de flores blancas y amarillas, al fondo Jorge y la pequeña esperándome en un altar y una persona detrás de aquella mesa.

Una fila de empleadas vestidas con los trajes típicos de allí a ambos lados del pasillo y bailando a ritmo de lo que tocaba un grupo local del país.

Comencé a llorar cuando la niña corrió hacia mí y me abrazó.

—Vas a ser la mujer de papá, no le digas que me he chivado —me dijo al oído consiguiendo sacarme una sonrisa más nerviosa de la que ya llevaba.

Le di la mano y comencé a andar hacia un Jorge que estaba de lo más emocionado y que se comenzó a secar las lágrimas. Saludé con un gesto al hombre que estaba allí y que era el que iba a officiar todo.

—Johana. —Me agarró las manos—. Sé que toda mujer sueña con preparar una boda a su antojo y elegir su vestido, además de encargarse de muchas cosas que sé que os hacen tanta ilusión. Pero yo quería hacerlo diferente, comenzamos la casa por el tejado y pensé que también nos daría suerte hacer la luna de miel antes de la boda. No, no es una boda simbólica, es un trámite que podemos legalizar al llegar a España, pero todo será si tú quieres convertirte en mi esposa.

—No me digas nada más que te juro que de los nervios hasta me estoy meando. —Nos echamos a reír.

—¿Quieres, mi vida?

—Por supuesto, además, no quiero una boda como la de todo el mundo, quiero esta, estar guapa para ti, vivirlo los tres desde la intimidad, no hace falta mostrarlo al mundo, tenemos el entorno más bonito y te amo, lo más importante es que me siento correspondida y aquí, o debajo de un puente, quiero ser tu mujer.

—Y a todo esto, ¿qué os digo yo cuando ya os lo habéis dicho todo? —irrumpió el señor con una sonrisilla de lo más noble— Bueno, creo que nada, solo que yo os declaro marido y mujer y firmo junto a vosotros este contrato que será competente en el registro civil de vuestro país siempre que lo presentéis antes de dos meses.

—Yo lo llevo cuando lleguemos —dijo la pequeña causando otra carcajada en todos.

—Sí, queremos —dijo Jorge antes de darme un beso tan de película que hasta la pequeña aplaudió y la siguieron todos los empleados que estaban allí.

Dos empleadas se acercaron y nos dieron una copa de una bebida del país y que estaba rica y refrescante, a la pequeña la misma, pero sin alcohol. Brindamos los tres y la tiramos hacia atrás como se hacía tradicionalmente en España.

El gerente del hotel nos ofreció la posibilidad de que la pequeña se quedara con alguna cuidadora para disfrutar del día, pero los dos nos negamos, queríamos vivirlo con ella y si había que hacer alguna de las nuestras, ya lo haríamos cuando durmiera la siesta, pero nuestra hija iba a vivir este día con nosotros sin la menor de las dudas.

El día fue el más bonito de mi vida. No nos faltaron mariscadas, tartas heladas, momentos divertidos, emotivos y hasta nos hicieron un reportaje fotográfico que contrató Jorge para tener el mejor de los recuerdos.

Y le hicimos una llamada a su mamá y hermano vestidos de novios. No se molestaron para nada, además me confesaron que lo sabían ya que Jorge se lo había comentado. Estaban felices y como me dijo su mamá, yo era la hija que le faltó y la mamá que necesitaba Alexandra. Me emocionó muchísimo.

Fue colgar y no dudé en hacer una videollamada a Felisa, se emocionó muchísimo y vi cómo se le caían las lagrimillas. Le dije que la quería y es cuando rompió a llorar. Sabía que ella también me quería muchísimo, me lo había demostrado siempre y ahora también me lo dijo mientras se secaba esas lágrimas que le caían a borbotones.

Lo mejor fue cuando llamé a Clara, esa amiga que al vernos así vestidos abrió la boca y no le salía ni el saludarnos.

—Yo tampoco sabía que me casaba, de lo contrario te hubiera invitado, pero no trajo ni a su familia —le dije causándole una carcajada a todos.

—Estás preciosa, amiga, realmente bonita y la pequeña está para comérsela, bueno, el papá también. —Apretó los dientes—. Solo puedo desearos la mayor de las felicidades, os la merecéis por completo.

5 —Te esperamos en Vigo para celebrarlo —le dijo Jorge.

—Aquí tenéis vuestra casa en Londres, también os espero a los tres —sonrió.

Y así vivimos nuestro día en el que nos habíamos convertido en marido y mujer, un día que jamás olvidaría en mi vida y que no pudo ser de manera más bonita y sorprendente. Así era Jorge, el hombre en el que volví a confiar y que estaba segura de que jamás me fallaría.

Dos empleadas se acercaron y nos dieron una copa de una bebida del país y que estaba rica y refrescante, a la pequeña la misma, pero sin alcohol. Brindamos los tres y la tiramos hacia atrás como se hacía tradicionalmente en España.

El gerente del hotel nos ofreció la posibilidad de que la pequeña se quedara con alguna cuidadora para disfrutar del día, pero los dos nos negamos, queríamos vivirlo con ella y si había que hacer alguna de las nuestras, ya lo haríamos cuando durmiera la siesta, pero nuestra hija iba a vivir este día con nosotros sin la menor de las dudas.

El día fue el más bonito de mi vida. No nos faltaron mariscadas, tartas heladas, momentos divertidos, emotivos y hasta nos hicieron un reportaje fotográfico que contrató Jorge para tener el mejor de los recuerdos.

Y le hicimos una llamada a su mamá y hermano vestidos de novios. No se molestaron para nada, además me confesaron que lo sabían ya que Jorge se lo había comentado. Estaban felices y como me dijo su mamá, yo era la hija que le faltó y la mamá que necesitaba Alexandra. Me emocionó muchísimo.

Fue colgar y no dudé en hacer una videollamada a Felisa, se emocionó muchísimo y vi cómo se le caían las lagrimillas. Le dije que la quería y es cuando rompió a llorar. Sabía que ella también me quería muchísimo, me lo había demostrado siempre y ahora también me lo dijo mientras se secaba esas lágrimas que le caían a borbotones.

Lo mejor fue cuando llamé a Clara, esa amiga que al vernos así vestidos abrió la boca y no le salía ni el saludarnos.

—Yo tampoco sabía que me casaba, de lo contrario te hubiera invitado, pero no trajo ni a su familia —le dije causándole una carcajada a todos.

—Estás preciosa, amiga, realmente bonita y la pequeña está para comérsela, bueno, el papá también. —Apretó los dientes—. Solo puedo desearos la mayor de las felicidades, os la merecéis por completo.

—Te esperamos en Vigo para celebrarlo —le dijo Jorge.

—Aquí tenéis vuestra casa en Londres, también os espero a los tres —sonrió.

Y así vivimos nuestro día en el que nos habíamos convertido en marido y mujer, un día que jamás olvidaría en mi vida y que no pudo ser de manera más bonita y sorprendente. Así era Jorge, el hombre en el que volví a confiar y que estaba segura de que jamás me fallaría.

Epílogo



¿Qué es la vida sin amor? Estar muerta en vida...

De eso es de lo que me había dado cuenta durante este tiempo en el que estaba siendo la mujer más feliz de la tierra con la familia que habíamos creado.

Habían pasado veinte años de ese «sí, quiero» en Bora Bora que luego legalizamos en España. Veinte años en los que el amor no faltó ni un solo día.

Y hoy, hoy se nos casaba nuestra hija Alexandra, sí a los veinticinco años. Ya llevaba cinco años con su novio Stuart, un escocés que conoció en un viaje que hizo a Edimburgo con sus amigas cuando tenía veinte años.

Se casaban en el castillo de un familiar de Stuart en las Tierras Altas, precisamente en Inverness, donde ellos comenzarían su vida ya que él tenía una casa allí y trabajaba de odontólogo en su propia clínica, esa que le montaron los padres tres años atrás y que iba viento en popa.

Mi hija había estudiado enfermería y él le había ofrecido un puesto para trabajar en la clínica, cosa que a ella le hizo mucha ilusión y que llevaba ejerciendo desde un año atrás en que se vino a vivir con él.

Era muy joven, pero la veíamos con las ideas claras y apoyábamos un amor que parecía fuerte y verdadero, además, como decía Alexandra, si salía mal, se volvía y punto. Para esas cosas era muy echada para adelante, no le daba miedo nada.

Me recordó al día de la boda de mi amiga Clara con Jake, también tan nerviosa y agarrando mi mano y besándola. Esa boda en Londres fue muy bonita y emotiva también. Tuvieron tres niñas preciosas que yo adoraba como si de mis propias sobrinas se trataran. Si hasta a la primera le puso mi nombre y todo, algo que me hizo llorar a más no poder.

Pero nuestra familia no se quedó solo con Alexandra, de aquella boda y luna de miel en Bora Bora vinimos embarazados de nuestro hijo Alonso, que ahora, a sus dieciocho años, cursaba su primer año en la universidad, estaba estudiando una doble carrera para terminar trabajando en lo mismo que su padre, analista de datos.

Después de Alonso vino Bruno, el terror de las chicas, ese que a sus dieciséis años ya llevaba una lista enorme de conquistas y apuntaba que seguiría sumando muchas más a lo largo del tiempo. Igualito que su padre y su tío, quien finalmente se casó diez años atrás, algo que no nos pilló de sorpresa puesto que, al igual que Jorge, tuvo ese arrebató de formalizarlo cuanto antes, dado que había estado saliendo con esa chica, a quien contrató como recepcionista por las tardes en mi antiguo puesto, tan solo unos meses.

Nuestro pequeño Bruno es el que nos traía de cabeza porque aprobaba por la insistencia nuestra, pero solo quería salir con chicas y vivir la vida. Por él vinieron todas las guerras en casa, pero lo amábamos y nuestra familia para nosotros era lo más importante del mundo.

A mis cuarenta y seis años me veía una joven con hijos adolescentes, además que tenía una cara muy juvenil y todo el mundo me echaba diez años menos, cosa que agradecía. Estaba viviendo los años más felices de mi vida y eso era lo que debía de reflejarse en mi rostro.

Jorge a sus cincuenta y siete años estaba buenísimo, ese era como el vino, por año mejoraba y eso que parecía imposible. A mí me tenía loca perdida por sus huesos, a pesar del tiempo que llevábamos juntos. Siempre me decía que yo le aportaba juventud. Me amaba con todo su corazón y nos cuidaba a los cuatro con toda su alma.

A todo esto hay que decir que a mi marido profesionalmente la vida le sonrió, ya lo hacía cuando lo conocí, pero ahora estaba a unos niveles en los que había conseguido amasar una fortuna, pero era un hombre de lo más humilde y nada ostento, eso sí, no nos faltaba de nada, abríamos la boca y él nos lo ponía todo por delante, pero también he de decir que tanto nuestros tres hijos como yo, no éramos de pedir grandes cosas ni de antojos de lujo, bueno, menos el pequeño, ese era más tontillo para las marcas y siempre quería el último modelo de móvil, no por eso el padre le hacía caso, pero era el más guerrero de los hermanos.

Amor, mucho amor hubo en nuestras vidas y viajes cada año, todos los veranos nos sorprendía con un destino más maravilloso que el anterior, además, los últimos años también se vino con nosotros el que hoy se iba a convertir en el marido de nuestra primera hija.

Jorge me enseñó que un hombre es ese señor que es capaz de hacerte feliz cada día de tu vida, como él me lo llevaba haciendo y que al final, el amor, cuando está para ti y es de verdad, se convierte en un para toda la vida.

—Mamá, estoy que me meo de los nervios —dijo Alexandra haciendo que volviera al lugar en el que me encontraba, en esa preciosa habitación del castillo con ella vestida de novia.

—Otra como yo en Bora Bora —reí.

—Ay, Dios, ¡es verdad! —Soltó una carcajada.

—Es normal estar nerviosa, mi vida. —Le acaricié la mejilla—. Es el día más importante de tu vida, en el que vas a unirte al hombre que amas.

—Oye, que me puedes decir si me estoy equivocando, o si es muy precipitado, o...

—No, no, nada de eso. Ni tu padre ni yo somos quienes para decirte si es o no precipitado. ¿Cuánto tiempo llevaba siendo novia de tu padre de manera oficial cuando me llevó a aquella preciosa playa para convertirme en su esposa?

—Poco —sonrió—, unos meses.

—Stuart y tú lleváis juntos cinco años, cariño, desde el mismo momento en el que os conocisteis supisteis que querías ser el uno parte de la vida del otro. Ni la distancia pudo con ese amor, ambos os respetasteis y estuvisteis esperando para poder estar juntos.

—Joder, que voy a llorar —protestó.

—Ni se te ocurra, o a Clara le da un infarto por estropearle el maquillaje —reí.

Sí, mi mejor amiga y su familia estaban allí, en un día tan importante para nosotros como ese. No estuvo en mi boda, pero me aseguró que, a la de su Alexandra no pensaba faltar ni loca.

—Nunca te he dado las gracias, mamá —dijo pillándome por sorpresa mientras me abrazaba.

—Las gracias a mí, ¿por qué, hija?

—Por todo, por aparecer en nuestra vida, por quererme sin ser de tu sangre, por ser mi madre estos últimos veinte años.

—Ay, mi niña. —Se me hizo un nudo en la garganta y sentí las lágrimas en los ojos, pero me había prometido a mí misma que ese día no iba a llorar—. Las gracias te las doy yo a ti, Alexandra —dije cogiéndole ambas mejillas para mirarla fijamente—, porque me enseñaste que el amor de una hija, aun sin ser de la misma sangre, es un lazo fuerte e inquebrantable que nadie puede romper. —Le besé la frente.

—Vengo en busca de una novia. —Miramos hacia la puerta y vimos a Jorge sonriendo.

Estaba guapísimo con aquel traje azul marino, la camisa blanca y la corbata también azul.

—Papá. —Alexandra sonrió y fue a abrazarle, quien la recibió con un beso en la frente.

—Eres la segunda novia más guapa que he visto en mi vida, cariño.

—La primera es mamá, espero —dijo ella arqueando la ceja, lo que hizo que su padre soltara una carcajada.

—Obvio que sí —respondió—. ¿Estás lista?

—Sí —dijo tras un suspiro.

—Pues vamos.

Los seguí, me cercioré de que mi niña estuviera perfecta para ir al encuentro de su futuro marido, y ocupé mi asiento.

Stuart me miró todo nervioso, sonreí asintiendo y soltó el aire.

En el momento en el que Alexandra entró del brazo de su padre, volví atrás en el tiempo, al momento en el que aquella pequeña me abrió la puerta de su casa y su padre apareció detrás.

Habían pasado veinte años y esa niña se había convertido en toda una mujer ante nosotros, y su padre, en el verdadero y único amor de mi vida.

—Obvio que sí —respondió—. ¿Estás lista?

—Sí —dijo tras un suspiro.

—Pues vamos.

Los seguí, me cercioré de que mi niña estuviera perfecta para ir al encuentro de su futuro marido, y ocupé mi asiento.

Stuart me miró todo nervioso, sonreí asintiendo y soltó el aire.

En el momento en el que Alexandra entró del brazo de su padre, volví atrás en el tiempo, al momento en el que aquella pequeña me abrió la puerta de su casa y su padre apareció detrás.

Habían pasado veinte años y esa niña se había convertido en toda una mujer ante nosotros, y su padre, en el verdadero y único amor de mi vida.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: [relinks.me/AriadnaBaker](https://www.amazon.com/?ref=ARIADNA_BAKER)

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu